
VIOLETA DARK
MATTEO
HONOR Y TRAICIÓN
SERIE ÉLITE CRIMINAL

MATTEO: HONOR Y TRAICIÓN

SERIE ÉLITE CRIMINAL

LIBRO 3

VIOLETA DARK

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

© 2025 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

Gracias por estar al otro lado de estas páginas. Para una escritora no hay mayor regalo que compartir historias con sus lectoras.

Si deseas mantenerte al día con mis próximos lanzamientos, sígueme en Amazon escaneando **este código QR**

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

SOFIA

Necesito algo de emoción en mi vida, y lo necesito ya.

Sí, soy médica. Sí, trabajo con mi padre tratando a algunos de los criminales más peligrosos de Nueva York. Y sí, vivo rodeada de la élite de la mafia. Pero, aun así, me aburro hasta la médula.

Mientras camino por los pasillos de la mansión Caballero, pienso en lo irónico que es todo. Valentina, mi mejor amiga desde la infancia, ha encontrado el amor verdadero con el hombre más peligroso de la ciudad y ahora está embarazada, radiante con esa felicidad que solo las mujeres que lo tienen todo pueden exhibir. Katia, la nueva adquisición de la familia, ha domado al psicópata de Luca y también espera un bebé. Y yo... yo sigo aquí, atendiendo heridas de bala y fingiendo que me emociona la perspectiva de otra noche de Netflix con un bol de palomitas.

Pronto estarán demasiado ocupadas con pañales y biberones para recordar que existo. Las dos personas que me mantenían cuerda en este mundo de locos, construyendo sus propias familias mientras yo me quedo al margen. Como siempre.

Necesito adrenalina. Necesito sentir que estoy viva antes de que la soledad me consuma por completo.

Cuando Tony, el guardia personal de Renzo, me intercepta para decirme que el jefe quiere verme en su despacho «inmediatamente», mi corazón da un vuelco de emoción. Renzo nunca me llama a su despacho a menos que sea para algo importante. O algo peligroso.

Por favor, que sea peligroso.

Toco dos veces antes de entrar. El despacho de Renzo siempre me ha intimidado un poco, con sus paredes de madera oscura y ese aire de poder

contenido. Él está de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra la luz del atardecer.

—Sofia —me saluda, girándose con esa elegancia depredadora que nunca pierde—. Gracias por venir tan rápido.

—Como si tuviera otra opción —respondo con una sonrisa descarada—. ¿Para qué soy buena esta vez? ¿Alguien necesita que le extraigan una bala sin hacer preguntas?

Renzo no sonríe. Nunca lo hace cuando se trata de negocios. En su lugar, me indica que me siente mientras él rodea su escritorio y toma asiento frente a mí.

—Tengo una propuesta para ti —dice, estudiándome con esos ojos que parecen ver directamente a través de todas mis defensas—. Una que requiere tus... talentos particulares.

—¿Mis talentos médicos o mi encantadora personalidad? —bromeo, aunque mi pulso ya se ha acelerado por la anticipación.

—Tu capacidad para meterte donde no debes y salir ilesa —responde, y esta vez hay un atisbo de sonrisa en sus labios—. Y tu talento para hacer que la gente confíe en ti cuando no debería.

Ahora sí que tiene toda mi atención. Renzo desliza una carpeta sobre el escritorio hacia mí. Cuando la abro, me encuentro con la fotografía de un hombre que me deja momentáneamente sin aliento.

Alto, de complexión atlética pero elegante. Cabello negro perfectamente peinado hacia atrás. Rasgos que parecen esculpidos en mármol: mandíbula fuerte, nariz recta, labios que sugieren tanto crueldad como sensualidad. Pero son sus ojos los que me atrapan. Azules, fríos, calculadores. Ojos que han visto demasiado y que no revelan nada.

—Matteo Ricci —dice Renzo, interrumpiendo mi escrutinio—. Heredero de la familia Ricci de Boston. Treinta y dos años. Graduado en Harvard. Tomó

el control del negocio familiar tras la muerte de su padre hace tres años.

—Guapo —comento, intentando sonar casual—. ¿Qué ha hecho para ganarse tu atención?

—Está expandiéndose hacia Nueva York —la voz de Renzo se endurece—. Silenciosamente. Estratégicamente. Y necesito saber por qué.

Paso las páginas del expediente. Informes de inteligencia, fotografías de Matteo en diversos eventos, detalles sobre sus negocios tanto legítimos como ilegítimos.

—¿Y yo entro en esto porque...?

—Necesito a alguien dentro —responde Renzo—. Alguien que pueda acercarse a él. Ganarse su confianza. Descubrir sus planes.

La implicación es clara, y hace que un escalofrío de excitación recorra mi columna.

—Quieres que lo seduzca.

—Quiero que te infiltres —corrige, aunque ambos sabemos que es lo mismo—. Matteo no confía en nadie. Es calculador, meticuloso y absolutamente despiadado con sus enemigos.

—Suena encantador —murmuro, volviendo a mirar su fotografía—. ¿Por qué yo? Tienes docenas de hombres entrenados para esto.

—Porque él los detectaría en un segundo —responde Renzo—. Pero una mujer hermosa, inteligente, con conexiones en el mundo médico pero aparentemente ajena a los negocios de la familia... eso podría funcionar.

—Me estás pidiendo que traicione a mi familia —digo, aunque no hay verdadera resistencia en mi voz—. Que finja ser alguien que no soy.

—Te estoy pidiendo que protejas a tu familia —corrige—. Si los Ricci se establecen en Nueva York, habrá guerra. Y en las guerras, Sofia, muere gente.

Es un golpe bajo y ambos lo sabemos. Pero es efectivo. La idea de que algo les suceda a las personas que amo hace que mi decisión sea más fácil. Además,

¿qué tengo que perder? Valentina y Katia están construyendo sus propias familias. Mi padre está más interesado en sus investigaciones que en pasar tiempo conmigo. Esta misión, por peligrosa que sea, me ofrece algo que desesperadamente necesito: un propósito.

Vuelvo a mirar la fotografía de Matteo Ricci. Hay algo en sus ojos, algo que va más allá de la frialdad calculadora. Algo que me llama, que me reta a descubrir qué se esconde detrás de esa fachada perfecta.

—¿Y si me descubre? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Estarás por tu cuenta —la honestidad brutal de Renzo es algo que siempre he apreciado—. No podré protegerte sin comprometer toda la operación.

Debería estar aterrorizada. Debería rechazar esta misión suicida. Pero en lugar de miedo, lo que siento es una emoción que no experimentaba en mucho tiempo. Adrenalina pura corriendo por mis venas.

Por fin, algo que rompe la monotonía. Un desafío. Un peligro real.

—¿Cuándo empiezo? —pregunto, cerrando la carpeta con decisión.

Renzo me estudia, como si estuviera evaluando si realmente entiendo en qué me estoy metiendo.

—Mañana por la noche. Matteo estará en el club Inferno. Es tu oportunidad de establecer el primer contacto.

Asiento, mi mente ya trabajando en los detalles. Qué vestir, qué decir, cómo acercarme a un hombre que probablemente tiene detectores de mentiras incorporados.

—Ten cuidado, Sofia —dice Renzo mientras me levanto para irme—. Matteo Ricci no es como los demás hombres que conoces. Hay una razón por la que su propia gente lo llama «Il Principe di Ghiaccio».

—El Príncipe de Hielo —traduzco, sintiendo un cosquilleo de anticipación —. Suena como un reto interesante.

—Los retos interesantes son los que más duelen cuando salen mal —responde, su mirada intensificándose—. No subestimes lo que estás a punto de hacer.

Mientras salgo del despacho, con la imagen de esos ojos azules grabada en mi memoria, siento una inquietud en el fondo de mi estómago. Una premonición, quizás.

Pero también siento algo más: la emoción de lo desconocido, la promesa de aventura, la posibilidad de finalmente encontrar algo que haga que mi corazón lata con la misma intensidad que veo en los ojos de Valentina cuando mira a Renzo, o en los de Katia cuando está con Luca.

Porque si hay algo que he aprendido creciendo en este mundo, es que el verdadero peligro no está en arriesgar tu vida.

Está en descubrir que has estado viva a medias todo este tiempo.

CAPÍTULO 1

MATTEO

La sangre tiene un olor muy característico. Metálico. Primitivo. Un olor que despierta algo ancestral en cualquier depredador.

Y yo soy, sin duda, un depredador.

—Por favor, señor Ricci... mi familia... mis hijos...

Observo al hombre arrodillado frente a mí. Patético. Sus súplicas me aburren tanto como su incompetencia. Donovan lleva veinte minutos sangrando sobre el suelo de mármol italiano de mi despacho. Un suelo que cuesta más que toda su miserable existencia.

—¿Tu familia? —Mi voz es suave, casi un susurro, y por eso mismo aterradora—. Deberías haber pensado en ellos antes de robarme.

Me acerco y me agacho hasta quedar a su altura. Tomo su barbilla entre mis dedos, obligándole a mirarme directamente a los ojos. Los míos, azules como el hielo, contra los suyos, inyectados en sangre y terror.

—¿Sabes por qué me llaman «Il Principe di Ghiaccio»?

Tiembla bajo mi contacto. Bien.

—No es por mi frialdad, como cree la mayoría —continúo, apretando un poco más—. Es porque, como el hielo, no dejo rastro cuando elimino a quienes me traicionan.

Me incorporo y me ajusto el puño de la camisa, manchado con una gota de su sangre. Tendré que tirarla. Una lástima. Era Brioni, hecha a medida.

—Doscientos mil dólares —digo, caminando hacia mi escritorio—. ¿Creías realmente que no me daría cuenta?

—Fue un error, señor Ricci, se lo juro por Dios...

Levanto una mano y el silencio cae como una guillotina.

—No insultes mi inteligencia con mentiras. Es lo único que odio más que a los ladrones.

Me sirvo un whisky, disfrutando del sonido del líquido ámbar golpeando contra el cristal. Tomo un sorbo, saboreándolo, dejando que el momento se estire. El miedo es como el buen whisky: mejora con el tiempo.

Carlo, mi mano derecha, permanece junto a la puerta. Inmóvil. Eficiente. Letal. No necesita instrucciones. Después de tantos años, sabe exactamente lo que espero de él.

—Tu esposa, Sandra, es una mujer hermosa —comento, como quien habla del tiempo—. Tus hijos van a un colegio privado en Beacon Hill. El pequeño, ¿cómo se llama? Ah, sí, Michael. Tiene talento para el piano.

Donovan empalidece aún más, si es posible.

—Por favor... haré lo que sea...

—Lo sé —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Por eso estás aquí y no en el fondo del puerto.

Me acerco a la ventana. Boston se extiende bajo mis pies. Mi ciudad. Mi imperio. Construido con la misma precisión con la que estoy a punto de destruir a este hombre.

—Te daré una semana para devolverme el dinero. Con intereses —añado, girándome para mirarlo—. Trescientos mil.

—Es imposible, yo no...

En tres zancadas estoy frente a él. Mi mano se cierra alrededor de su garganta, cortando sus patéticas excusas. No aprieto lo suficiente para matarlo, solo para que entienda que podría hacerlo si quisiera.

—No he terminado de hablar.

Lo suelto y cae hacia atrás, jadeando.

—Una semana. Si no tienes el dinero, no me conformaré con matarte. Haré que veas cómo destruyo todo lo que amas, pieza por pieza, antes de acabar

contigo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Asiente frenéticamente.

—Gracias, señor Ricci, gracias... No le fallaré...

—Ya me has fallado, Donovan —respondo con indiferencia—. Ahora solo estás negociando por tu vida.

Hago un gesto a Carlo, que inmediatamente se acerca y levanta al hombre del suelo.

—Llévalo a que se limpie y asegúrate de que entienda que nuestra conversación ha sido privada.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, termino mi whisky de un trago. Mañana salgo para Nueva York, y tengo asuntos más importantes que atender que un ladrón de poca monta.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Es Alessio, mi contacto en territorio Caballero.

«Confirmado. El objetivo estará en el club Inferno mañana por la noche.»

Una sonrisa fría se dibuja en mis labios. Después de diez años, estoy a punto de infiltrarme en el corazón del territorio enemigo. Los Caballero no saben lo que se les viene encima.

Alguien en su organización ayudó a mi madre a desaparecer después de lo que hizo. Alguien le dio refugio, dinero, una nueva identidad. Y voy a descubrir quién fue, aunque tenga que derribar todo su imperio piedra por piedra.

No es venganza lo que busco. Es justicia. O eso me digo a mí mismo mientras contemplo las luces de la ciudad.

La verdad es que no me importa cómo lo llamen. Lo único que sé es que, cuando termine, los Caballero entenderán por qué el hielo puede ser más devastador que el fuego.

Y Nueva York será solo el principio.

CAPÍTULO 2

SOFIA

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —La voz de Renzo suena en mi cabeza mientras me aplico otra capa de pintalabios rojo.

Claro que quiero hacerlo, joder. Necesito esto como necesito respirar.

El vestido negro que he elegido es una declaración de intenciones: ajustado donde debe, insinuante sin ser vulgar, y con un escote que promete mucho más de lo que estoy dispuesta a entregar. La perfecta carnada para un tiburón.

Me miro en el espejo y sonrío. Esta noche no soy la Doctora Leone, la respetada médico forense que trata a mafiosos heridos con una eficiencia clínica que les impide flirtear conmigo. Esta noche soy simplemente Sofia, una mujer con una misión.

Y mi objetivo es Matteo Ricci, el Príncipe de Hielo.

El taxi me deja frente al Inferno. La cola para entrar da la vuelta a la esquina, pero yo me dirijo directamente a la entrada VIP. El gorila de la puerta me reconoce —ventajas de ser la protegida de Renzo e hija de su médico personal — y me deja pasar con un asentimiento respetuoso.

—Que tenga una buena noche, señorita Leone.

Buena noche. Eso espero. O al menos interesante. Algo que me saque de este letargo existencial que me está consumiendo mientras veo cómo Valentina y Katia construyen sus vidas perfectas con sus hombres perfectamente peligrosos.

Dios, sueno amargada.

El interior del club es un asalto sensorial. Luces estroboscópicas que cortan la oscuridad, música que vibra en mi pecho como un segundo corazón, cuerpos moviéndose en la pista como si el mundo fuera a acabarse mañana. El olor a perfume caro, sudor y deseo impregna el aire.

Me abro paso entre la multitud, ignorando las miradas hambrientas que me siguen. No estoy aquí para cualquiera. Estoy aquí por él.

Lo localizo en menos de dos minutos. No es difícil. Incluso en un club lleno de mafiosos poderosos, Matteo Ricci destaca como un lobo entre perros callejeros.

Está en el área VIP superior, en una mesa apartada que le ofrece una vista privilegiada de todo el local. Típico de un estratega: siempre controlando el terreno. Viste un traje negro impecable que grita «hecho a medida en Italia», ni una arruga, ni un pelo fuera de lugar. Rodeado por tres hombres que claramente son su seguridad, aunque solo uno parece su mano derecha.

Y por supuesto, el inevitable desfile de mujeres desesperadas por captar su atención.

Patético.

Me dirijo a la barra y pido un whisky con una gota de agua. El barman arquea una ceja.

—¿Segura que no prefiere algo más... dulce?

Le lanzo una mirada que ha hecho temblar a residentes de cirugía.

—Si quisiera algo dulce, habría pedido un batido. El whisky. Ahora.

Mientras espero mi bebida, estudio la situación. Un acercamiento directo está descartado. Uno de sus matones está espantando a las mujeres como si fueran moscas. Necesito otra estrategia.

Observo cómo una rubia despampanante en un vestido que parece pintado sobre su impresionante cuerpo se acerca a su mesa. Dice algo. Sonríe. Se inclina mostrando un escote que desafía la gravedad.

Matteo ni siquiera la mira. Su guardaespaldas se acerca, le dice algo, y la mujer se retira con la dignidad hecha jirones.

Interesante. El hombre parece inmune a los encantos femeninos. Eso, o tiene estándares imposiblemente altos, la rubia era preciosa.

Tomo un sorbo de mi whisky, saboreando el ardor. Bien, si no puedo acercarme directamente, haré que él se acerque a mí. ¿Cómo atraes a un depredador? Actuando como si no te importara una mierda.

Me dirijo a la pista de baile, posicionándome estratégicamente en su línea de visión. La música cambia a algo con un ritmo más lento, más sensual. Perfecto. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se mueva con la música, ignorando deliberadamente la zona VIP.

La mejor manera de llamar la atención de un hombre como Matteo Ricci no es buscándola, sino actuando como si fueras la única mujer del lugar que no la necesita.

Funciona. Lo sé sin necesidad de mirar. Siento su mirada poderosa como un toque físico en mi piel. Pero no cedo. No miro. No todavía.

Cuando finalmente giro la cabeza, nuestras miradas se encuentran. No aparto la vista. No sonrío. Solo lo miro, un desafío silencioso, antes de volver a concentrarme en la música como si el intercambio no hubiera significado nada.

Mi corazón, sin embargo, late como si acabara de correr una maratón.

Pero, aunque creía haber llamado su atención la realidad es que no lo he logrado.

Tres intentos más tarde tengo que admitir la derrota. He probado todas las tácticas del manual de seducción: la mirada sostenida desde la pista de baile, el paseo estratégico cerca de su zona VIP (aunque sin poder acercarme lo suficiente), e incluso el truco de dejar caer mi pulsera donde sus guardaespaldas pudieran verla. Nada funciona. El hombre tiene un perímetro de seguridad a su alrededor más impenetrable que el búnker de Fort Knox.

Frustrada, me dirijo al pasillo de los baños. El principal está atestado de mujeres retocándose el maquillaje y cotilleando, así que busco el privado. De

nuevo, ventajas de trabajar para el Jefe de Nueva York. Necesito un momento para reagruparme y pensar en un nuevo plan.

Para una vez que mi vida se pone interesante, no voy a rendirme porque las cosas se pongan un poco complicadas.

El pasillo está mal iluminado, con una luz rojiza que apenas permite distinguir las puertas. Avanzo lentamente, maldiciendo en silencio mis tacones de aguja. Así una no se puede mover con discreción.

Es por ese motivo que no escucho los pasos detrás de mí hasta que es demasiado tarde. Un escalofrío me recorre la espalda y me giro bruscamente, mi mano buscando instintivamente el bisturí que siempre llevo escondido.

Y entonces lo veo. A menos de un metro de distancia. Matteo Ricci en persona.

Joder.

MATTEO

El club Inferno no es mi tipo de lugar. Demasiado ruido. Demasiada gente. Demasiadas distracciones. Pero los negocios son negocios, y a veces hay que entrar en territorio enemigo para obtener lo que se busca.

Observo el local desde mi posición privilegiada. El área VIP me ofrece una vista perfecta de todas las entradas y salidas. Siempre hay que conocer las rutas de escape. Esa primera lección de vida la aprendí de muy joven.

Carlo está a mi derecha, vigilante como siempre. Mis otros dos hombres, Alessandro y Marco, mantienen una distancia discreta pero efectiva. No confío en nadie más que en ellos en este nido de víboras que es Nueva York.

—El contacto llegará en una hora —murmura Carlo, inclinándose hacia mí —. Mientras tanto, hay alguien de los Caballero vigilándonos desde la barra.

No necesito mirar para saber a quién se refiere. Lo he notado desde hace diez minutos. Un hombre de mediana edad, traje caro, pero no lo

suficientemente refinado, postura que delata entrenamiento militar. Predecible.

—Déjalo —respondo, tomando un sorbo de mi whisky—. Que piensen que no nos damos cuenta.

Reviso los informes financieros en mi tablet mientras espero. Cada movimiento está calculado. Parecer ocupado. Mostrar desinterés. Hacer que el enemigo se confíe.

Y entonces la veo.

Entra como si fuera la dueña del lugar. Vestido negro que se ajusta perfectamente a unas curvas que harían pecar a un santo. Cabello castaño oscuro con reflejos cobrizos que capturan la luz. Pero no es su evidente belleza lo que me llama la atención.

Es su actitud. La forma en que rechaza al barman con una mirada. La manera en que ignora a los hombres que intentan acercarse. Y sobre todo, la forma en que algunas veces me observa.

No es la típica mirada de deseo o ambición que recibo habitualmente. Es algo más calculado. Más inteligente. Más... peligroso.

—¿Quieres que me encargue de ella? —pregunta Carlo, siguiendo mi mirada.

—No.

—Podría ser también de los Caballero.

—Precisamente por eso —respondo, volviendo a mis informes—. Veamos qué hace.

La observo por el rabillo del ojo. Pide whisky, no esos cócteles azucarados que prefieren la mayoría de las mujeres en estos lugares. Interesante. Tiene clase, o al menos pretende tenerla.

Una rubia se acerca a nuestra mesa. La reconozco vagamente, una modelo o actriz de segunda categoría que ha estado rondando desde que llegamos. Se inclina, mostrando un escote que pretende ser su mejor argumento.

—Señor Ricci, me preguntaba si podría invitarle a una copa en privado —susurra en mi oído, su perfume excesivo atacando mis sentidos.

Ni siquiera la miro. Las mujeres como ella son todas iguales. Buscan dinero, poder, la emoción de acostarse con un hombre peligroso. Son predecibles. Aburridas.

Carlo se encarga de ella con su habitual eficiencia.

—El señor Ricci no está interesado —le dice secamente—. Nunca lo está. Busca a otro objetivo.

La veo retirarse, humillada y furiosa. No siento nada. Las mujeres dejaron de interesarme hace mucho tiempo. Después de lo que hizo mi madre, para mí son solo instrumentos ocasionales de placer físico, nada más. Nunca permito que se acerquen lo suficiente como para convertirse en una debilidad.

Vuelvo a mirar a la mujer del vestido negro. Ahora está en la pista de baile, moviéndose con una sensualidad natural que hace que me resulte imposible apartar la mirada. No baila para llamar la atención, como la mayoría. Baila como si la música fluyera a través de ella, como si no le importara quién la observa.

Por un momento, nuestras miradas se cruzan. Me sostiene la mirada con un desafío silencioso que me toma completamente por sorpresa.

Hace años que nadie me mira así. Como si no me temiera en absoluto.

Durante la siguiente hora, la observo intentar acercarse. Sus tácticas son sutiles, pero evidentes para alguien como yo.

Carlo la mantiene a distancia sin que yo necesite dar la orden. Pero algo me inquieta. ¿Por qué insiste tanto? ¿Qué busca realmente?

Muy a mi pesar el interés se cuela en mi interior.

Cuando la veo dirigirse hacia los servicios decido que es mi oportunidad de investigar.

—Vuelvo en un momento —le digo a Carlo, que me mira con sorpresa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Sé cuidarme solito, Carlo.

Me muevo entre la multitud con la fluidez de un depredador. Nadie me nota. Es una habilidad que he perfeccionado con los años: ser invisible cuando quiero, imponente cuando lo necesito.

La alcanzo en el pasillo mal iluminado. Se gira bruscamente al sentir mi presencia, y por un instante veo un destello de algo —¿miedo? ¿sorpresa?— en sus ojos antes de que su rostro adopte una expresión de cuidadosa neutralidad.

Es aún más hermosa de cerca. Piel olivácea perfecta, labios carnosos pintados de rojo, y ojos... ojos ámbar que parecen brillar con luz propia en la penumbra.

—¿Buscas algo en particular? —pregunto, estudiando cada microexpresión de su rostro.

Hay un momento de duda, casi imperceptible para alguien menos observador que yo.

—Solo el baño —responde con una voz sorprendentemente firme—. Aunque parece que me he perdido.

No me trago su intento por parecer inocente. Puedo ver el fuego de su interior crepitando a través de sus ojos.

Decido ir directo al grano. No tengo tiempo para juegos.

—Has estado observándome toda la noche.

No es una pregunta. Es una acusación. Quiero ver cómo reacciona bajo presión.

—Podría decir lo mismo de ti —contraataca sin perder un segundo—. ¿O crees que no me he dado cuenta?

Su respuesta me toma por sorpresa. No esperaba esta... audacia. La mayoría de las personas se encogen, se disculpan o inventan excusas cuando las

confronto. Ella me desafía directamente.

Algo se enciende dentro de mí. Un interés que creía muerto hace mucho tiempo.

Doy un paso hacia ella, invadiendo deliberadamente su espacio personal. Es una táctica que uso para intimidar. Para mi sorpresa, no retrocede ni un milímetro.

—La mayoría de las mujeres que me observan quieren algo de mí —digo, dejando que mi acento italiano se filtre ligeramente—. ¿Qué quieres tú, *bella*?

El italiano se me escapa sin pensar. Un desliz que no me permito habitualmente.

—Quizás solo estaba admirando la vista —responde con una sonrisa que no llega a sus ojos—. O quizás me preguntaba qué hace un hombre como tú en un club como este.

Sus ojos ámbar brillan con inteligencia y algo más... ¿desafío? La mayoría de las personas que me reconocen reaccionan con miedo o ambición transparente. Ella parece genuinamente curiosa. Interesante.

Debería terminar esta conversación ahora mismo. Alejarme. Mantener mi distancia. Es lo inteligente. Lo seguro. ¿Qué sentido tendría acercarme a alguien al que nunca más voy a volver a ver?

Pero hay algo en ella. Un desafío. Una inteligencia que brilla en esos ojos que no puedo dejar de mirar. Y por primera vez en mucho tiempo, siento curiosidad por una mujer.

—Negocios —respondo deliberadamente vago—. ¿Y tú eres...?

—Alguien a quien no le gusta dar su nombre a extraños en pasillos oscuros.

La respuesta me arranca una risa genuina. No recuerdo la última vez que alguien me hizo reír.

—Inteligente.

Nos quedamos en silencio, evaluándonos mutuamente. El aire entre nosotros parece cargado de electricidad. Puedo oler su perfume, vainilla con un toque cítrico, mezclado con algo más primario. Deseo.

Debería presionarla más, descubrir quién es, por qué me observa. Es lo que haría normalmente. Pero por alguna razón que no logro entender, no quiero que este encuentro termine con ella intimidada o asustada.

Quiero volver a verla. En mis propios términos.

Así que doy un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Disfruta de tu noche, *misteriosa* —le digo, permitiéndome una pequeña sonrisa—. Estoy seguro de que nos volveremos a ver.

Me alejo, sintiendo sus ojos clavados en mi espalda. Carlo me mira con curiosidad cuando regreso a la mesa, pero sabe que no debe preguntar. No me gusta dar explicaciones.

Vuelvo a concentrarme en los informes, en mi misión, en mi investigación. Pero una parte de mi mente sigue en ese pasillo oscuro, con la mujer del vestido negro que se atrevió a desafiarme.

Hay algo en ella que no encaja. La forma en que me observaba, calculadora pero con un interés que parecía genuino. Su elegancia, su confianza... Podría ser una simple clienta del club, pero mi instinto me dice que hay más.

Y mi instinto rara vez se equivoca.

Porque ahora, en lugar de simplemente ejecutar mi plan, tengo un nuevo objetivo: descubrir quién es esa mujer. Y exactamente qué busca de mí.

La caza acaba de volverse mucho más interesante.

CAPÍTULO 3

SOFIA

Me despierto con un dolor de cabeza que parece el castigo divino por todos mis pecados pasados y futuros. La luz que se filtra entre las cortinas es un puñal directo a mis retinas. Definitivamente no debería haberme tomado ese último whisky.

Repaso mentalmente la noche anterior mientras me arrastro hasta la ducha. El club. La música. El intento fallido de acercarme a Matteo Ricci. Y luego ese encuentro en el pasillo oscuro. Esos ojos azules que parecían ver a través de mí.

Mierda. Se suponía que era una misión de reconocimiento y terminé siendo yo la reconocida.

Tengo exactamente veinte minutos para llegar a la mansión Caballero. Renzo odia la impuntualidad casi tanto como la traición, y yo no tengo ganas de experimentar su disgusto en ninguna de esas variantes.

Media hora después, estoy entrando en su despacho con un café extragrande como único soporte vital. El marido de mi mejor amiga me mira con esa expresión que reserva para cuando está evaluando si has cumplido sus expectativas. Que, por cierto, son siempre imposiblemente altas.

—Buenos días, Sofia —me saluda sin levantarse de su escritorio—. ¿Qué tal te fue anoche?

Directo al grano. Típico de él.

Me siento en uno de los sillones de cuero, cruzando las piernas con estudiada despreocupación.

—Un desastre —respondo, mezclando verdad y mentira con la habilidad de quien ha crecido entre mafiosos—. El hombre tiene más seguridad que el papa. Sus guardaespaldas espantaban a cualquier mujer que intentara acercarse.

Renzo asiente, como si ya esperara esa respuesta.

—Me lo imaginaba —dice finalmente—. Matteo Ricci no es conocido precisamente por su vida social. De hecho, algunos creen que ni siquiera le interesan las mujeres.

Pienso en cómo me miró en ese pasillo oscuro, en cómo su voz cambió al llamarme «bella». Definitivamente, si no le interesan las mujeres finge muy bien.

Pero me guardo esa información para mí. ¿Por qué? Ni yo misma lo sé. Quizás porque es la primera vez en años que siento algo más que aburrimiento, y no quiero compartirlo. Ni siquiera con Renzo. Si se entera de que hablé con él porque me pilló mirándolo igual me aparta de esta misión antes de que tenga tiempo de empezarla.

Ni hablar.

—¿Cuál es el siguiente paso? —comento, dando un sorbo a mi café con tranquilidad, como si no estuviese deseando seguir con esta misión.

Renzo se recuesta en su silla, estudiándome. Conozco esa mirada. Es la de «tengo una idea que te va a meter en problemas».

Mi mirada favorita.

—Uno bastante… arriesgado —responde finalmente—. Hemos estado investigando a Ricci, tratando de entender por qué de repente está tan interesado en Nueva York.

—¿Y?

—Y hemos descubierto algo curioso de su vida personal. Visita regularmente el Hospital General de Boston. Tres veces por semana, como un reloj suizo.

Arqueo una ceja, genuinamente intrigada.

—¿Está enfermo?

—No lo sabemos —admite Renzo—. Podría ser cualquier cosa. Un tratamiento, un especialista, o algo completamente diferente. Lo que sí sabemos es que siempre va solo. Sin guardaespaldas. Sin seguridad.

Ahora entiendo por dónde va. Y una parte de mí empieza a sentir esa emoción que solo aparece cuando estoy a punto de hacer algo estúpidamente peligroso.

—Quieres que vaya a Boston —no es una pregunta.

—El director del hospital me debe varios favores —continúa Renzo, como si no me hubiera escuchado—. Podría arreglarte una pasantía en su unidad de traumatología forense. Sería una oportunidad perfecta para...

—Hacerme la encontradiza con Ricci —termino por él—. Sin toda su seguridad alrededor.

Renzo sonríe, esa sonrisa de depredador que hace que Valentina se derrita pero que a mí siempre me ha parecido ligeramente perturbadora.

—Exactamente.

—¿Y mi trabajo aquí? —pregunto, aunque la verdad es que estoy deseando un cambio. Extraer balas de matones ha perdido su encanto.

—Tu padre comentó hace poco que parecías... aburrida. Que necesitabas nuevos desafíos. Boston sería perfecto.

—Has hablado con mi padre sobre esto —no es una pregunta.

—Le he dicho que es una oportunidad profesional excelente —responde con un encogimiento de hombros—. Lo cual es cierto.

Me levanto y camino hasta la ventana, más para organizar mis pensamientos que por necesidad de movimiento. Boston. Una nueva ciudad. Un nuevo hospital. Y Matteo Ricci sin su ejército de guardaespaldas.

Es exactamente la adrenalina que he estado buscando.

No es porque me muera de ganas por volver a verlo.

—¿Por qué es tan importante vigilar a Matteo Ricci? —pregunto, girándome para enfrentar a Renzo—. ¿Qué está haciendo en Nueva York que te preocupa tanto?

La expresión de Renzo se endurece ligeramente.

—Está comprando propiedades. Estableciendo contactos. Moviéndose como si planeara quedarse. Y lo está haciendo en silencio, lo cual nunca es buena señal.

—Podría ser solo expansión de negocios —sugiero.

—Podría. O podría ser el preludio de algo más —su tono deja claro que sospecha lo segundo—. Necesito saber qué planea antes de que se convierta en un problema real.

—¿Y si me descubre? —pregunto, aunque la posibilidad del peligro solo hace que la idea me resulte más atractiva. Siempre he tenido un problema con la adrenalina.

—Estarás por tu cuenta, igual que la primera vez que te lo dije —la honestidad brutal de Renzo es algo que siempre he apreciado—. No podré protegerte sin desatar una guerra.

Asiento, sopesando la decisión. Aunque, seamos sinceros, ya la he tomado desde el momento en que mencionó Boston.

—¿Cuándo empezaría?

—En una semana. El tiempo justo para arreglar tu traslado y encontrarte un apartamento cerca del hospital.

Una parte de mí sabe que debería contarle a Renzo sobre mi encuentro con Matteo. Que podría ser relevante para la misión. Que ocultar información a tu jefe en este mundo puede costarte la vida.

Pero otra parte, una más primitiva e instintiva, quiere guardar ese momento como algo privado. Algo que es solo mío y de Matteo.

—De acuerdo —digo finalmente, con una sonrisa que no puedo contener —. Iré a Boston.

Renzo asiente, satisfecho.

—Perfecto. Recuerda, tu objetivo es simple: acercarte a él, ganarte su confianza, descubrir sus planes en Nueva York. Nada más.

—¿Y cómo se supone que voy a acercarme a él en un hospital? ¿Tropezarme convenientemente con su camilla?

Renzo sonríe ante mi sarcasmo.

—Matteo visita el hospital los lunes, miércoles y viernes. Siempre a la misma hora. Siempre solo. El cómo lo abordes ya depende de tu... creatividad.

Genial. Mi futuro depende de mi capacidad para inventar encuentros casuales con un mafioso paranoico en un hospital. Suena exactamente como el tipo de reto que necesito para salir de mi rutina.

—Una cosa más, Sofia —añade Renzo, su tono repentinamente serio—. Matteo Ricci no es como los demás hombres que conoces. Es calculador, meticuloso y absolutamente despiadado con sus enemigos. No lo subestimes.

—No lo haré —prometo, aunque una parte de mí ya está pensando en esos ojos azules y en cómo se profundizaron por un momento cuando le devolví el desafío.

Salgo del despacho de Renzo con la cabeza llena de posibilidades. Boston. Un nuevo hospital. Una nueva misión. Y Matteo Ricci.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Valentina: «¿Café esta tarde? Necesito escapar de los preparativos del baby shower que está organizando Katia 😩»

Sonrío mientras tecleo mi respuesta: «Claro. Tengo noticias maravillosas.»

Tendré que inventarme algo sobre una oportunidad profesional en Boston. Odio mentirle a Valentina, pero sería mucho peor que supiera la verdad. Si se enterara de que su marido me está enviando a una misión peligrosa, se pondría furiosa con él y conmigo por aceptar.

Mientras camino hacia mi coche, siento un cosquilleo de anticipación. Por fin, algo que rompe la monotonía. Un desafío. Un peligro real.

Y si ese peligro viene en forma de un mafioso de ojos azules que me miró como si pudiera devorarme en ese pasillo oscuro... bueno, eso solo lo hace más interesante.

Tal vez me estoy metiendo en aguas demasiado profundas. Tal vez estoy jugando con fuego.

Pero por primera vez en mucho tiempo, me siento viva.

Y eso, por ahora, es suficiente.

CAPÍTULO 4

MATTEO

El Hospital General de Boston no es como los demás hospitales. Su fachada es de cristal y acero inoxidable, sus pasillos amplios y luminosos, su personal discreto y eficiente. Todo está diseñado para recordarte que aquí se trata a la élite. A los que pueden permitirse no solo vivir, sino vivir bien.

Aparco mi Maserati en la plaza reservada. No lleva mi nombre, por supuesto. Está a nombre de una de mis empresas pantalla. Igual que las facturas del hospital. Igual que todo lo relacionado con Bianca.

La seguridad es una obsesión para mí. Especialmente cuando se trata de mi hermana.

Entro por la puerta lateral, la que utilizan los médicos y el personal. Menos exposición. Menos ojos. Menos riesgo. Mi reloj marca las 10:58. Perfecto. Llego dos minutos antes de la hora acordada. La puntualidad es poder, es respeto.

Marco un número en mi móvil mientras camino por el pasillo.

—¿Todo en orden? —pregunto sin saludar.

—Sí, señor —responde la voz de Marco al otro lado—. Hemos llegado hace diez minutos. La señorita Bianca está en la habitación 412, como siempre. Perímetro asegurado.

—Bien.

Cuelgo sin despedirme. No es necesario. Marco, Alessandro y Paolo saben exactamente lo que espero de ellos. Proteger a Bianca con sus vidas. Literalmente.

Yo vengo solo al hospital. Es una estrategia calculada. Si alguien me vigila, que me vea a mí, no a mi hermana. Que piensen que vengo por algún tratamiento personal, alguna enfermedad secreta, cualquier cosa menos la

verdad. Bianca llega por otra entrada, con su escolta completa. Nos encontramos dentro. Separados somos objetivos más difíciles.

La paranoia me ha mantenido vivo. A mí y a mi hermana.

Subo por las escaleras en lugar del ascensor. Otra costumbre de seguridad. En un ascensor estás atrapado, eres vulnerable. En las escaleras siempre tienes opciones.

Mientras subo, mi mente vuelve a donde ha estado gran parte de la semana. A un pasillo oscuro en un club de Nueva York. A unos ojos color ámbar que me miraron sin miedo. A una boca que me desafió cuando la mayoría se habría acobardado.

La mujer del vestido negro. Ni siquiera sé su nombre, y sin embargo no puedo sacármela de la cabeza.

Patético.

Una desconocida. Probablemente enviada por los Caballero para espiarme. Y aquí estoy, pensando en ella como un adolescente.

Me detengo en el rellano, furioso conmigo mismo. Tengo treinta y dos años, por el amor de Dios. He construido un imperio. He enterrado a mis enemigos. He sobrevivido a la traición más dolorosa que puede experimentar un hombre. No tengo tiempo para estas tonterías.

Nunca lo he tenido y no voy a empezar ahora.

Podría averiguar quién es. Un par de llamadas, algunos sobornos estratégicos, y tendría su nombre, dirección, historial completo. Es lo que haría normalmente con cualquier persona que despertara mis sospechas.

Pero me he prohibido hacerlo. Porque hacerlo significaría admitir que me importa saber quién es. Y no me importa. No puede importarme.

Además, no volveré a Nueva York hasta dentro de un mes, como mínimo. No puedo arriesgarme a despertar las sospechas de Renzo Caballero con visitas demasiado frecuentes. Mi plan requiere paciencia. Precisión. Control.

Tres cosas que parecen evaporarse cuando pienso en esa mujer misteriosa.

Retomo mi ascenso, obligándome a centrarme en lo que importa. Bianca. Mi investigación. Mi venganza.

La habitación 412 no es realmente una habitación de hospital. Es una suite privada, diseñada para parecer un apartamento de lujo. Sin olor a desinfectante. Sin ese verde enfermizo en las paredes. Sin nada que recuerde a enfermedad o fragilidad.

Llamo dos veces antes de entrar. Es nuestro código. Siempre ha sido así, desde que éramos niños.

—Adelante, Matt —la voz de Bianca suena más fuerte hoy. Es un buen día, entonces.

Marco está junto a la ventana, vigilante como siempre. Me hace un gesto con la cabeza y sale discretamente. Sabe que estos momentos son solo nuestros.

Y allí está ella. Mi hermana pequeña. Mi responsabilidad. Mi mayor fracaso y, a la vez, mi única redención.

Bianca está sentada en su silla de ruedas, junto a la ventana que da al jardín del hospital. Lleva un vestido azul claro que resalta su piel pálida y su cabello oscuro, recogido en una trenza compleja. A sus veintidós años, es hermosa de una manera que duele. Una belleza que debería estar bailando en fiestas, viajando por el mundo, viviendo la vida que le fue arrebatada.

En lugar de eso, está aquí. Paralizada de cintura para abajo. Por mi culpa. Porque no fui lo suficientemente rápido. Porque no vi venir la traición de nuestra propia madre.

—Estás distraído hoy —dice Bianca, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Problemas en Nueva York?

Intento sonreír, pero no me sale. Nunca he podido engañar a Bianca.

—Solo estoy cansado —miento, acercándome para besarla en la frente—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—El Dr. Mercer dice que estoy respondiendo bien al nuevo tratamiento —responde, con ese optimismo que nunca ha perdido—. Ha habido sensibilidad en el pie derecho.

Mi corazón da un vuelco. Después de diez años, cualquier progreso, por pequeño que sea, parece un milagro.

—Eso es... eso es fantástico, Bianca.

—No te emociones demasiado —me advierte, aunque sus ojos brillan—. Ya sabes cómo es esto. Un paso adelante, dos atrás. Pero es algo.

Me siento frente a ella, tomando sus manos entre las mías. Son tan pequeñas, tan delicadas. Tan diferentes de las mías, manchadas de sangre y terror.

—Algo es mejor que nada —respondo—. Y el Dr. Mercer es el mejor. Si alguien puede conseguirlo, es él.

No añado que le pago cinco veces su salario normal. Que he financiado todo su laboratorio. Que movería cielo y tierra, que vendería mi alma si eso significara que Bianca pudiera volver a caminar.

—Cuéntame —dice ella, cambiando de tema—. ¿Cómo te fue en Nueva York?

Me tenso imperceptiblemente. Bianca sabe sobre mis negocios, por supuesto. Pero no sobre mi investigación personal. No sobre mi búsqueda de la persona que ayudó a nuestra madre a escapar. No sobre mi sed de venganza.

—Productivo —respondo vagamente—. Establecí algunos contactos. Visité propiedades potenciales.

—Detalles, Matt —insiste, rodando los ojos—. Pareces un informe de empresa. ¿Viste algún espectáculo? ¿Cenaste en algún sitio interesante? ¿Hiciste algo además de trabajar?

—Fui a un club —admito, pensando en el Inferno y maldiciendo internamente por haberlo mencionado.

—¿Tú? ¿En un club? —su rostro se ilumina con genuina sorpresa—. Vale, ahora sí que necesito oír esta historia. ¿Desde cuándo frecuentas clubes nocturnos? Pensaba que se te había olvidado divertirte.

—Era una reunión de negocios —aclaro rápidamente—. Nada interesante.

—Mmm-hmm —murmura, claramente no convencida—. Estás más raro que de costumbre. ¿Seguro que no pasó nada más?

Por un momento, estoy tentado de contarle sobre la mujer misteriosa. Sobre cómo me desafió en ese pasillo oscuro. Sobre cómo, por primera vez en años, sentí algo más que frío cálculo.

Pero no lo hago. Porque decirlo en voz alta lo haría real. Y no puede ser real. No puedo permitírmelo.

Y mi hermana no me dejaría en paz si pensase que una mujer me ha interesado lo más mínimo. Siempre está preocupada por mí y por mi inexistente corazón.

—Nada más —respondo con firmeza—. Nueva York es solo un mercado potencial, nada más.

Bianca me estudia con esa mirada penetrante que siempre ha tenido, incluso de niña. Como si pudiera ver a través de todas mis tonterías.

—Matt, llevas diez años así —dice finalmente, su voz suavizándose—. Trabajando sin descanso. Vigilando cada sombra. Viviendo solo para los negocios y para mí.

—Es lo que tengo que hacer —respondo, tensándome.

—No, es lo que crees que tienes que hacer —me corrige—. Pero no es vida, Matt. No realmente.

—Bianca...

—No, escúchame —me interrumpe, apretando mis manos—. No puedes pasarte la vida cuidando de mí y vengándote de fantasmas.

Me quedo helado.

—¿Qué quieres decir?

Su expresión se suaviza.

—Matt, no soy estúpida. Sé que sigues buscándola. A mamá.

El nombre queda suspendido entre nosotros. «Mamá». Una palabra que no pronunciamos. Un tema tabú.

—No sabes de qué hablas —digo, levantándome bruscamente.

—Sí lo sé —insiste—. Y sé que te culpas por lo que pasó. Por esto —señala sus piernas inmóviles—. Pero no fue tu culpa. No podías saber lo que ella haría. Ni tú ni nadie.

—Debería haberlo sabido —las palabras salen como un gruñido—. Debería haberte protegido.

—Y lo has hecho. Cada día desde entonces. Pero, Matt, esto no es vida. Ni para ti ni para mí.

Me acerco a la ventana, dándole la espalda. No quiero que vea la rabia en mis ojos. La culpa. El odio que sigue ardiendo después de una década.

—Cuando la encuentre... —empiezo.

—¿Qué? —me desafía—. ¿La matarás? ¿Crees que eso me devolverá la movilidad? ¿Crees que eso nos hará felices?

—Haré justicia —respondo, las palabras saliendo como hielo.

—No. Matarla te hará exactamente igual que ella —la voz de Bianca tiembla ligeramente—. Alguien que destruye a su familia por venganza.

Sus palabras me golpean como un puñetazo físico. Me giro para mirarla, incapaz de ocultar mi conmoción.

—Yo nunca... no es lo mismo...

—¿No? —pregunta suavemente—. Matt, te quiero. Eres el mejor hermano que podría desear. Pero estás tan obsesionado con ella que no te das cuenta de que te está robando la vida incluso estando ausente.

No respondo. No puedo. Porque en el fondo, sé que tiene razón.

—Deberías permitirte vivir un poco —continúa, con una sonrisa triste—. Conocer a alguien. Divertirte. No todo tienen que ser negocios y venganza. Ya tenemos mucho más dinero del que podremos gastar en nuestras vidas.

—Las relaciones son una debilidad —respondo automáticamente—. Una distracción que no puedo permitirme.

—Las relaciones son lo que nos hace humanos —corrige ella—. Y tú llevas demasiado tiempo siendo una máquina, Matt.

Nuestra conversación se interrumpe cuando el Dr. Mercer entra para la sesión de terapia. Me pone al día sobre los avances, que me parecen completamente insuficientes, pero me lo callo. No quiero que Bianca se ponga peor. Me despido de mi hermana con un beso en la frente, prometiéndole volver pronto a casa esta noche.

Mientras salgo del hospital, vuelvo a pensar en lo que ha dicho. Sobre nuestra madre. Sobre la venganza. Sobre vivir.

Y, maldita sea, sobre la mujer del vestido negro.

No sé quién es. No sé qué quiere. No sé si trabaja para los Caballero o si realmente fue solo una coincidencia verla en ese club.

Lo que sí sé es que no puedo permitirme el lujo de bajar la guardia. No con una desconocida. No cuando estoy tan cerca de descubrir la verdad.

Las mujeres son peligrosas. Mi madre me enseñó esa lección de la manera más cruel posible.

No, no puedo confiar en ninguna mujer. Y menos en una que apareció justo cuando empecé a moverme en territorio Caballero.

Mientras conduzco de regreso a mi oficina, me prometo a mí mismo que la próxima vez que vaya a Nueva York, me centraré exclusivamente en mi investigación. Que ignoraré cualquier pensamiento sobre ojos color ámbar y sonrisas desafiantes. Me obligo a mí mismo a no buscar información sobre ella.

Recordaré por qué no puedo, ni debo, confiar en ninguna mujer.

CAPÍTULO 5

SOFIA

—Esto es ridículo —murmuro para mí misma mientras deslizo el dedo por la pantalla del iPad.

Otra foto de Matteo Ricci. Esta vez en un evento benéfico en Boston, con un esmoquin negro que parece haber sido cosido directamente sobre su cuerpo. Su expresión es la misma de siempre: una máscara perfecta de indiferencia aristocrática.

¿Cómo puede existir un hombre tan irritantemente perfecto?

He pasado la última hora repasando cada artículo, cada fotografía, cada mención de Matteo que he podido encontrar. Lo llamo «investigación para la misión». En realidad, es una obsesión que roza lo patético.

Pero necesito conocer a mi objetivo, ¿no? Eso es lo que me repito mientras estudio la línea de su mandíbula, la intensidad de sus ojos azules, la forma en que su cabello negro cae...

—¿Qué estás mirando con tanta concentración?

Doy un respingo y casi lanzo el iPad al otro lado de la habitación. Valentina está en la puerta de mi dormitorio, con una sonrisa divertida y una bolsa que huele sospechosamente a mis pasteles favoritos.

—¡Joder, Val! —exclamo, cerrando apresuradamente la galería de fotos—. ¿No te han enseñado a llamar antes de entrar?

—He llamado tres veces —responde, entrando como si fuera su propia casa. Lo cual, considerando la cantidad de tiempo que pasa aquí, prácticamente lo es—. Estabas tan absorta mirando a ese hombre que no me has oído.

Mierda. Mierda. Mierda.

—No estaba mirando a ningún hombre —miento descaradamente—. Estaba revisando casos de traumatología para mi pasantía.

Valentina arquea una ceja perfectamente depilada.

—¿Y desde cuándo los «casos de traumatología» tienen ojos azules y traje a medida?

Antes de que pueda responder, una tercera voz se une a la conversación.

—¿Quién tiene ojos azules y traje a medida? —Katia aparece en la puerta, cargada con lo que parece ser media pastelería francesa—. ¿Me he perdido algo interesante?

Genial. La reunión del comité «torturemos a Sofia» está oficialmente en sesión.

—Nuestra querida doctora estaba babeando sobre un hombre —informa Valentina, quitándose los zapatos y acomodándose en mi cama como si fuera un gato perezoso—. Uno muy guapo, por lo poco que he alcanzado a ver.

—No estaba babeando —protesto, aunque siento que mis mejillas se calientan—. Era... investigación.

—Ah, investigación —repite Katia con una sonrisa cómplice mientras coloca los pasteles en mi mesita de noche—. ¿Y tiene nombre este... sujeto de investigación?

—Sí, se llama «no os importa un carajo» —respondo, levantándome para guardar el iPad en un cajón—. ¿No se supone que deberíais estar ayudando a Luca a elegir color para la habitación del bebé o algo así?

—Ya hemos elegido —dice Katia, sentándose junto a Valentina—. Un verde menta muy bonito. Neutro pero alegre.

—Y hablando de habitaciones —interviene Valentina, mirando las maletas a medio hacer en el suelo—, ¿cómo va el empaquetado para tu gran aventura en Boston?

—De maravilla —respondo escueta. No quiero ahondar mucho en este tema. No quiero que me saquen información. Son demasiado inteligentes y

serán capaces de sumar dos más dos. Si descubren a lo que voy a Boston, no permitirán que me vaya.

Valentina y Katia intercambian una mirada que no logro descifrar. ¿Sospechan algo? Imposible. Son mis mejores amigas, pero ninguna está al tanto de la misión en la que Renzo me ha metido.

—Seis meses es mucho tiempo —dice Valentina, con un tono que suena casi acusatorio—. ¿Por qué te tienes que ir lejos? Ya tienes un trabajo maravilloso aquí en Nueva York.

«Porque necesito espiar a un mafioso italiano con ojos de infarto para tu marido, querida». No es algo que pueda decir en voz alta.

—Ya sabéis que estoy aburrida aquí —respondo, optando por una verdad a medias—. Siempre los mismos casos, las mismas heridas de bala con las mismas excusas patéticas. «Me disparé accidentalmente mientras limpiaba mi arma, doctora». Sí, claro, seis veces en el abdomen.

Ambas se ríen, y siento que la tensión disminuye un poco.

—Además —continúo, sacando ropa del armario y doblándola con precisión quirúrgica—, me han dicho que Boston tiene una tasa de criminalidad fantástica. Montones de casos nuevos y escabrosos. Un paraíso para una médica aburrida.

—Solo tú podrías hablar de asesinatos como si fueran vacaciones en Disney —comenta Katia, negando con la cabeza.

—¿Qué puedo decir? —respondo con una sonrisa torcida—. Otros coleccionan sellos, yo colecciono operaciones interesantes.

Valentina se acerca y toma una de mis blusas, doblándola con ese toque perfeccionista que la caracteriza.

—Te vamos a echar de menos —dice con una voz que de repente suena pequeña, vulnerable—. Seis meses es mucho tiempo.

Algo se retuerce en mi interior. Odio mentirles. Odio que parte de mí esté emocionada por esta misión cuando debería estar preocupada por dejarlas.

—También os echaré de menos —respondo con sinceridad—. Pero no es como si me fuera a otro planeta. Hay teléfonos, videollamadas, coches... Y vosotras estaréis tan ocupadas con los preparativos de los bebés que apenas notaréis mi ausencia.

—Tonterías —dice Katia firmemente—. Nadie podría no notar tu ausencia, Sofia. Eres como un huracán con bata blanca.

—Un huracán con un bisturí —añade Valentina, y las tres nos reímos.

Durante la siguiente hora, entre pasteles y anécdotas, me ayudan a terminar de hacer las maletas. La culpa me carcome cada vez que tengo que inventar algo sobre mi supuesta pasantía, pero me consuela saber que es por mi libertad. Quiero llevar a cabo esta misión con la tranquilidad de saber que mis amigas están tranquilas y seguras en casa.

Cuando finalmente se van, con promesas de una comida de despedida mañana, me derrumbo en la cama. El iPad me llama desde el cajón como una adicción que no puedo controlar. Lo saco y vuelvo a abrir la galería de fotos.

Ahí está él. Matteo Ricci. Mi objetivo. Mi misión.

El hombre que, por alguna razón inexplicable, no puedo sacar de mi cabeza desde nuestro breve encuentro en ese pasillo oscuro.

—Esto es estrictamente profesional —me digo a mí misma mientras amplio una imagen donde se le ve saliendo de un restaurante, con el viento agitando ligeramente su cabello perfecto—. Solo estoy estudiando a mi objetivo.

Incluso a mis propios oídos, suena a mentira.

Mañana viajaré a Boston. Me infiltraré en el hospital donde, Matteo aparece religiosamente tres veces por semana. Descubriré sus secretos. Averiguaré qué planea contra los Caballero.

Y si en el proceso vuelvo a experimentar esa extraña electricidad que sentí cuando estuvimos frente a frente... bueno, eso también será estrictamente profesional.

O eso me seguiré diciendo a mí misma.

Cierro el iPad y miro las maletas listas junto a la puerta. Por primera vez en mucho tiempo, siento una mezcla de miedo y emoción que me recuerda a cuando era niña, la noche antes de un viaje importante.

Boston. Matteo Ricci. Una misión peligrosa.

Y la sensación persistente de que, después de esto, nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 6

SOFIA

Boston es frío, ventoso y absurdamente histórico. Como si cada maldito edificio quisiera recordarte que aquí empezó la historia de Estados Unidos mientras tú te congelas el culo.

Llevo una semana en esta ciudad y ya he confirmado que:

El acento bostoniano es tan irritante como dicen.

Es imposible encontrar un café decente después de las ocho de la tarde.

Mi apartamento tiene el tamaño de un armario pero el precio de un palacio.

El Hospital General de Boston es un nido de egos médicos comparable solo con el Congreso.

Y lo más importante:

Mi nuevo despacho —si se puede llamar así a un cubículo con pretensiones — está estratégicamente ubicado en el cuarto piso del ala este del hospital. No ha sido casualidad. Le he soltado al director una historia sobre mi sensibilidad a los olores fuertes del laboratorio principal y mi necesidad de «un espacio más ventilado». El hombre ha accedido tan rápido que casi me siento mal por manipularlo.

Casi.

Lo que no le he dicho es que desde mi ventana tengo una vista perfecta de la entrada lateral del hospital. La misma que, según mis observaciones, utiliza cierto mafioso italiano para sus visitas.

Miro el reloj: 10:53. Si Matteo mantiene su rutina —y según Renzo, es obsesivamente puntual— aparecerá en exactamente siete minutos.

Mientras espero, repaso mentalmente lo que he averiguado esta semana. Que no es mucho, la verdad. El Boston General es sorprendentemente hermético con la información de sus pacientes VIP. Ni siquiera el nombre de

Ricci aparece en ningún registro oficial. He tenido que recurrir a sobornos sutiles (café gourmet para las enfermeras administrativas), favores médicos (cubrir turnos de noche) y una considerable dosis de encanto para conseguir las migajas que tengo.

Lo único concreto: Matteo siempre va a la habitación 412. Siempre solo. Siempre durante exactamente una hora.

Mi teoría inicial era que se trataba de algún tipo de tratamiento médico secreto. Quizás una enfermedad que no quiere que sus enemigos conozcan. Pero algo no encaja. La 412 no está en ninguna planta especializada. No es oncología, ni cardiología, ni siquiera psiquiatría.

Es una suite privada en el ala más exclusiva del hospital. El tipo de habitación que cuesta más por noche que mi alquiler mensual.

El sonido de un motor potente interrumpe mis pensamientos. Me acerco a la ventana justo a tiempo para ver un Maserati negro aparcar en la plaza reservada. Mi pulso se acelera instantáneamente.

Es él.

Incluso desde esta distancia, su presencia es innegable. Sale del coche con esa elegancia felina que recordaba perfectamente. Traje oscuro impecable, postura erguida, movimientos precisos. Comprueba su entorno discretamente —típico de alguien acostumbrado al peligro— antes de dirigirse a la entrada.

Y entonces ocurre algo que me deja momentáneamente sin aliento. Justo antes de entrar, levanta la mirada hacia el edificio.

Me aparto instintivamente, aunque sé que es imposible que me haya visto. Estoy demasiado lejos, y el reflejo del sol en el cristal me oculta.

Pero por un segundo, un ridículo y absurdo segundo, he sentido como si me mirara directamente a mí.

Mi corazón late con tanta fuerza que casi puedo oírlo. ¿Qué demonios me pasa? Soy médico forense, por el amor de Dios. He tenido las manos dentro de

cadáveres sin inmutarme. He tratado heridas de bala mientras el paciente me amenazaba de muerte. He enfrentado a mafiosos furiosos sin pestañear.

Y aquí estoy, escondida detrás de una cortina, con el pulso acelerado como una adolescente, solo porque Matteo Ricci ha mirado hacia el edificio.

Patético.

Respiro hondo y recupero la compostura. Tengo exactamente tres minutos para llegar al pasillo del cuarto piso sin que me vea. Si voy a seguirlo, necesito ser rápida.

Salgo de mi despacho, tratando de parecer una médica ocupada y no una espía amateur. Mi bata blanca y el estetoscopio alrededor del cuello son mi mejor disfraz. Nadie cuestiona a una doctora que camina con determinación.

Me posiciono estratégicamente cerca del ascensor principal, fingiendo revisar un expediente mientras espero. Las puertas se abren y contengo la respiración, pero solo es una enfermera con un paciente en una camilla.

Dos minutos después, la puerta de las escaleras laterales se abre, llamando mi atención. Esta vez sí que es él.

Verlo de nuevo, tan cerca después de semanas, me produce una sacudida física que no esperaba. Está aún más guapo de lo que recordaba. Mandíbula perfectamente afeitada, cabello negro ligeramente más largo que en Nueva York, ojos azules intensos escaneando el pasillo con una mezcla de alerta y desdén.

Me escondo parcialmente tras mi expediente, observándolo por encima del borde. Camina con determinación, como alguien que conoce exactamente a dónde va y no tolera obstáculos en su camino. Una enfermera joven prácticamente se aplasta contra la pared para dejarlo pasar.

Lo sigo a una distancia prudente, agradeciendo mentalmente el bullicio habitual del hospital que camufla mis pasos. Gira a la derecha, hacia el ala privada. Yo me detengo en la esquina, asomándome con cuidado.

Llega hasta una puerta —la 412, confirmo— y hace algo inesperado. Llama con los nudillos. Dos golpes cortos, una pausa, otro golpe. Como un código.

Una voz femenina responde desde dentro. No logro entender lo que dice, pero el tono es cálido, familiar.

Matteo entra y cierra la puerta tras él.

Me quedo allí, procesando lo que acabo de ver. No ha habido personal médico. No hay indicios de tratamiento. Solo una habitación privada y una voz de mujer.

La conclusión obvia me golpea como un puñetazo: tiene una amante.

Todo este secretismo, estas visitas regulares... Matteo Ricci se ve con una mujer en este hospital. Probablemente alguien que no puede ser vista públicamente con él. ¿Una testigo? ¿La esposa de algún rival? ¿Una mujer casada?

La idea me produce una punzada de... ¿decepción? ¿celos? Ridículo. No tengo derecho a sentir nada. Este hombre es mi objetivo, no mi interés romántico.

Regreso a mi despacho, analizando mis opciones. Podría informar a Renzo de mis descubrimientos, pero ¿qué le diría exactamente? «Matteo visita a una mujer en secreto». Gran revelación. Necesito más información antes de hacer mi reporte. No es porque no quiera que me diga que me marche.

Me siento frente al ordenador y accedo al sistema del hospital. La habitación 412 debe tener un historial, un registro de enfermería, algo. Pero cuando introduzco el número, aparece un mensaje de error: «Acceso restringido. Se requiere autorización de nivel 1».

Nivel 1. Solo el director y los jefes de departamento tienen ese nivel de acceso.

Esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

Miro el calendario. Matteo volverá el viernes. Tengo dos días para elaborar un plan.

Y se me acaba de ocurrir uno bastante arriesgado.

El viernes no me limitaré a seguirlo. Voy a entrar en esa habitación. Voy a descubrir quién es esa mujer y qué significa para él.

Es una locura, por supuesto. Si me descubre, mi tapadera saltará por los aires. Renzo me matará. O peor aún, lo hará Matteo.

Pero mientras recuerdo la intensidad de su mirada, la forma en que su presencia alteró todo mi sistema nervioso, sé que voy a hacerlo de todos modos.

Porque si hay algo que me caracteriza, además de mi bocaza y mi gusto por los casos escabrosos, es mi incapacidad patológica para alejarme del peligro.

Y Matteo Ricci es el peligro personificado.

CAPÍTULO 7

MATTEO

El whisky gira en mi vaso, ámbar y dorado bajo la luz tenue de mi despacho. Es tarde, pasada la medianoche, pero el sueño es un lujo que rara vez me puedo permitir. Especialmente en noches como esta, cuando los recuerdos acechan demasiado cerca de la superficie.

Cierro los ojos y el presente se disuelve. Ya no estoy en mi despacho en Boston. Estoy en la mansión familiar de los Ricci, y tengo veintidós años otra vez.

Diez años atrás

La mansión está inusualmente silenciosa cuando regreso de la universidad. Debería haber al menos seis guardias, personal de servicio, el secretario de mi padre. Pero solo hay silencio.

Algo no va bien. Años de entrenamiento bajo la tutela de mi padre me han enseñado a detectar el peligro antes de verlo. Y ahora todas mis alarmas están sonando.

Desenfundo la pistola que llevo oculta bajo la chaqueta del traje. Alessandro Ricci no ha criado a un imbécil. Sé perfectamente lo que significa ser el heredero de uno de los capos más poderosos de la Costa Este. Sé lo que es vivir bajo la constante amenaza de muerte.

Me muevo en silencio por el recibidor de mármol, todos mis sentidos alerta. Y entonces lo escucho.

Un gemido débil. Casi imperceptible. Proveniente del pie de la escalera principal.

Lo que veo al girar la esquina me paraliza por un instante. Bianca, mi hermana pequeña, yace en un charco de sangre al pie de la escalera. Sus

piernas retorcidas en un ángulo imposible. Su uniforme escolar empapado de rojo.

—¡Bianca! —el grito sale de mi garganta antes de poder contenerlo.

Corro hacia ella, guardando el arma, cayendo de rodillas a su lado. Tiene los ojos entreabiertos, desenfocados. Respira, pero cada inhalación parece causarle un dolor insoportable.

—Matt... —susurra, su voz apenas audible—. Mamá...

—No hables —le digo, sacando mi teléfono para llamar a emergencias—. Te pondrás bien. Te lo prometo.

Mientras marco, mis ojos recorren frenéticamente el vestíbulo, buscando alguna señal de lo ocurrido. ¿Un ataque? ¿Una invasión?

Pero no hay signos de lucha. No hay casquillos de bala. No hay nada excepto mi hermana pequeña desangrándose en el suelo de mármol italiano.

—Necesito una ambulancia —ordeno al teléfono, dando la dirección con voz controlada a pesar del pánico que me corroe por dentro—. Niña de doce años. Caída por escaleras. Hemorragia severa.

Mientras espero, presiono mi chaqueta contra la herida en su cabeza, tratando de contener la sangre. Ella gime, intentando decir algo más.

—Shh, no hables —insisto—. Guarda tus fuerzas.

—Mamá... —repite, una lágrima deslizándose por su mejilla—. Ella me...

No termina la frase. Sus ojos se cierran y su cuerpo se relaja de repente.

—¿Bianca? ¡Bianca! —grito, comprobando su pulso con dedos temblorosos. Sigue viva, pero inconsciente.

En ese momento escucho el chirrido de neumáticos en la entrada. Espero ver la ambulancia, pero es el Bentley de mi padre el que se detiene bruscamente frente a la casa.

Alessandro Ricci entra como una tormenta, flanqueado por sus dos guardaespaldas principales. Se detiene en seco al vernos.

—¿Qué coño ha pasado? —su voz es hielo puro.

—No lo sé —respondo, sin apartar las manos de la herida de Bianca—. La encontré así. He llamado a una ambulancia.

Mi padre se arrodilla al otro lado de Bianca, su rostro normalmente impasible contorsionado por una emoción que nunca le había visto: miedo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta, sus ojos recorriendo el vestíbulo.

—No lo sé —repito—. No hay nadie más en la casa.

Algo cambia en su expresión. Una sospecha. Una certeza terrible.

—Antonio —ordena a uno de sus hombres—, revisa toda la casa. Franco, comprueba si falta algo en mi despacho.

Los hombres se mueven instantáneamente, eficientes como máquinas bien engrasadas.

—¿Qué está pasando? —pregunto, confundido—. ¿Crees que nos han robado?

Mi padre me mira, y por primera vez en mi vida, veo algo parecido a la compasión en sus ojos.

—Tu madre ha intentado matarme esta mañana —dice, su voz sorprendentemente calmada—. Ha puesto veneno en mi café. Lo he notado al primer sorbo.

El mundo se detiene. Las palabras no tienen sentido. Mi madre. La elegante y distante Giulia Ricci. La mujer que organizaba cenas benéficas mientras su marido ordenaba ejecuciones. La mujer que siempre parecía flotar por encima de la sangre y la violencia de nuestro mundo.

—Eso es imposible —digo automáticamente.

—Ha estado haciéndolo durante meses —continúa mi padre, como si no me hubiera oído—. Pequeñas dosis. Suficientes para debilitarme gradualmente. Hoy ha aumentado la cantidad. Un error de cálculo.

Quiero protestar. Quiero decirle que está loco. Pero entonces recuerdo las palabras de Bianca. «Mamá... ella me...»

—¿Crees que ella... a Bianca...? —no puedo ni formular la pregunta completa.

Mi padre asiente una vez, su mandíbula tan tensa que parece que podría romperse.

—La confronté esta mañana. Pensé que la tenía vigilada. Pero subestimé su desesperación.

En ese momento, Franco regresa del despacho, su expresión lo dice todo.

Antonio también vuelve, negando con la cabeza.

—No hay nadie más en la casa.

Mi padre se levanta lentamente, una calma terrorífica emanando de él.

—Encuentra a mi esposa —ordena, su voz apenas un susurro—. Utiliza todos los recursos. Todos los contactos. No me importa lo que cueste. La quiero viva.

La ambulancia llega en ese momento, interrumpiendo la escena. Los siguientes minutos son un borrón de actividad frenética. Paramédicos evaluando a Bianca. La camilla. Las luces parpadeantes. El viaje al hospital.

Durante todo ese tiempo, una única pregunta martillea en mi cabeza: ¿Por qué?

¿Por qué mi madre intentaría matar a mi padre? ¿Por qué dañaría a Bianca, su propia hija? ¿Qué podría empujar a una mujer como ella a tal extremo?

No encuentro respuestas, solo más preguntas. Y mientras veo a mi hermana pequeña siendo llevada a cirugía, algo se endurece dentro de mí. Algo que nunca volverá a ser blando.

El tintineo del hielo en mi vaso me devuelve al presente. Me doy cuenta de que lo estoy apretando con tanta fuerza que mis nudillos están blancos. Lo dejo

sobre el escritorio antes de romperlo.

Diez años. Diez malditos años y el recuerdo sigue tan fresco como si hubiera ocurrido ayer.

Los médicos dijeron que Bianca tuvo suerte de sobrevivir. Fractura craneal. Columna vertebral dañada. Parálisis parcial. «Suerte». Como si una vida en silla de ruedas pudiera considerarse afortunada.

Mi padre movilizó todos sus recursos para encontrar a mi madre. Contactos policiales. Informantes. Sicarios. Fue inútil. Había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Lo que significaba que alguien la había ayudado. Alguien con recursos, con conexiones, con el poder de crear una nueva identidad y esconderla de Alessandro Ricci.

Y en nuestro mundo, solo hay un puñado de personas con ese tipo de poder.

No tengo pruebas concretas. Solo fragmentos. Rumores. Una fotografía de mi madre con un guardián de los Caballero en un evento, semanas antes de su desaparición, hablando demasiado íntimamente para ser simples conocidos. Un informante que asegura haber visto a una mujer que coincidía con su descripción en territorio Caballero días después de su huida. Pequeñas transferencias de dinero hacia cuentas vinculadas indirectamente con sus negocios.

Nada que se sostendría en un tribunal. Pero en nuestro mundo no existen los tribunales.

Mi padre murió hace tres años sin haber encontrado a mi madre. Sin respuestas. Sin justicia para Bianca.

Pero yo no soy mi padre. Soy más paciente. Más metódico. Más despiadado.

He seguido cada pista, por insignificante que pareciera. He construido una red de informantes dentro del territorio Caballero. He esperado el momento

adecuado.

Y ahora, finalmente, estoy cerca. Puedo sentirlo.

Alguien en la organización Caballero sabe dónde está mi madre. Alguien tiene las respuestas que necesito.

Necesito saber por qué lo hizo. Por qué intentó matar a mi padre. Por qué abandonó a sus hijos. Por qué dañó a Bianca.

Necesito saberlo antes de matarla.

Porque voy a matarla. Eso es lo único que he tenido claro desde aquel día. Haré justicia por Bianca. Por mi padre. Por mí mismo.

Pero primero, necesito la verdad.

Y para obtenerla, estoy dispuesto a derribar todo el imperio Caballero, piedra por piedra, si es necesario.

Mientras contemplo las luces de Boston desde mi ventana, me pregunto qué pensaría Bianca si supiera la verdadera razón de mis incursiones en Nueva York. Probablemente intentaría detenerme. Mi dulce hermana, siempre creyendo en la redención, en las segundas oportunidades.

Pero hay cosas imperdonables. Traiciones que no pueden ser redimidas. Y lo que hizo nuestra madre es una de ellas.

Vuelvo a servirme whisky, sintiendo el familiar fuego de la determinación. La venganza es un plato que se sirve frío, dicen. Y yo he estado enfriándolo durante una década.

Pronto, muy pronto, será el momento de servírselo a mi madre.

Y a cualquiera que la haya ayudado a escapar de su crimen.

CAPÍTULO 8

MATTEO

El «Velvet Rouge» es exactamente el tipo de club que desprecio. Música demasiado alta. Luces demasiado bajas. Alcohol de calidad cuestionable servido a precios obscenos. Y mujeres. Demasiadas mujeres semidesnudas que se acercan con sonrisas ensayadas y miradas que prometen cualquier cosa por el precio adecuado.

No estoy aquí por placer. Estoy aquí por negocios.

Los hermanos Vázquez. Gemelos idénticos. Traficantes de armas de medio pelo que han cometido el error de vender a uno de mis distribuidores. En mi territorio. Sin mi permiso.

Un error que pagarán esta noche.

Carlo está a mi izquierda, bebiendo agua con gas que finge es vodka. Alessandro cubre la puerta trasera. Paolo está en el coche, motor encendido, listo para la extracción. Todo está perfectamente orquestado, como siempre.

—La rubia a las dos en punto no te quita los ojos de encima —murmura Carlo, sin mover apenas los labios—. ¿Quieres que la ahuyente?

Ni siquiera me molesto en mirar en la dirección que indica. La he notado hace diez minutos. Pelo rubio platino obviamente teñido. Vestido rojo que apenas cubre lo esencial. Tacones imposiblemente altos.

—Ignórala —respondo, dando un sorbo a mi whisky—. No es una amenaza.

Carlo asiente. Sabe que no estoy aquí para distracciones. Que nunca lo estoy.

Las mujeres dejaron de interesarme hace mucho tiempo. O quizás nunca me interesaron realmente. Son variables incontrolables. Riesgos innecesarios. Debilidades potenciales.

Mi madre me enseñó esa lección.

Aun así, mientras escaneo el club en busca de mis objetivos, no puedo evitar que mi mente derive por un instante hacia unos ojos color ámbar que me miraron sin miedo en un pasillo oscuro de Nueva York.

La mujer del vestido negro. La desconocida que se ha colado en mis pensamientos con una persistencia irritante durante las últimas semanas.

¿Sería tan indiferente si fuera ella quien me mirara desde el otro lado del club? ¿Podría mantener esta fachada de desinterés si fuera su perfume el que captara entre la mezcla de alcohol y sudor?

Aprieto el vaso con más fuerza de la necesaria. Estas divagaciones son improductivas. Peligrosas, incluso. Necesito concentrarme.

—Objetivo localizado —dice Carlo, interrumpiendo mis pensamientos—. Puerta VIP. Acaba de entrar.

Dirijo mi mirada hacia la zona elevada del club. Efectivamente, uno de los Vázquez está entrando en la sección VIP, flanqueado por dos guardaespaldas con trajes baratos y bultos evidentes bajo las chaquetas. Principiantes.

—¿Solo uno? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Dónde está el otro gemelo?

—No hay señales de él —responde Carlo—. Según nuestros informantes, podría estar en Miami cerrando un trato.

Asiento, procesando la información. Los gemelos rara vez se separan. Es parte de su estrategia. Confundir a sus enemigos sobre quién es quién. Jugar con la identidad intercambiable.

Esta separación es inusual. Tendré que adaptar el plan.

Estudio al gemelo visible. Por la pequeña cicatriz en la comisura derecha de los labios, identifico que es Javier. El más volátil de los dos. El que menos información tiene, probablemente.

Detalles. Los detalles siempre marcan la diferencia entre el éxito y el fracaso. Entre la vida y la muerte.

—Vamos —digo, dejando mi vaso intacto sobre la barra—. Quiero una visión más cercana.

Nos movemos entre la multitud, Carlo ligeramente por delante, despejando el camino sin parecer obvio. Años de trabajar juntos nos han convertido en una máquina bien engrasada. No necesitamos palabras.

La rubia del vestido rojo elige ese momento para interceptarme. Se planta directamente en mi camino, sonriendo con lo que supongo que considera seducción.

—¿Te apetece compañía, guapo? —ronronea, pasando un dedo por la solapa de mi traje—. Pareces demasiado serio para un lugar como este.

Ni siquiera la miro a los ojos. Mi atención sigue fija en la sección VIP.

—No —respondo secamente.

No se da por vencida. Se acerca más, presionando su cuerpo contra el mío.

—Podría ayudarte a relajarte —insiste, su aliento caliente contra mi cuello —. Dicen que tengo manos mágicas.

Carlo da un paso adelante, listo para intervenir, pero lo detengo con un gesto sutil.

—Tengo una política estricta —digo, finalmente mirándola directamente—. No pago por compañía. Y aunque lo hiciera, buscaría algo con más clase que un vestido barato y un perfume que apesta a desesperación.

Sus ojos se abren de par en par. La sonrisa se congela en su rostro.

—Gilipollas —sisea, dando un paso atrás.

—Exactamente —confirmo, rodeándola para seguir mi camino.

Es cruel, lo sé. Innecesariamente cruel, quizás. Pero no tengo tiempo para sutilezas.

Mientras nos acercamos a la escalera que lleva a la sección VIP, algo capta mi atención en la periferia de mi visión. Un destello de cabello castaño oscuro con reflejos cobrizos. Un perfil que me resulta dolorosamente familiar.

Me detengo en seco, girando la cabeza tan rápido que casi me provoco un latigazo.

No puede ser.

Pero ahí está. De espaldas a mí, hablando con el barman. Misma estatura. Mismo cabello. Misma curva elegante del cuello.

La mujer del vestido negro. Aquí, en Boston.

—¿Señor? —la voz de Carlo suena distante, como si viniera de otro planeta.

No respondo. Mis pies ya se están moviendo, desviándome de mi ruta planificada, alejándome de mi objetivo.

Es una locura. Lo sé mientras lo hago. Estoy en medio de una operación. Tengo un objetivo claro. Una misión.

Y sin embargo, no puedo evitarlo.

—¿Señor? —repite Carlo, esta vez con urgencia en su voz—. El objetivo se está moviendo.

—Un minuto —murmuro, sin dejar de avanzar hacia la mujer.

Esquivo cuerpos en la pista de baile, ignorando las miradas curiosas. Todo mi ser está concentrado en esa figura, en esa posibilidad. Mi corazón late con una fuerza que no he sentido en años. No por miedo. No por adrenalina de combate. Por algo más primitivo. Más irracional.

Estoy a solo unos metros cuando ella se gira.

La decepción me golpea con fuerza. Con más fuerza de la que quiero admitir.

No es ella.

El parecido se desvanece como humo. Los rasgos son diferentes. Los ojos son marrones, no ámbar. La boca es más fina. La nariz más pequeña.

No es ella. Por supuesto que no es ella.

¿Qué coño estoy haciendo?

La mujer me mira con curiosidad, quizás preguntándose por qué me he detenido tan bruscamente frente a ella. Le doy la espalda sin decir palabra, la vergüenza y la ira mezclándose en mi interior como un cóctel tóxico.

Me he comportado como un idiota. He comprometido una operación por... ¿qué exactamente? ¿Un fantasma? ¿Una mujer que conocí durante cinco minutos en un club de Nueva York?

Se me está yendo la puta cabeza.

Regreso junto a Carlo, que me mira con una mezcla de confusión y preocupación que nunca antes había visto en su rostro.

—¿Todo va bien? —pregunta con cautela.

—Perfectamente —respondo, mi voz más dura de lo que pretendía—. ¿Dónde está el objetivo?

—Ha entrado en la sala privada al fondo —informa, señalando con un gesto sutil—. Sus guardaespaldas están en la puerta.

—Nuevo plan —digo, ajustándome los puños de la camisa—. Entraremos directamente. Sin sutilezas.

Carlo me mira, claramente sorprendido por el cambio de estrategia. El plan original era más discreto. Más paciente.

Pero la paciencia se me ha agotado esta noche.

—¿Estás seguro? —pregunta, siempre profesional—. Hay civiles.

—Estoy seguro —respondo, y mi tono no admite discusión—. Avisa a Alessandro. Que bloquee la salida trasera.

Carlo asiente y habla rápidamente por el micrófono oculto en su puño. Mientras tanto, yo observo la puerta de la sala privada. Dos guardias. Armados, pero no profesionales. No serán un problema.

La rabia que siento conmigo mismo necesita una salida. Y Javier Vázquez va a proporcionármela.

Nos acercamos con paso decidido. Los guardias se tensan, llevando instintivamente las manos hacia sus armas ocultas.

—Lo siento, señor —dice uno de ellos, interponiéndose en nuestro camino —. Área privada.

Sonrío. Una sonrisa fría que no llega a mis ojos.

—Lo sé.

Lo que sigue es rápido, eficiente, brutal. Un codazo a la tráquea del primero. Una patada a la rodilla del segundo. Carlo inmovilizando al que aún puede respirar. Yo abriendo la puerta de una patada.

Dentro, Javier Vázquez está sentado en un sofá de cuero rojo, rodeado de mujeres y botellas de champán. Su rostro pasa de la sorpresa a la comprensión y finalmente al miedo en cuestión de segundos.

—Matteo Ricci —dice, intentando mantener la compostura—. Qué sorpresa.

—No lo creo —respondo, cerrando la puerta tras de mí—. Sabías que vendría por ti. Solo que no sabías cuándo.

Las mujeres captan la tensión inmediatamente. Algunas se levantan, buscando la salida. Las dejo ir con un gesto. No tengo nada contra ellas.

—Esto es un malentendido —dice Javier, intentando levantarse. Carlo lo empuja de vuelta al sofá—. Podemos llegar a un acuerdo.

—Ya teníamos un acuerdo —respondo, quitándome la chaqueta y doblándola cuidadosamente sobre una silla—. No vender en mi territorio sin mi permiso.

—Fue un cliente especial —se apresura a explicar—. Una excepción. No volverá a ocurrir.

—En eso tienes razón.

Lo que sigue no es agradable. No es limpio. No es rápido.

Necesito información. Necesito saber quién más está involucrado. Quién más está intentando socavar mi autoridad en Boston.

Y Javier Vázquez no está dispuesto a hablar fácilmente.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunto, después de que su rostro ya no se parezca mucho al que tenía cuando entré.

—No... lo sé —jadea, sangre goteando de su boca hinchada—. Miami... creo...

—Mientes —respondo, aplicando más presión a su mano rota—. Vosotros nunca os separáis. Es vuestro seguro de vida. ¿Dónde está Miguel?

—Te juro que no lo sé —solloza—. Hace días que no hablamos. Tuvimos una discusión... se llevó parte del dinero...

Continúo hasta que estoy convencido de que dice la verdad. O al menos, su versión de la verdad. El gemelo perdido es un problema para otro día.

—Por favor —suplica finalmente, sangre mezclándose con lágrimas y mocos—. Ya te he dicho todo. Déjame ir. Desapareceré. Lo juro.

Lo miro, considerando su petición. Podría dejarlo vivir. Ha cooperado, aunque no tanto como esperaba.

Pero entonces recuerdo mi momento de debilidad. Cómo abandoné mi misión por un fantasma. Cómo permití que una mujer —ni siquiera una mujer real, sino un recuerdo— me distrajera.

Y la rabia vuelve a encenderse.

—Lo siento —digo, y por un instante, casi lo digo en serio—. Pero necesito enviar un mensaje.

El disparo es silenciado por el supresor. Un agujero perfecto entre sus ojos. Limpio. Eficiente. Misericordioso, incluso, comparado con lo que le hice antes.

Recojo mi chaqueta, me la pongo y me ajusto las mangas. Ni una gota de sangre en ella. Soy meticuloso incluso en esto.

—Llama a Paolo —le digo a Carlo—. Que traiga el coche a la puerta trasera. Y avisa al equipo de limpieza.

Carlo asiente, ya marcando en su teléfono. No muestra ninguna reacción a la carnicería que nos rodea. Ha visto cosas peores. Las ha hecho conmigo.

Mientras salimos por la puerta trasera, mi mente vuelve inevitablemente a ese momento de debilidad. A esa mujer que ni siquiera conozco pero que ha logrado colarse bajo mi piel.

Es peligroso. Ella es peligrosa. O más bien, lo que representa es peligroso.

Distracción. Debilidad. Humanidad.

No puedo permitírmelo. No ahora. No cuando estoy tan cerca de encontrar a mi madre. De obtener respuestas. De vengar a Bianca.

Mientras subimos al coche, tomo una decisión. Voy a erradicar a esa mujer de mis pensamientos. Voy a concentrarme exclusivamente en mi misión.

Y si alguna vez vuelvo a verla —lo cual es improbable—, la ignoraré completamente.

Porque Matteo Ricci no tiene debilidades. No puede permitírselas.

Y menos por una mujer.

CAPÍTULO 9

SOFIA

El viernes llega y con él mi plan para infiltrarme en la habitación 412. Me he pasado los últimos dos días memorizando horarios, estudiando turnos y elaborando excusas creíbles. Todo está listo.

O eso creía hasta hace cinco minutos.

Estoy escondida tras un carrito de limpieza, observando algo completamente inesperado. Dos hombres con trajes oscuros —claramente guardaespaldas por su postura y las protuberancias reveladoras bajo sus chaquetas— están escoltando a una mujer en silla de ruedas hacia la habitación 412.

Una mujer joven. Muy joven.

¿Qué demonios significa esto?

Mi teoría sobre una amante secreta acaba de complicarse considerablemente. ¿Una paciente que también es su amante? ¿O algo completamente diferente?

Decido no entrar todavía. Necesito más información antes de arriesgarme. Si hay otra paciente en esa habitación, mi tapadera de médica improvisada se iría a la mierda en dos segundos.

Me retiro a un rincón discreto desde donde puedo vigilar la puerta sin ser vista. Diez minutos después, veo llegar a Matteo.

Mi corazón da un vuelco traicionero. El hombre es jodidamente atractivo. Lleva un traje gris oscuro perfectamente cortado, cabello negro ligeramente despeinado por el viento, mandíbula afeitada con precisión quirúrgica. Camina con esa confianza tranquila de quien sabe exactamente el efecto que causa.

Llama a la puerta con el mismo código del otro día y entra sin esperar respuesta.

Estoy sopesando qué es mejor para mi misión en este momento, cuando una nueva pieza se une a este puzzle: un hombre mayor con bata blanca. Por su actitud y el respeto inmediato que le muestran las enfermeras que pasan, debe ser alguien importante. El nombre bordado en su bata confirma mi sospecha: Dr. Robert Mercer, Jefe de Neurología.

Neurología. Otra pieza del puzzle.

El doctor entra en la habitación 412 y permanece dentro unos veinte minutos. Cuando sale, parece satisfecho. Hace algunas anotaciones en una tablet y se aleja por el pasillo.

Poco después, Matteo también sale. Su expresión es indescifrable, pero hay algo en la tensión de sus hombros que no estaba ahí cuando entró. No mira atrás mientras camina hacia las escaleras.

Es mi oportunidad. La mujer sigue dentro, pero Matteo se ha ido. Puedo averiguar quién es ella y qué relación tiene con él sin cruzarme con Matteo. Puedo hacer esto sin revelar que estoy aquí todavía. ¿Si me ve se acordará de mí o nuestro encuentro habrá sido tan insignificante para él que ni si quiera me reconocerá?

No sé cuál de las dos posibilidades me aterra más.

Estoy a punto de moverme cuando veo a una enfermera acercarse a la habitación con un carrito pequeño. Mierda. No puedo permitir que ella entre o no podré explicar por qué estoy allí.

Tomo una decisión impulsiva. Me acerco a ella con paso decidido, con mi bata blanca perfectamente abotonada y mi mejor sonrisa profesional.

—Yo me encargo de la 412 —le digo con la autoridad que solo da una década tratando a mafiosos heridos—. El Dr. Mercer me ha pedido que compruebe personalmente a la paciente.

La enfermera me mira con recelo. Es mayor, probablemente con años de experiencia, no de las que se dejan intimidar fácilmente por mucho que yo sea

una doctora.

—No la conozco —responde, estudiándome—. ¿Es nueva en el equipo del Dr. Mercer?

—Sí. Soy la Dra. Thompson, de traumatología forense —improviso, mezclando verdad y mentira—. Estoy colaborando con el Dr. Mercer en un estudio sobre regeneración neuronal en pacientes con trauma espinal.

Sueno tan convincente que casi me lo creo yo misma.

La enfermera sigue dudando.

—La paciente de la 412 tiene un protocolo muy específico. Solo personal autorizado.

—Por eso mismo estoy aquí —insisto, manteniendo mi sonrisa, pero endureciendo ligeramente mi tono—. El Dr. Mercer quiere una segunda opinión sobre su progreso. Si tiene dudas, puede llamarle directamente.

Saco mi teléfono como si realmente tuviera el número del jefe de neurología en marcación rápida. Es un farol descarado, pero funciona. La enfermera suspira, cediendo.

—Está bien, pero que conste que le he advertido sobre el protocolo —dice, entregándome una carpeta del carrito—. Iba a ayudarla a hacer sus ejercicios de rehabilitación.

—Me encargaré de todo —respondo, tomando la carpeta—. Gracias por su colaboración.

La enfermera se aleja, no sin antes lanzarme una última mirada suspicaz. En cuanto dobla la esquina, respiro hondo y llamo a la puerta con dos golpes.

Una voz femenina, sorprendentemente fuerte y clara, responde desde dentro:

—Adelante.

Abro la puerta y entro en lo que parece más una suite de hotel de lujo que una habitación de hospital. Paredes en tonos suaves, muebles elegantes, obras

de arte original en las paredes. Ni rastro del verde institucional.

Y ahí están los dos guardaespaldas, mirándome como si acabara de entrar en la bóveda del Banco Nacional con una palanca.

—¿Quién es usted? —pregunta el más alto, colocándose estratégicamente entre mí y la mujer en la silla de ruedas, a quien apenas puedo ver—. Esta habitación es privada.

Mantengo mi postura profesional, aunque mi corazón late a mil por hora.

—Soy la Dra. Thompson, asistente del Dr. Mercer —respondo con toda la autoridad que puedo reunir—. Vengo a comprobar el estado de la paciente tras la terapia.

—El Dr. Mercer no mencionó a ninguna asistente —dice otro de los guardaespaldas, acercándose peligrosamente—. Voy a tener que pedirle que se vaya.

Estoy a punto de ceder y buscar una salida digna cuando la voz femenina interviene.

—¿Qué está pasando?

Los guardaespaldas se apartan lo suficiente para que pueda ver bien a la mujer. Y lo que veo me deja sin aliento.

Es joven, quizás veintidós o veintitrés años. Cabello negro como la noche, recogido en una trenza floja. Piel pálida, casi traslúcida. Y unos ojos... unos ojos azules exactamente iguales a los de Matteo.

No es su amante. Es su hermana. O al menos alguien de su familia. Tiene que serlo.

El alivio me golpea con fuerza, pero no tengo tiempo para procesarlo, ni para maldecirme a mí misma por ser tan estúpida. Los guardaespaldas siguen mirándome como si estuvieran decidiendo dónde esconder mi cadáver.

—Tus matones no me dejan pasar porque soy nueva —digo directamente a la mujer, dejando que mi carácter natural tome el control—. ¿Eres de la realeza

o qué? Porque el nivel de paranoia en esta habitación es impresionante.

Me arrepiento de mis palabras en el mismo instante en que salen de mi boca. Mierda. Acabo de insultar a los guardaespaldas de Matteo Ricci. Puedo ir despidiéndome de mis rodillas.

Pero para mi sorpresa, la mujer suelta una carcajada. Una risa genuina, musical, que ilumina toda su cara.

—Me gusta —dice, mirando a sus guardaespaldas—. Dejadla pasar, Marco. Si es una asesina, al menos será una con sentido del humor.

El guardaespaldas —Marco, aparentemente— no parece convencido, pero se aparta a regañadientes.

Me acerco a la mujer, intentando mantener mi fachada médica mientras mi cerebro procesa a toda velocidad lo que estoy viendo. Está en una silla de ruedas de alta tecnología, claramente personalizada. Lleva un vestido sencillo pero elegante que no puede ocultar la delgadez de sus piernas. Parálisis, probablemente. De cintura para abajo, a juzgar por cómo mueve los brazos con total normalidad.

—Soy Bianca —se presenta, extendiendo su mano con una sonrisa—. Y ya que has sido tan directa, ¿puedo preguntar quién eres realmente? Porque no trabajas para el Dr. Mercer, de eso estoy segura.

Su perspicacia me pilla desprevenida. Es tan directa como Matteo, pero con una calidez que él parece haber perdido.

—Sofia Thompson —respondo, estrechando su mano. No tiene sentido mentir sobre mi nombre, ya que está grabado en mi bata—. Y sí soy médica, aunque no trabajo para el Dr. Mercer.

—¿Traumatología forense? —pregunta, señalando mi identificación—. Suena fascinante. Y ligeramente perturbador.

Hay algo en su mirada que me recuerda tanto a Matteo que me desconcierta. La misma inteligencia afilada. Pero donde los ojos de él son hielo, los de ella

son agua cálida.

—Es más aburrido de lo que suena —respondo, decidiendo jugar al filo de la verdad—. Principalmente gente a punto de morir y papeleo.

—Y sin embargo, aquí estás, colándote en mi habitación privada —dice con una sonrisa que no llega a ocultar su curiosidad—. ¿Puedo preguntar por qué?

Es una pregunta directa que merece una respuesta. Pero ¿qué puedo decirle? ¿Que estoy espiando a Matteo por encargo de Renzo Caballero? ¿Que pensaba que ella era la amante secreta de Matteo? Ambas respuestas probablemente acabarían con mi cuerpo en el fondo del puerto de Boston.

Opto por una verdad parcial.

—Curiosidad profesional —digo, señalando la carpeta que aún sostengo—. Quería saber qué caso guardaba el Dr. Mercer con tanto secretismo. Los científicos somos curiosos por naturaleza.

Bianca me estudia durante un largo momento. Siento que está evaluando no solo mis palabras, sino todo lo que no estoy diciendo.

—¿Sabes quién es mi hermano? —pregunta finalmente.

Y ahí está. La confirmación de que mi corazonada es real. Es su hermana.

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Sabe ella a qué se dedica realmente Matteo? ¿O cree que solo es un empresario respetable?

Sea como fuere me está poniendo a prueba y no creo que con una mentira me vaya a ganar su confianza. La necesito de mi lado. Puede ser una buena aliada si juego bien mis cartas.

—He oído hablar de él —respondo con cautela.

—Y aun así entraste aquí —dice, con algo parecido a la admiración en su voz—. O eres increíblemente valiente o increíblemente estúpida. Posiblemente ambas.

No puedo evitar sonreír. Me gusta esta chica.

—Me han llamado cosas peores —admito.

Bianca se ríe de nuevo, y los guardaespaldas parecen relajarse ligeramente al ver que su protegida está cómoda.

—Bueno, ya que estás aquí, ¿podrías ayudarme? —pregunta, señalando un armario—. Se supone que la enfermera iba a ayudarme con mis ejercicios de rehabilitación.

La petición me sorprende. ¿Confía en mí tan rápido? ¿O es solo que no tiene alternativa?

—Por supuesto —respondo, acercándome y arrodillándome frente a ella.

Mientras muevo sus piernas, no puedo evitar preguntarme en qué me estoy metiendo. Esta no era la misión. Se suponía que debía espiar a Matteo, no hacer amistad con su hermana.

Pero hay algo en Bianca Ricci que me llega. Quizás es su franqueza. Quizás es la vulnerabilidad que no intenta ocultar. O quizás es que, por primera vez desde que empecé esta misión, siento que estoy viendo al verdadero Matteo a través de los ojos de alguien que realmente lo conoce.

Y eso, podría ser exactamente lo que necesito.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Bianca mientras le llevo el pie derecho al límite. Ya que estoy aquí voy a darlo todo para ayudarla—. ¿Por qué te interesa mi hermano?

La pregunta me paraliza. ¿Cómo demonios ha llegado a esa conclusión?

—No he dicho que me interese —respondo, intentando mantener mi expresión neutral.

Bianca sonríe, una sonrisa conocedora que me recuerda inquietantemente a Matteo.

—No hacía falta que lo dijeras. Tus ojos lo hicieron por ti cuando te pregunté por él.

Mierda. Soy la peor espía de la historia.

—Es complicado —digo finalmente.

—Las mejores cosas siempre lo son —responde ella, con una sabiduría que parece ir más allá de sus años.

—Solo tengo curiosidad profesional —insisto, aunque las palabras suenan falsas incluso para mí.

Bianca asiente, pero su sonrisa dice que no me cree ni por un segundo.

—Por supuesto —dice—. Curiosidad profesional. Como la que tengo yo cuando te pregunto si volverás en mi siguiente visita a la misma hora. Vuelvo el lunes.

La propuesta me pilla completamente desprevenida.

—¿Quieres que vuelva?

—Necesito a alguien que me ayude con la terapia entre sesiones —explica —. Alguien que no me trate como si fuera a romperme. Y tú, Sofia Thompson, no pareces del tipo que trata a la gente con guantes de seda.

Tiene razón. No lo soy. Nunca lo he sido.

—Tu hermano no estará... contento de que te trate alguien nuevo —digo, siendo consciente del eufemismo.

—Matteo nunca está contento —responde con una sonrisa traviesa—. Es parte de su encanto. Pero no te preocupes por él. Esta es mi habitación y yo decido quién entra.

Debería decir que no. Debería mantener la distancia. Debería concentrarme en mi misión original.

Pero en lugar de eso, me encuentro asintiendo.

—El lunes a la misma hora, entonces.

Y mientras salgo de la habitación, con la mirada de los guardaespaldas clavada en mi espalda, no puedo evitar pensar que acabo de cruzar una línea. Una que podría cambiar todo el curso de mi misión.

Y posiblemente, de mi vida.

CAPÍTULO 10

SOFIA

—¿Puedes pasarme ese libro? —pregunta Bianca, señalando una novela en su bolso junto a la ventana.

Es lunes, tres días después de nuestro primer encuentro. He calculado mi llegada con precisión: 12:15, quince minutos después de la hora habitual en que Matteo se marcha. Lo suficientemente tarde para evitarlo, lo suficientemente temprano para pasar tiempo con Bianca antes de que sus guardaespaldas la lleven de vuelta a casa.

—¿Jane Austen? —pregunto, sorprendida, mientras le alcanzo el ejemplar de «Orgullo y prejuicio»—. No te hacía del tipo romántico.

Bianca sonríe, acariciando la portada gastada del libro.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Sofia Thompson.

—Por eso estoy aquí, ¿no? Para descubrirlas —respondo, sentándome en la silla junto a su ventana—. Empezando por cómo prefieres tus ejercicios de rehabilitación: ¿con o sin quejas constantes?

—Muy graciosa —resopla, pero hay diversión en sus ojos—. Prefiero empezar conociéndonos. Si vamos a pasar tiempo juntas tres veces por semana, deberíamos saber algo la una de la otra.

Tiene razón, por supuesto. Pero también es peligroso. Cuanto más comparta con ella, más posibilidades hay de que meta la pata. Y sin embargo, hay algo en Bianca Ricci que me inspira confianza. Algo que me hace querer ser honesta, al menos hasta donde pueda.

—De acuerdo —concedo—. ¿Qué quieres saber?

Una semana después

—¡No estás estirando lo suficiente! —exclamo, observando cómo Bianca intenta alcanzar la punta de sus pies inmóviles—. Vamos, sé que puedes hacerlo mejor.

—Eres una tirana —se queja, pero obedientemente se esfuerza un poco más —. ¿Dónde aprendiste a ser tan despiadada?

Es miércoles, y llevamos media hora con los ejercicios de estiramiento que el Dr. Mercer ha prescrito. Bianca los odia, pero yo insisto. He visto los resultados de la fisioterapia constante en casos similares. La diferencia entre una recuperación parcial y una nula suele ser la persistencia.

—Crecí rodeada de hombres que se quejaban como niños cada vez que tenían que recibir una inyección —respondo, ajustando la posición de su espalda—. Aprendes a no tener piedad.

—¿Tu padre te dejaba ayudarle con sus pacientes?

Asiento, recordando las tardes en la clínica privada de mi padre, observando cómo trataba a hombres duros que se deshacían ante la visión de una aguja.

—Desde que tenía doce años. Decía que tenía buenas manos y mejor carácter para tratar con «bebés llorones de dos metros».

Bianca se ríe, una risa cristalina que ilumina toda su cara. Es asombroso lo diferente que se ve cuando sonríe. Más joven. Más libre.

—Suena como un buen padre.

—Lo es —respondo con sinceridad—. Estricto, pero justo. Siempre esperaba lo mejor de mí, pero nunca me hizo sentir que no era suficiente.

—Te envidio por eso —dice Bianca, su voz suavizándose—. Mi padre era... complicado. Brillante en los negocios, terrible como padre.

—¿Y tu madre? —pregunto, antes de poder contenerme.

La expresión de Bianca se endurece instantáneamente. Es como ver una puerta cerrarse de golpe.

—No me gusta hablar de ella —responde secamente.

Asiento, respetando el límite que acaba de establecer. Todos tenemos temas que preferimos evitar. Demonios que preferimos no invocar.

—Lo siento —digo, cambiando de posición para trabajar en su otra pierna —. No pretendía...

—No pasa nada —me interrumpe, su expresión suavizándose—. No podías saberlo. Solo... es un tema difícil.

—Entiendo —respondo, y realmente lo hago.

—Cuéntame algo más sobre ti —dice Bianca, claramente ansiosa por cambiar de tema—. ¿Siempre quisiste ser médica?

—Desde que tengo memoria —respondo, agradecida por la salida fácil—. Aunque hubo una breve fase rebelde en la que quise ser estrella de rock.

—¿Tú? ¿Una rebelde? No me lo creo —bromea.

—Tengo mis momentos —respondo con una sonrisa traviesa—. Ahora, volvamos a estos ejercicios antes de que el Dr. Mercer me despelleje por no seguir su sagrado protocolo. Ya es un milagro que me esté dejando tratarte.

Dos semanas después

—¡Jaque mate! —exclama Bianca con expresión triunfal.

Miro el tablero de ajedrez, incrédula. Me ha vencido. De nuevo. Por tercera vez consecutiva.

—Esto es humillante —gruño, recostándome en mi silla—. ¿Dónde demonios aprendiste a jugar así?

Es viernes, y hemos terminado temprano con los ejercicios porque Bianca ha tenido una sesión especialmente intensa con el Dr. Mercer. Como recompensa, he traído un tablero de ajedrez. Gran error.

—Mi hermano me enseñó —responde, reorganizando las piezas—. Es un estratega nato. Dice que el ajedrez enseña a pensar cinco movimientos por delante.

—Pues te enseñó demasiado bien —murmuro, observando cómo coloca meticulosamente cada pieza en su sitio exacto.

En las últimas dos semanas, Bianca ha mencionado a su hermano con más frecuencia. Pequeños comentarios, anécdotas aparentemente casuales. A través de ellos, estoy construyendo una imagen de Matteo Ricci que no coincide con los informes que me dio Renzo. Sí, es frío, calculador y potencialmente despiadado. Pero también es un hermano devoto que enseña ajedrez, que financia investigaciones médicas, que acompaña a Bianca religiosamente tres veces por semana sin fallar nunca.

—Te caería bien —dice Bianca de repente, como si hubiera leído mis pensamientos—. Matteo, quiero decir.

—Lo dudo —respondo automáticamente—. No creo que tu hermano y yo tengamos mucho en común.

—Al contrario —insiste ella—. Ambos sois testarudos, brillantes y tenéis un sentido del humor que la mayoría no entiende. Y los dos me tratáis como a una persona normal, no como a una muñeca de porcelana que podría romperse en cualquier momento.

No sé qué responder a eso. La idea de tener algo en común con Matteo Ricci es tan absurda como perturbadora.

—Deberías conocerlo algún día —continúa Bianca, moviendo su alfil para iniciar una nueva partida—. Creo que os llevaríais bien.

—No creo que sea buena idea —respondo, colocando mis peones—. No estoy aquí para hacer contactos sociales. Estoy aquí para ayudarte con tu rehabilitación.

—¿Y por qué no ambas cosas? —pregunta con una sonrisa inocente que no me engaña ni por un segundo.

—Porque las cosas siempre se complican cuando mezclas lo personal con lo profesional —respondo, optando por la verdad parcial—. Prefiero mantener

las cosas simples.

Bianca me estudia durante un largo momento, como evaluando si debe presionar o no. Finalmente, asiente.

—Como quieras. Por ahora.

Hay una determinación en su voz que me advierte que esto no ha terminado. Que volverá a intentarlo. Que Bianca Ricci puede ser tan implacable cuando quiere algo.

Y por alguna razón, parece querer que conozca a Matteo.

El pensamiento debería aterrorizarme. Debería estar haciendo planes para evitar a toda costa un encuentro que podría exponer mi tapadera y poner en peligro mi misión.

En lugar de eso, me descubro preguntándome cómo sería. Cómo reaccionaría él al verme de nuevo. Si recordaría nuestro breve encuentro en ese pasillo oscuro en Nueva York.

Es una línea de pensamiento peligrosa. Una distracción que no puedo permitirme.

—Tu turno —dice Bianca, sacándome de mis cavilaciones—. A menos que ya te hayas rendido.

—Nunca —respondo, moviendo mi caballo—. Prepárate para la revancha.

Tres semanas después

—Esto es increíble —digo, observando cómo Bianca logra mover su pie derecho siguiendo un patrón específico—. Hace tres semanas apenas podías sentir presión, y ahora estás controlando el movimiento.

El progreso de Bianca ha sido notable. No milagroso —la ciencia médica tiene sus límites— pero significativo.

—Todo gracias a ti —responde ella, radiante de orgullo—. El Dr. Mercer dice que mi progreso se ha acelerado desde que empezamos nuestras sesiones

extra.

—El mérito es tuyo —insisto, ayudándola a volver a su silla—. Yo solo te torturo un poco. Tú haces todo el trabajo duro.

En estas semanas, he llegado a admirar profundamente a Bianca Ricci. Su determinación. Su valor frente al dolor. Su negativa a rendirse incluso en los días malos. Es fácil olvidar que es la hermana de uno de los mafiosos más peligrosos de la Costa Este. Que nació y creció en un mundo de violencia y poder.

—Matteo dice que tengo la cabeza más dura que él —comenta con una sonrisa—. Y eso ya es decir mucho.

Ah, y ahí está. La mención casual de su hermano. Como siempre.

—Debe estar orgulloso de ti —digo, guardando los equipos de terapia.

—Lo está —responde, su expresión suavizándose—. Aunque nunca lo admitirá. No es muy expresivo con sus sentimientos.

—Me cuesta imaginarlo —comento, recordando los ojos fríos que me estudiaron en ese pasillo de club.

—La mayoría de la gente solo ve lo que él quiere que vean —dice Bianca, con una seriedad repentina—. La máscara. El hombre de negocios implacable. El «Príncipe de Hielo», como le llaman.

—¿Y tú ves algo diferente?

—Veo a mi hermano —responde simplemente—. El que se quedó a mi lado durante meses después del accidente. El que aprendió a trenzarme el pelo porque yo no podía hacerlo. El que nunca, ni una sola vez, me ha mirado con lástima.

Hay tanto amor en su voz que me deja sin palabras. Esta es una faceta de Matteo Ricci que no aparece en ningún informe de inteligencia. El hermano devoto. El protector feroz.

—Suena como alguien muy diferente al hombre del que habla la gente —digo finalmente.

—Lo es —confirma ella—. Por eso creo que deberías conocerlo algún día. El verdadero Matteo, no la leyenda.

Y ahí está de nuevo. Su persistente intento de juntarnos. Durante las últimas semanas, ha dejado caer estas insinuaciones con una frecuencia cada vez mayor.

—Bianca... —empiezo, con tono de advertencia.

—Ya sé, ya sé —me interrumpe, levantando las manos en señal de rendición —. «No es buena idea». «Complicaciones innecesarias». Te he oído las primeras veinte veces.

—Y sin embargo, sigues insistiendo —señalo, arqueando una ceja.

—Porque soy obstinada —admite sin vergüenza—. Otra cualidad que compartís, por cierto.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. Es difícil enfadarse con Bianca cuando te mira con esos ojos azules llenos de picardía.

—Algún día te darás por vencida —digo, recogiendo mis cosas para irme.

—No cuentes con ello —responde con una sonrisa desafiante—. Los Ricci no nos rendimos fácilmente. Especialmente cuando sabemos que tenemos razón.

Mientras me despido de ella, no puedo evitar pensar en lo absurdo de la situación. Vine a Boston para espiar a Matteo Ricci, y ahora su hermana está intentando activamente que lo conozca. El universo tiene un sentido del humor retorcido.

Lo que Bianca no entiende, lo que no puede entender, es que conocer a su hermano es lo último que necesito. No solo pondría en peligro mi misión, sino que complicaría sentimientos que ya son demasiado confusos. Porque a pesar

de todos mis esfuerzos por negarlo, hay algo en Matteo Ricci que me atrae. Algo más allá de la misión. Algo que no puedo permitirme explorar.

No, es mejor mantener las cosas como están. Bianca y yo, tres veces por semana, en esta burbuja fuera del tiempo donde podemos pretender que nuestros mundos no están en conflicto. Donde podemos ser simplemente dos mujeres, una ayudando a la otra.

Mientras decido cómo encarar mi verdadera misión.

Es más seguro así. Para todos.

CAPÍTULO 11

MATTEO

—¿Podrías quedarte solo diez minutos más? —insiste Bianca, con esa expresión que ha estado utilizando para manipularme desde que tenía cinco años—. Te prometo que te caerá bien.

Suspiro, consultando mi reloj por tercera vez en los últimos cinco minutos. Llevo toda la visita escuchando sobre la maravillosa doctora que está ayudando a Bianca con su terapia. Sofia esto, Sofia aquello. Como si no tuviera suficientes médicos a su disposición.

—Tengo una reunión importante en media hora —respondo, ajustándome los puños de la camisa—. No puedo retrasarme.

—Siempre tienes reuniones importantes —replica Bianca, cruzándose de brazos—. ¿Sabes qué es importante también? Que conozcas a la mujer que está consiguiendo que mueva el pie derecho por primera vez en diez años.

Eso me detiene. El progreso de Bianca en las últimas semanas ha sido innegable. El Dr. Mercer está asombrado, aunque sigue advirtiendo contra expectativas demasiado optimistas. Pero ver a mi hermana mover voluntariamente ese pie, aunque sea un centímetro, es algo que no esperaba presenciar jamás.

—El Dr. Mercer es quien está dirigiendo el tratamiento —digo, aunque con menos convicción—. Esta... Sofia solo está siguiendo sus instrucciones.

—No es solo eso —insiste Bianca—. Sofia tiene un enfoque diferente. No me trata como a una inválida. Me exige más. Me hace reír mientras me tortura con ejercicios imposibles. Es... diferente.

Hay algo en la forma en que habla de esta mujer que me inquieta. Bianca nunca ha tenido amigas de verdad. Su condición, nuestra vida, nuestro

apellido... todo ha conspirado para aislarla. Y ahora aparece esta médica y en un mes se convierte en su confidente.

Es sospechoso, por decir lo mínimo.

—Deberías verla, Matteo —continúa Bianca, con una sonrisa traviesa—. Es guapísima. Inteligente. Mordaz. Justo tu tipo.

Ahora entiendo por dónde va. Mi hermana, la eterna casamentera.

—No tengo un tipo —respondo secamente—. Y no estoy interesado en conocer mujeres, guapas o no.

—Porque sigues obsesionado con fantasmas —murmura Bianca, lo suficientemente alto para que la escuche.

Ignoro el comentario. No vamos a tener esta conversación otra vez.

—Además —añade, con una sonrisa que no me gusta nada—, no me importaría tener una médica de cuñada.

—Ni hablar —corto de raíz—. No tengo tiempo para estas tonterías, Bianca. Tengo un imperio que dirigir y...

—Y una venganza que planear —completa ella, su expresión endureciéndose—. Lo sé. Siempre lo mismo. Mientras tanto, la vida pasa, Matteo.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. ¿Por qué no entiende que todo lo que hago es por ella? ¿Por su seguridad? ¿Por la justicia que merece?

—Esta conversación ha terminado —digo, inclinándome para besarla en la frente—. Marco te llevará a casa en cuanto termine tu sesión con el Dr. Mercer.

—Cobarde —murmura mientras me dirijo a la puerta.

Me detengo, pero no me giro. Su palabra me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Cuidado, Bianca —advierto, mi voz más fría de lo que pretendía.

—¿O qué? —desafía—. ¿Me castigarás sin salir? Oh, espera, ya no puedo salir sola de todos modos.

Siento como si me hubiera clavado un cuchillo entre las costillas. Bianca rara vez utiliza su condición para atacarme. Debe estar realmente enfadada.

—Te veré en casa —digo finalmente, saliendo sin mirar atrás.

Mientras camino por el pasillo, la culpa y la irritación luchan en mi interior. Sé que Bianca se siente aislada. Sé que anhela conexiones normales, amistades genuinas. Pero nada en nuestra vida es normal ni puede serlo. No con los enemigos que tenemos. No con nuestro pasado.

Y ahora esta médica, esta Sofia, ha conseguido traspasar todas las defensas que he construido alrededor de mi hermana. Es peligroso. Imprudente.

Debo investigarla.

Salgo del hospital y me dirijo a mi coche, las palabras de Bianca resonando en mi cabeza. «Cobarde». El insulto se repite, amplificándose con cada paso que doy.

Arranco el Maserati con más fuerza de la necesaria. Estoy siendo ridículo. No necesito conocer a ninguna médica. No necesito complacer los caprichos de Bianca. No necesito...

Golpeo el volante con la palma de la mano. Maldita sea. Odio cuando Bianca utiliza esa mirada, esa voz. Esa manera de hacerme sentir como si le estuviera fallando.

A medio camino de la salida del aparcamiento, freno bruscamente. El coche detrás toca el claxon. Lo ignoro.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿De verdad voy a dejar que mi orgullo me impida darle a mi hermana diez minutos de felicidad? ¿Tan difícil es conocer a esta mujer, agradecer lo que está haciendo por Bianca, y seguir con mi día?

Giro el volante y vuelvo hacia el hospital. Solo diez minutos. Conoceré a la famosa Sofia, veré por mí mismo si es tan especial como Bianca dice, y luego

me iré a mi reunión.

No es que me interese conocerla. Es solo para complacer a Bianca.

Estaciono de nuevo y camino hacia la entrada, sintiéndome extrañamente nervioso. ¿Por qué demonios estoy nervioso? Es solo una médica. Una más de las docenas que han tratado a Bianca a lo largo de los años.

Estoy a punto de entrar cuando mi teléfono vibra. Es Alessandro.

—¿Qué pasa? —pregunto, deteniéndome en la puerta.

—Tenemos un problema, jefe —su voz suena tensa—. Acaban de informarme que han visto a alguien que coincide con la descripción de Miguel Vázquez en la zona.

Mi sangre se congela. Miguel Vázquez. El gemelo del hombre que ejecuté en el club y que lleva desaparecido desde entonces. El que juré encontrar.

—¿Dónde exactamente? —pregunto, mi mano ya buscando la pistola bajo mi chaqueta.

—A dos manzanas del hospital. Hace veinte minutos.

Veinte minutos. Suficiente tiempo para...

No termino el pensamiento. Ya estoy corriendo de vuelta al edificio, el pánico creciendo en mi pecho como una ola oscura. Bianca. Si ese hijo de puta le ha puesto un dedo encima...

SOFIA

—Hoy te lo vas a pasar de maravilla en la rehabilitación —bromeo, observando el complicado aparato de ejercicios que el Dr. Mercer ha prescrito para hoy.

—Oh, sí —responde Bianca con sarcasmo—. Ya sabes que es mi actividad favorita después de que me claven agujas en los ojos.

Río mientras ajusto las correas alrededor de su pierna derecha. Es viernes, nuestro día habitual de terapia intensiva. Marco y otro guardaespaldas cuyo

nombre nunca recuerdo están en sus posiciones habituales: uno junto a la puerta, otro cerca de la ventana. Como siempre, apenas noto su presencia.

—Hoy estás especialmente gruñona —comento, notando la tensión en su rostro—. ¿Mala mañana?

Bianca suspira, pasándose una mano por el pelo.

—He discutido con mi hermano.

—¿Sobre?

—Sobre ti, de hecho —admite, con una sonrisa culpable.

Me detengo, mirándola con suspicacia. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué has hecho, Bianca?

—Nada grave —se defiende—. Solo... puede que haya intentado convencerlo de que se quedara para conocerte.

Siento que la sangre abandona mi rostro. Mi corazón comienza a latir tan fuerte que temo que pueda escucharlo.

—¿Qué has hecho qué? —siseo, bajando la voz para que los guardaespaldas no me oigan—. Te he dicho específicamente que no quería conocerlo.

—Lo sé, lo sé —dice, levantando las manos en gesto apaciguador—. Pero es que sois tan parecidos en algunas cosas. Ambos testarudos como mulas. Ambos brillantes. Ambos...

—Ambos de mundos completamente diferentes —la interrumpo—. Te lo he dicho mil veces, Bianca. No es buena idea.

No puedo explicarle la verdadera razón, por supuesto. No puedo decirle que ya conozco a su hermano. Que nos encontramos en un club de Nueva York. Que estoy en Boston específicamente para espiarlo.

—Relájate —dice, rodando los ojos—. Se negó categóricamente. Dijo que no tenía tiempo para «tonterías». Así que tu preciosa soltería está a salvo.

Debería sentirme aliviada. En lugar de eso, siento una punzada absurda de decepción que me irrita precisamente por lo absurda que es. ¿Qué esperaba?

¿Que el jefe de la mafia estuviera ansioso por conocerme?

—Bien —respondo, volviendo a los ejercicios, intentando ignorar el nudo en mi estómago—. Ahora, concéntrate. Quiero que intentes flexionar el pie cuando cuente tres.

Trabajamos en silencio durante unos minutos, Bianca mordiendo su labio con concentración mientras intenta mover el pie según mis instrucciones. Está progresando, lentamente pero con constancia. Es asombroso lo que la determinación puede lograr incluso frente a diagnósticos desalentadores.

Un ruido en el pasillo me hace levantar la cabeza. Voces alteradas. Un golpe sordo.

Marco se tensa inmediatamente, llevando la mano a su arma. El otro guardaespaldas se acerca a la puerta, escuchando.

—¿Qué pasa? —pregunta Bianca, su voz repentinamente pequeña.

—No lo sé —responde Marco—. Antonio, compruébalo.

Antonio asiente y abre la puerta con cautela. No llega a dar un paso fuera cuando el disparo resuena, amortiguado pero inconfundible. El cuerpo del guardaespaldas cae hacia atrás, un agujero oscuro en el centro de su frente.

Bianca ahoga un grito. Yo me quedo paralizada, el horror congelándome por un instante que parece eterno.

Marco reacciona instantáneamente, empujándome detrás de la silla de Bianca mientras desenfunda su arma. Pero es demasiado tarde. Un hombre entra en la habitación, pistola en mano. La misma ya apunta directamente a Marco.

El disparo es apenas un susurro sibilante. Marco cae, su cuerpo desplomándose como una marioneta con las cuerdas cortadas.

Bianca grita. El sonido me saca de mi parálisis. Mi mente registra detalles a toda velocidad: hombre, treinta y tantos años, latino, cicatriz en la mejilla izquierda. La pistola con silenciador. La sonrisa fría que no llega a sus ojos.

—Bianca Ricci —dice, con un acento que identifica como mexicano—. Por fin nos conocemos. Tu hermano y yo tenemos asuntos pendientes.

Mi entrenamiento se activa automáticamente. Evalúo la situación en fracciones de segundo. Distancia hasta el atacante: seis metros. Armas disponibles: ninguna, excepto... Mi mano se desliza hacia el bolsillo de mi bata donde siempre llevo un bisturí. No es mucho contra una pistola, pero es mejor que nada.

—Aléjate de ella —ordeno, interponiéndome entre Bianca y el intruso. Mi voz suena más firme de lo que me siento, el miedo convertido en adrenalina pura que hace temblar ligeramente mis manos.

El hombre ríe, un sonido frío y metálico que me eriza la piel.

—Valiente —comenta, evaluándome con una mirada que me hace sentir como un insecto bajo un microscopio—. Estúpida, pero valiente. Apártate, doctora. Mi problema no va contigo.

—No —respondo, moviendo el bisturí frente a mí—. Si la quieres, tendrás que pasar por encima de mí.

Es una locura. Una pistola contra un bisturí. Las probabilidades son ridículas. Pero no puedo abandonar a Bianca. No puedo dejarla indefensa ante este psicópata. No después de estas semanas. No después de conocerla. No después de que se haya convertido en mi amiga.

Siento a Bianca agarrar la parte trasera de mi bata, sus dedos crispados por el miedo.

—Sofia, no —susurra—. Por favor, apártate.

—Escucha a tu amiga —dice el hombre, apuntándome directamente al pecho—. No tiene por qué morir nadie más hoy. Solo quiero enviarle un mensaje a Matteo Ricci. Un ojo por ojo. Un hermano por un hermano.

Da un paso hacia nosotras. Yo aprieto el bisturí con más fuerza, sabiendo que es inútil pero negándome a rendirme.

—Como quieras —dice, quitando el seguro de la pistola—. Será rápido.

Cierro los ojos, esperando el impacto. En ese segundo eterno, pienso en mi padre, en Valentina, en Katia. En las personas que dejaré atrás. En lo estúpido que fue meterme en esta misión.

Pero, sobre todo, pienso en los ojos de Matteo.

En lugar del disparo, escucho la puerta abrirse de golpe, astillándose contra la pared.

CAPÍTULO 12

MATTEO

Subo las escaleras de tres en tres, con la rabia burbujeando en mi sangre como ácido. Cada segundo perdido es una oportunidad para ese hijo de puta de acabar con lo único que me importa en este mundo.

Debería haberlo previsto. Debería haber cazado a Miguel Vázquez en el momento en que ejecuté a su hermano. Error de principiante. Error que podría costarle la vida a Bianca.

Llego al cuarto piso con la pistola ya desenfundada. El pasillo está desierto excepto por un cuerpo frente a la habitación 412. Antonio. Uno de mis mejores hombres. Muerto como un perro.

La furia me nubla la visión por un instante, tiñéndolo todo de rojo. Respiro hondo. La ira descontrolada comete errores. Y no puedo permitirme ni uno solo.

Escucho voces amortiguadas tras la puerta entreabierta. Bianca. Aterrorizada. Un hombre. Amenazante. Y otra voz. Una mujer. Desafiante.

No hay tiempo para sutilezas.

Pateo la puerta con toda mi fuerza. La madera se astilla, el marco cruje. Entro en posición de tiro, evaluando la situación en una fracción de segundo.

Marco en el suelo, un agujero en su frente. Miguel Vázquez de pie, apuntando con una pistola. Bianca en su silla de ruedas, terror puro en su rostro.

Y entre ellos, una mujer con bata blanca. Sosteniendo un bisturí como si fuera un arma. Protegiendo a mi hermana con su propio cuerpo.

No dudo. Tres disparos. Rápidos. Precisos. Mortales. Vázquez cae, sus ojos aún abiertos en sorpresa. Ni siquiera le ha dado tiempo de volverse hacia mí.

—¡Bianca! —mi voz suena extraña incluso para mí, ronca por la adrenalina y el miedo—. ¿Te ha tocado? ¿Estás herida?

—Estoy bien —responde, temblando pero entera—. Sofia me protegió, Matteo. Se puso delante. Iba a morir por mí.

En entonces cuando reacciono. Cuando puedo ver algo más que a mi hermana.

Sofia. La famosa doctora. Apenas la he mirado, toda mi atención en Bianca y en asegurar que la amenaza ha sido neutralizada.

Ahora dirijo mi mirada hacia ella, y el impacto me golpea como un puñetazo en el plexo solar.

Es ella.

La mujer del club en Nueva York. La del vestido negro. La que me desafió en aquel pasillo oscuro. La que ha estado apareciendo en mis pensamientos cuando bajo la guardia.

Aquí. En Boston. Con mi hermana.

Imposible.

Nuestras miradas se cruzan. El reconocimiento es mutuo e inmediato. Veo la sorpresa en sus ojos color ámbar, seguida rápidamente por algo más. ¿Alarma? ¿Cálculo?

—Tú —gruño, la palabra cargada de desconfianza.

Ella se recompone con una rapidez admirable.

—Vaya coincidencia —dice, intentando sonar casual, pero fallando miserablemente.

Coincidencia. La palabra enciende todas mis alarmas. No existen las coincidencias en mi mundo. Solo trampas cuidadosamente elaboradas.

—¿Os conocéis? —pregunta Bianca, confundida.

Ignoro la pregunta. Mi mente trabaja a toda velocidad, analizando posibilidades. Esta mujer aparece en Nueva York cuando comienzo mis

movimientos allí. Luego aparece en Boston, cerca de mi hermana. Demasiado conveniente. Demasiado perfecto.

Es una espía. Tiene que serlo.

—Nos cruzamos brevemente en Nueva York —responde ella, sin apartar sus ojos de los míos.

Mi teléfono vibra. Alessandro, Carlo y el resto del equipo han llegado. Perfecto.

—Tenemos que irnos —ordeno, enfundando mi arma—. Este lugar ya no es seguro.

—Gracias a Dios —suspira Bianca—. Sofia, ¿puedes venir con nosotros? No quiero estar sola y...

—No —la interrumpo bruscamente—. La doctora viene con nosotros, pero no como invitada.

—¿Qué? —exclama Bianca.

La mujer —Sofia— entrecierra los ojos, toda su postura cambiando instantáneamente. La veo tensarse como una pantera lista para saltar.

—No voy a ninguna parte contigo —declara, dando un paso hacia atrás.

—No era una petición —respondo, mi voz fría como el hielo.

En un movimiento rápido que me toma por sorpresa, Sofia se lanza hacia la puerta. Rápida. Ágil. Pero no lo suficiente.

La alcanzo en dos zancadas, atrapando su muñeca. Ella se revuelve con una fuerza sorprendente, girándose para clavarme el codo en las costillas. El golpe me arranca un gruñido.

—¡Suéltame, maldito psicópata! —escupe, sus ojos ardiendo con furia.

—¡Matteo, para! —grita Bianca—. ¿Qué estás haciendo? ¡Me ha salvado la vida!

Ignoro a mi hermana, concentrado en la mujer que lucha entre mis brazos como una gata salvaje. Sofia intenta patearme la entrepierna, pero bloqueo el

golpe y aprovecho su desequilibrio para inmovilizarla contra la pared.

Su cuerpo choca contra el mío. Caliente. Vivo. Furioso. Siento cada curva, cada músculo tenso. Su respiración agitada contra mi pecho. El olor a vainilla y adrenalina que emana de su piel.

—Escúchame bien —siseo, mi rostro a centímetros del suyo—. Puedes venir por las buenas o por las malas. Pero vas a venir.

—Vete al infierno —responde, intentando liberarse.

La decisión está tomada. En un movimiento fluido, me agacho y la cargo sobre mi hombro como un saco.

El contacto es eléctrico. Su cuerpo contra el mío. Su calor. Su peso. Perfecto. Encaja como si hubiera sido diseñado para estar allí.

Sofia suelta un grito de indignación y comienza a golpear mi espalda con sus puños.

—¡Bájame ahora mismo! ¡Esto es un secuestro! ¡Matteo, te juro que te arrepentirás!

Mi nombre en sus labios, incluso en un grito de rabia, provoca algo en mi interior que prefiero no analizar.

—¡Matteo, no puedes hacer esto! —protesta Bianca, horrorizada—. ¡Sofia es mi amiga!

—Tu *amiga* tiene demasiadas coincidencias en su historial —respondo, ajustando mi agarre cuando Sofia intenta retorcerse—. Y hasta que sepa exactamente quién es y qué quiere, no la dejaré fuera de mi vista.

La puerta se abre y entran Alessandro y Paolo, armas en mano.

—Ocúpate de Bianca —le ordeno a Paolo—. Que Alessandro asegure el perímetro. Yo me encargo de nuestra... invitada.

Sofia sigue luchando, sus puños golpeando mi espalda, sus piernas intentando liberarse de mi agarre. Cada movimiento hace que sea más consciente de su cuerpo contra el mío. De su fuerza. De su fuego.

—¡Esto no quedará así! —grita mientras la saco al pasillo—. ¡No puedes secuestrarme!

—Ya lo estoy haciendo —respondo, apretando mi agarre en sus muslos para mantenerla quieta.

Un error. El contacto envía una descarga de calor por mi brazo que prefiero ignorar.

Mientras bajamos por la escalera de servicio, con Sofia maldiciendo en varios idiomas, no puedo evitar sentir una punzada de... algo. ¿Admiración? Esta mujer no tiene miedo. Está furiosa, sí, pero no aterrorizada como cualquier persona normal estaría.

Y sin embargo, esta misma mujer estuvo dispuesta a morir protegiendo a mi hermana. Con un bisturí contra una pistola. Sin dudarlo.

Es una contradicción que tendré tiempo de resolver. Ahora mismo, solo sé una cosa con certeza: la mujer del vestido negro estará bajo mi techo, bajo mi control, hasta que descubra exactamente quién es y qué quiere.

Y si resulta ser una amenaza, ni toda su ferocidad, ni el fuego en sus ojos, ni la extraña electricidad que siento al tocarla podrán salvarla.

CAPÍTULO 13

SOFIA

El trayecto hasta la mansión de los Ricci es interminable. Después de sacarme del hospital como un saco de patatas, Matteo finalmente accedió a dejarme viajar en el asiento trasero del todoterreno blindado, aunque con sus guardaespaldas flanqueándome como si fuera una terrorista internacional.

Mi cuerpo todavía hormiguea donde sus manos me sujetaron. Puedo sentir la huella de sus dedos en mis muslos, el calor de su pecho contra mi costado. Es irritante cómo mi piel parece recordar cada punto de contacto.

Hijo de puta.

Durante todo el trayecto, mantengo la mirada fija en la ventanilla, negándome a darle la satisfacción de verme asustada o confundida. Porque no estoy asustada. Estoy furiosa. Furiosa con Matteo por secuestrarme. Furiosa con el destino por hacer que me reconociera. Y sobre todo, furiosa conmigo misma por la forma en que mi cuerpo reacciona a su proximidad.

Cuando finalmente llegamos, la mansión Ricci se alza ante nosotros como un monumento a la riqueza y el poder. Piedra antigua, jardines impecables, y una sensación de fortaleza inexpugnable. Genial. Mi prisión no podría ser más intimidante.

El coche se detiene frente a una entrada lateral. Escucho voces amortiguadas, órdenes secas en italiano. La puerta se abre y el aire fresco de la tarde me golpea el rostro.

—Bájate —ordena Matteo, su voz un rumor grave que hace que se me erice la piel.

—Qué hospitalario —respondo con toda la acidez que puedo reunir—. ¿Así tratas a todas tus invitadas forzosas?

Sus ojos azules se clavan en los míos, fríos como el hielo, pero con algo más ardiendo en el fondo. Algo que hace que mi pulso se acelere traicioneramente.

—No me tientes, doctora —dice, agarrando mi brazo para sacarme del coche—. Mi paciencia tiene límites.

Intento zafarme, pero su agarre es como una banda de acero. No duele, pero es imposible romperlo. Me arrastra hacia la entrada con una determinación que no admite resistencia.

—¡Suéltame! —exijo, plantando los pies en el suelo—. Puedo caminar sola, no necesito que me arrastres como un cavernícola.

Para mi sorpresa, se detiene. Me suelta el brazo, pero se coloca tan cerca que puedo sentir el calor emanando de su cuerpo. Su rostro a centímetros del mío.

—Adelante —dice con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Camina. Pero te advierto que, si intentas escapar, volverás a mi hombro. Y esta vez no seré tan gentil.

¿Gentil? ¿Llama a eso ser gentil? Estoy a punto de soltar una retahíla de insultos cuando veo mi oportunidad. Mientras Matteo da instrucciones a sus hombres, el camino hacia la derecha parece momentáneamente despejado. No me lo pienso dos veces.

Corro.

No llego muy lejos. Apenas he dado cinco pasos cuando siento un brazo como una barra de hierro rodeando mi cintura, levantándome del suelo. Mi espalda choca contra un pecho duro como el granito.

—Te lo advertí —gruñe Matteo en mi oído, su aliento caliente contra mi cuello enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Antes de que pueda protestar, estoy de nuevo sobre su hombro, mirando al suelo mientras él me lleva hacia la mansión como si no pesara nada. Esta vez, su agarre es más firme, una mano asegurando mis muslos de una manera que hace que mi piel arda bajo su contacto.

—¡Bájame, maldito psicópata! —grito, golpeando su espalda con mis puños.

Él no responde. Ni siquiera parece notar mis golpes. Simplemente entra en la mansión y sube por una escalera de mármol, sus pasos firmes y seguros a pesar de cargar conmigo.

Cada movimiento hace que su hombro se clave en mi estómago, que su mano se ajuste en mis muslos. Es humillante. Es indignante. Y, Dios me ayude, hay una parte de mí —una parte primitiva y traicionera— que encuentra todo esto perturbadoramente excitante.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, llegamos a un pasillo con varias puertas. Matteo se detiene frente a una de ellas, la abre con una llave que saca de su bolsillo, y entra.

Solo entonces me baja de su hombro, dejándome de pie frente a él. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo, contar las pestañas que enmarcan esos ojos azules imposibles, oler su perfume mezclado con el aroma de su piel.

Mi respiración está agitada, mi pulso acelerado, mis mejillas ardiendo de rabia. O eso me digo a mí misma.

—Esta será tu habitación hasta que decida qué hacer contigo —dice, su voz más ronca de lo normal.

—No puedes mantenerme prisionera —respondo, pero mi voz carece de la convicción que pretendía.

—Puedo hacer lo que quiera —murmura, sus ojos bajando brevemente a mis labios—. Este es mi territorio.

Algo cambia en el aire entre nosotros. La tensión se transforma, se espesa. Ya no es solo ira o desafío. Es algo más primitivo, más peligroso.

Sin darme cuenta, me humedezco los labios. Sus ojos siguen el movimiento de mi lengua, y veo cómo sus pupilas se dilatan ligeramente. Su respiración se vuelve más profunda, más lenta.

Debería apartarme. Debería escupirle algún insulto. Debería hacer cualquier cosa excepto quedarme aquí, paralizada, mientras todo mi cuerpo vibra con una anticipación que no debería sentir.

Pero no me muevo. No puedo. Estoy atrapada en la gravedad de su mirada, en el calor que emana de su cuerpo, en la electricidad que crepita entre nosotros.

Matteo levanta una mano, lentamente, como si fuera a tocar mi rostro. Me tenso, pero no retrocedo. Sus dedos quedan suspendidos a milímetros de mi mejilla, y puedo sentir su calor incluso sin contacto.

El tiempo se detiene. El mundo se reduce a este momento, a este espacio entre nosotros que parece disminuir por voluntad propia. Su rostro se inclina imperceptiblemente hacia el mío, o quizás soy yo quien se acerca a él. No lo sé. No me importa.

Solo sé que estamos a un suspiro de distancia, que puedo sentir su aliento mezclándose con el mío, que mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

Y entonces, desde el piso de abajo, llega un grito que rompe el hechizo como un cristal haciéndose añicos.

—¡MATTEO! ¿DÓNDE ESTÁS?

Es Bianca. Acaba de llegar a la mansión.

Matteo se aparta como si le hubiera quemado, su expresión volviendo a ser la máscara impenetrable de siempre. Pero por un instante, veo confusión en sus ojos. La misma confusión que debe reflejar mi mirada.

—Quédate aquí —ordena, su voz nuevamente fría, controlada—. Volveré más tarde.

Sale de la habitación antes de que pueda responder, cerrando la puerta tras él. Escucho la llave girando en la cerradura, asegurándome dentro.

Me quedo inmóvil, intentando procesar lo que acaba de ocurrir. O lo que casi ocurre. Mi respiración es irregular, mis mejillas arden, y hay un nudo en mi estómago que no tiene nada que ver con el miedo.

¿Qué coño ha sido eso?

Mi prisión resulta ser una suite más grande que mi apartamento entero. Paredes de un azul pálido, muebles antiguos que gritan «fortuna familiar mafiosa», una cama king size con dosel, y ventanas que dan a un jardín impecable.

Una jaula, aunque sea dorada, sigue siendo una jaula.

En cuanto recupero la compostura, me pongo en acción. Primero, inspecciono la puerta. Madera maciza, cerradura moderna. Sin posibilidad de forzarla con los medios a mi disposición. Las ventanas son mi siguiente objetivo. Tres grandes ventanales con vistas al jardín trasero. Barrotes sólidos, disfrazados como elementos decorativos pero tan funcionales como los de cualquier prisión. Fuera, puedo ver a dos hombres armados patrullando.

El baño es tan lujoso como el resto de la habitación, con una bañera que podría albergar a una familia de cuatro miembros. Sin ventanas.

Sin conductos de ventilación lo suficientemente grandes como para que pueda usarlos.

Busco cámaras, micrófonos, cualquier dispositivo de vigilancia. No veo nada obvio, pero eso no significa que no estén ahí. Un hombre como Matteo Ricci no dejaría nada al azar.

Después de una hora de búsqueda infructuosa, me dejo caer en la cama con un gruñido de frustración. Estoy atrapada. Completamente atrapada.

Y lo peor es que he metido la pata hasta el fondo. Renzo me envió a espiar a Matteo, no a ser descubierta y secuestrada por él. ¿Qué voy a decirle? «Perdona, jefe, me reconoció del club de Nueva York y decidió que sería

divertido mantenerme prisionera en su mansión. Por cierto, también sabe que soy médica y que he estado tratando a su hermana. Pequeños detalles.»

Estoy jodida. Tan jodida que casi me dan ganas de reír.

Pero lo que realmente me aterra no es el fracaso de la misión. Ni siquiera la posibilidad de que Matteo descubra quién me envió y decida eliminarme. No. Lo que me aterra es ese momento en la puerta de la habitación. Ese instante en que todo desapareció excepto él y yo. Ese segundo en que, Dios me ayude, quise que me besara.

¿Qué demonios me pasa? El tipo me ha secuestrado. Me ha tratado como a una criminal. Es un mafioso, por el amor de Dios. El enemigo de la familia para la que trabajo. Un asesino a sangre fría.

Y sin embargo, cuando cierro los ojos, no veo al criminal despiadado. Veo esos ojos azules mirándome con una intensidad que me quema por dentro. Siento sus manos casi tocando mi rostro, tan cerca que podía sentir su calor sin contacto real. Huelo su perfume, una mezcla de sándalo y algo más primitivo, más masculino.

Me incorporo de golpe, sacudiendo la cabeza para disipar esas imágenes. Esto es ridículo. Es el síndrome de Estocolmo más rápido de la historia. O quizás simplemente llevo demasiado tiempo sin sexo (así como toda la vida) y mi cuerpo está reaccionando a la presencia de un espécimen masculino objetivamente atractivo.

Ni siquiera lo conozco.

Porque sí, maldita sea, Matteo Ricci es guapo. De esa manera peligrosa que debería venir con una etiqueta de advertencia. Como un arma envuelta en un traje italiano hecho a medida.

Pero no soy una adolescente gobernada por sus hormonas. Soy una profesional. Una mujer adulta con una misión. Y ningún par de ojos azules o mandíbula esculpida por Miguel Ángel va a hacerme olvidar eso.

Me levanto y vuelvo a inspeccionar la habitación, esta vez con más calma, buscando cualquier cosa que pueda servirme como arma o herramienta de escape. Encuentro poco: un bolígrafo que podría usar como punzón en caso extremo, horquillas en el baño que podrían servir para forzar cerraduras simples (aunque no la de esta puerta), y un jarrón pesado que podría romper una cabeza si fuera necesario.

No es mucho, pero es algo.

Las horas pasan. La luz del día se desvanece, dando paso a un atardecer que en otras circunstancias encontraría hermoso. Mi estómago gruñe, recordándome que no he comido nada desde el desayuno. Me pregunto si el gran Matteo Ricci se dignará a alimentar a su prisionera o si el hambre forma parte de su técnica de interrogatorio.

Finalmente, exhausta y frustrada, vuelvo a tumbarme en la cama. Extiendo los brazos y fijo la mirada en el techo, buscando patrones en la ornamentada escayola para distraer mi mente.

No funciona. Cada vez que cierro los ojos, lo veo a él. Siento su calor. Recuerdo ese momento de tensión insoportable en la puerta de la habitación. Mi cuerpo se estremece al recordar cómo su mirada bajó a mis labios, cómo su respiración se aceleró ligeramente, cómo por un segundo —un glorioso y terrible segundo— pareció que iba a cerrar la distancia entre nosotros.

Es absolutamente frustrante. De todas las reacciones posibles a mi situación —miedo, ira, determinación— mi cuerpo ha decidido optar por la excitación.

Patético.

Y lo peor es que una parte de mí, una parte pequeña pero insistente, se pregunta qué habría pasado si Bianca no hubiera gritado. Si Matteo hubiera cerrado esos últimos centímetros entre nosotros. Si sus labios hubieran encontrado los míos.

¿Habría sido frío y controlado, como todo en él? ¿O habría perdido ese férreo control, aunque solo fuera por un instante?

Gruño y me tapo la cara con una almohada. Este va a ser un cautiverio muy, muy largo.

Y algo me dice que lo que me espera cuando Matteo finalmente decida «hablar» conmigo será mucho peor que cualquier fantasía inoportuna.

Porque si hay algo que he aprendido en estas semanas, es que Matteo Ricci no es un hombre que perdone fácilmente. Y yo acabo de convertirme en su incordio número uno.

CAPÍTULO 14

MATTEO

Cierro la puerta de la habitación azul y me quedo un instante inmóvil, con la mano todavía en el pomo, intentando recuperar el control. Mi respiración es irregular, mi pulso acelerado. Como un puto adolescente después de su primer beso.

Excepto que no ha habido ningún beso.

Pero casi. Joder, casi.

Me aparto de la puerta y camino por el pasillo a paso rápido, necesitando distancia física de esa habitación, de esa mujer. De lo que acaba de ocurrir. O de lo que casi ocurre.

¿Qué cojones me está pasando con esta mujer que estoy seguro de que es una espía?

Los gritos de Bianca desde la planta baja me devuelven a la realidad. Mi hermana acaba de llegar y, por su tono, estoy seguro de que quiere matarme.

Bajo las escaleras con la máscara de frialdad firmemente en su lugar. No puedo permitirme más deslices. No con mi cordura y la seguridad de mi hermana en juego.

—¡Matteo! —exclama Bianca en cuanto me ve aparecer en el vestíbulo. Su rostro está enrojecido por la ira, sus ojos —tan parecidos a los míos— echando chispas—. ¿Dónde está Sofia? ¿Qué has hecho con ella?

—Está arriba, a salvo —respondo con calma estudiada—. Y se quedará ahí hasta que averigüe quién es realmente y qué quiere.

Paolo permanece detrás de la silla de Bianca, su expresión claramente incómoda. No le culpo. Mi hermana enfadada es una fuerza de la naturaleza.

—¿Qué quiere? —repite Bianca, incrédula—. ¡Quiere ayudarme! ¡Ha estado ayudándome durante semanas! ¿O se te ha olvidado que gracias a ella puedo

mover el pie derecho por primera vez en diez años?

—No he olvidado nada —respondo, dirigiéndome hacia mi despacho. No voy a tener esta conversación en el vestíbulo, donde cualquiera puede oírnos —. Paolo, trae a la señorita Bianca a mi despacho, por favor.

—¡No hables de mí como si no estuviera presente! —protesta Bianca mientras Paolo empuja su silla, siguiéndome, pero mi hermana se zafa de él y se acerca por sí misma—. ¡Y no me trates como a una niña!

Una vez en mi despacho, cierro la puerta y me dirijo directamente al mueble bar. Necesito un whisky. Necesito pensar con claridad.

—Explícame exactamente qué está pasando —exige Bianca, colocando su silla frente a mi escritorio—. ¿Por qué has secuestrado a mi médica? ¿Y por qué la has estado cargando como un cavernícola?

El whisky quema mi garganta, pero no consigue borrar la sensación de tener a Sofia en mis brazos. Ni el recuerdo de su mirada desafiante. Ni cómo se humedeció los labios justo antes de que casi...

—Matteo —la voz de Bianca me devuelve al presente—. Estoy esperando.

Me siento tras mi escritorio, colocando el vaso entre nosotros como una pequeña barrera.

—La mujer a la que llamas «tu médica» —empiezo, manteniendo mi voz deliberadamente neutral— es la misma que me encontré en Nueva York hace unas semanas. La misma que aparece misteriosamente en Boston, consigue un trabajo en tu hospital y se convierte en tu nueva mejor amiga. ¿No te parece extraño?

Bianca frunce el ceño, procesando la información.

—¿La conociste en Nueva York? —pregunta, genuinamente sorprendida—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En un club —respondo, omitiendo los detalles—. Un encuentro breve. Pero lo suficientemente memorable como para reconocerla hoy.

—¿Y por eso la has secuestrado? —pregunta Bianca, incrédula—. ¿Porque la conociste en un club? ¿Te has vuelto completamente loco?

—No es solo eso —respondo, controlando mi irritación—. Es la acumulación de coincidencias. Que aparezca en Nueva York justo cuando empiezo a moverme allí. Que luego aparezca en Boston, cerca de ti. Que se convierta en tu amiga tan rápidamente.

—¡Porque es una buena persona! —exclama Bianca, golpeando el brazo de su silla—. ¡Y una excelente médica! ¿Has visto lo que ha hecho hoy? ¡Se puso entre un asesino y yo! ¡Con un bisturí como única arma!

Esa es la pieza que no encaja en todo este rompecabezas. La que me ha estado atormentando desde que vi a Sofia sosteniendo ese bisturí, protegiendo a mi hermana con su propio cuerpo.

—Eso es precisamente lo que no tiene sentido —digo, más para mí mismo que para Bianca—. Si es una espía, ¿por qué arriesgar su vida así?

—¡Porque no es una espía, idiota! —Bianca casi grita—. ¡Es mi amiga! La única amiga real que he tenido en años. La única persona además de ti que me trata como a un ser humano y no como a una inválida que podría romperse en cualquier momento.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Porque sé lo sola que ha estado Bianca. Lo aislada. Lo difícil que es para ella confiar en la gente.

—Quiero creer que tienes razón —digo finalmente—. Pero en nuestro mundo, Bianca, las coincidencias no existen. Y hay demasiadas con esta mujer.

—Tiene nombre, Matteo —dice Bianca, su voz más suave pero no menos intensa—. Se llama Sofia. Y me ha salvado la vida hoy.

—Sofia —repito, y solo pronunciar su nombre me provoca una reacción que prefiero no analizar—. ¿Qué sabes realmente de ella? ¿Su apellido? ¿Su familia? ¿Por qué vino a Boston?

Bianca duda, y veo que mi pregunta ha dado en el blanco.

—Sé que es médica forense —responde finalmente—. Que es brillante. Que tiene un sentido del humor ácido y una lealtad feroz. Que me ha ayudado más en un mes que todos tus médicos carísimos en años.

—Eso no es suficiente —insisto—. Necesitamos saber más. Necesito saber más.

—¿Para qué? —pregunta Bianca—. ¿Para confirmar tus paranoias? ¿Para justificar haberla secuestrado?

—Para protegerte —respondo, mi voz endureciéndose—. Para protegernos. Es mi trabajo, Bianca. Es lo que hago.

—No —dice ella, negando con la cabeza—. Tu trabajo es dirigir nuestros negocios. No controlar cada aspecto de mi vida. No alejar a las pocas personas que me importan.

Sus palabras me duelen, pero no lo demuestro. No puedo.

—Prefiero que me odies a que estés en peligro —digo simplemente.

—Eres un paranoico —dice, con una mezcla de frustración y tristeza—. Y algún día esa paranoia te va a costar todo lo que te importa.

Guardo silencio. ¿Qué puedo responder a eso? En el fondo, temo que tenga razón. Que esta obsesión con el control, con la seguridad, termine alejando a las pocas personas que me importan.

Pero no puedo permitirme esa debilidad. No cuando hay tanto en juego.

—Paolo —llamo, ignorando el nudo en mi garganta—. Lleva a la señorita Bianca a su habitación. Necesita descansar después de lo ocurrido hoy.

—No he terminado contigo, Matteo —advierte Bianca mientras Paolo gira su silla—. Esto no va a quedar así.

—Por supuesto que no —respondo, volviendo a mi escritorio—. Voy a investigar a tu amiga y averiguaré la verdad. Sea cual sea.

Bianca me lanza una última mirada furiosa antes de que Paolo la saque del despacho. En cuanto la puerta se cierra, me dejo caer en mi silla,

repentinamente agotado.

Presiono el intercomunicador.

—Carlo, ven a mi despacho. Ahora.

Mientras espero, intento ordenar mis pensamientos. Sofia. La mujer del vestido negro. La médica de Bianca. La que se interpuso entre mi hermana y una bala. La que casi besé hace unos minutos.

¿Quién demonios es? ¿Y por qué no puedo sacarla de mi cabeza?

La puerta se abre y Carlo entra, su expresión profesional e impasible como siempre.

—¿Señor?

—Quiero todo lo que puedas encontrar sobre Sofia, la nueva médica de Bianca —ordeno—. Nombre completo, historial académico, médico, familiar. De dónde viene. Por qué está en Boston. Todo.

—Sí, señor —responde Carlo—. ¿Algo más?

Dudo un instante. Hay algo más que quiero saber, algo que no tiene nada que ver con mi investigación y todo que ver con esa sensación extraña en mi pecho.

—Averigua si está... con alguien —digo finalmente, odiándome por la debilidad—. Pareja. Amante. Lo que sea.

Carlo asiente, su rostro perfectamente neutral. Uno de los motivos por los que es mi mano derecha es que nunca cuestiona mis órdenes, por extrañas que sean.

—¿Desea que organice un interrogatorio formal? —pregunta.

La idea de Sofia atada a una silla, siendo interrogada como cualquier otro enemigo, me provoca una reacción visceral de rechazo que me sorprende por su intensidad.

—No —respondo demasiado rápido—. Yo me encargaré personalmente de ella.

Carlo asiente y sale, cerrando la puerta tras él. Me quedo solo con mis pensamientos y con la imagen de Sofia grabada en mi mente. Su desafío. Su valor. La forma en que sus ojos brillan cuando está enfadada.

Me sirvo otro whisky, intentando ahogar estas sensaciones que no puedo —no debo— permitirme. Mañana. Mañana la interrogaré y obtendré mis respuestas. Descubriré quién es realmente y qué busca.

Porque tiene que haber algo más. La alternativa —que realmente sea quien dice ser, que genuinamente se preocupe por Bianca, que esa conexión entre nosotros sea real— es demasiado peligrosa para considerarla.

Las mujeres son peligrosas. Mi madre me enseñó esa lección de la manera más dura posible.

Y no pienso olvidarla. Ni siquiera por una médica de ojos desafiantes que me mira sin miedo.

CAPÍTULO 15

MATTEO

Tres horas. Llevo tres malditas horas sentado frente a mi ordenador, alternando entre informes financieros que deberían tener toda mi atención y la ventana que muestra las imágenes de la cámara de seguridad de la habitación azul.

La habitación donde está ella.

Intento concentrarme en los números, en las proyecciones para el próximo trimestre, en la expansión hacia Nueva York. Asuntos importantes. Asuntos que deberían ocupar toda mi mente.

Y sin embargo, cada pocos minutos, mis ojos se desvían hacia la otra pantalla.

Sofia se mueve por la habitación como una fiera enjaulada. Ha inspeccionado cada centímetro del espacio, ha comprobado las ventanas, ha buscado puntos débiles en la puerta. Metódica. Inteligente. Perseverante.

Justo lo que se esperaría de una espía profesional.

O de una mujer determinada a escapar de su secuestrador.

La observo sentarse en la cama, frustrada tras otro intento fallido de encontrar una salida. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que se muerde el labio inferior, el modo en que sus dedos tamborilean nerviosamente sobre su muslo.

Es fascinante. Como observar a un animal salvaje, hermoso y letal.

Mi teléfono suena, sacándome momentáneamente de mi trance. Es Carlo.

—¿Tienes algo? —pregunto sin preámbulos.

—Todavía no mucho, señor —responde—. Sofia, sin apellido confirmado aún. Treinta años. Médica forense especializada en traumatología. Graduada

con honores en Columbia. Actualmente en una pasantía de seis meses en el Boston General. Llegó hace aproximadamente un mes.

—¿Conexiones? ¿Familia? ¿Pareja?

—Estamos trabajando en ello, señor. El hospital es... reservado con la información personal de su personal.

—Encuéntrame algo concreto —ordeno, colgando sin despedirme.

Vuelvo a mirar la pantalla. Sofia se ha tumbado en la cama, brazos extendidos, mirando al techo. ¿En qué estará pensando? ¿Estará planeando su próximo movimiento?

¿O simplemente estará cansada y asustada, como cualquier persona normal en su situación?

Sacudo la cabeza, irritado conmigo mismo. No puedo permitirme empatizar con ella. No puedo permitirme verla como una víctima. Es una amenaza potencial. Una variable desconocida en mi ecuación perfectamente calculada.

Y sin embargo...

Sin embargo, no puedo olvidar cómo se interpuso entre Vázquez y Bianca. Cómo sostuvo ese bisturí, temblando pero determinada. Cómo me miró sin miedo cuando la cargué sobre mi hombro.

Cómo sus labios estuvieron a centímetros de los míos hace apenas unas horas.

Maldita sea.

Cierro la ventana de la cámara con un clic furioso y me concentro en los informes. Logro trabajar durante casi veinte minutos seguidos antes de que mis ojos, traidores, se desvíen hacia el icono minimizado.

Un clic. Solo para comprobar.

Sofia se ha sentado en el borde de la cama, abrazándose a sí misma. Parece más pequeña de repente. Más vulnerable. Su estómago gruñe lo suficientemente fuerte como para que lo capte el micrófono de la cámara.

Tiene hambre. Por supuesto que tiene hambre. No ha comido nada desde... ¿el desayuno? ¿Antes?

No es mi problema. No debería importarme.

Y sin embargo, me descubro calculando cuántas horas llevará sin comer. Demasiadas.

Cierro la ventana de nuevo, maldiciendo en italiano. Me levanto y camino hasta la ventana, necesitando distancia física del ordenador, de la tentación de seguir observándola.

Boston se extiende a lo lejos, las luces de la ciudad brillando contra el cielo nocturno. Mi ciudad. Mi territorio. Donde nada ocurre sin mi conocimiento o aprobación.

Excepto ella. Sofia. La variable inesperada. La pieza que no encaja en mi tablero de ajedrez perfectamente ordenado.

Vuelvo a mi escritorio, decidido a terminar los informes. Esta vez consigo trabajar durante casi media hora antes de que mis ojos se desvíen de nuevo hacia el icono.

Un clic. Solo para asegurarme de que sigue ahí.

Sofia está de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín. La luz de la luna dibuja su perfil, suavizando sus rasgos. Parece... triste. Perdida en pensamientos que no puedo adivinar.

Su estómago vuelve a gruñir, y la veo hacer una mueca.

Algo se retuerce dentro de mí. Una emoción que no quiero nombrar.

—Joder —murmuro, cerrando la ventana y levantándome de golpe.

Esto es ridículo. Soy Matteo Ricci. El Príncipe de Hielo. No me preocupo por la comodidad de mis prisioneros. No me importa si tienen hambre o frío o miedo.

Y sin embargo, me encuentro caminando hacia la cocina, como si mis pies tuvieran voluntad propia.

La mansión está en silencio a esta hora. El personal de servicio ya se ha retirado, dejando solo a los guardias de seguridad en sus puestos. La cocina, normalmente un hervidero de actividad durante el día, está desierta y en penumbra.

Enciendo solo una luz, la que ilumina la isla central. No necesito que todo el mundo sepa que estoy aquí, preparando personalmente una bandeja de comida para mi prisionera.

Mi prisionera. Qué palabra tan desagradable. Tan... incivilizada.

Abro la nevera y examino su contenido. ¿Qué le gustará comer? ¿Será vegetariana? ¿Tendrá alergias? No tengo ni idea.

Opto por algo seguro. Pasta. Pan. Queso. Una manzana. Una botella de agua. Suficiente para calmar el hambre, no lo bastante elaborado para parecer un gesto de amabilidad.

Porque no lo es. Es estrategia. Nada más. Los prisioneros hablan mejor con el estómago lleno. Es más fácil interrogar a alguien que no está pensando en su próxima comida.

Eso es todo. Es lógica pura. No tiene nada que ver con la forma en que se abrazaba a sí misma, con la tristeza en su perfil recortado contra la ventana.

Coloco todo en una bandeja y me dirijo hacia las escaleras. Paso junto a uno de mis guardias, que me mira con sorpresa mal disimulada. Le lanzo una mirada que borra cualquier pregunta de sus ojos.

No debo explicaciones a nadie. Es mi casa. Mi prisionera. Mis reglas.

Llego a la puerta de la habitación azul y me detengo. ¿Qué demonios estoy haciendo? Debería mandar a alguien con la comida. Mantener la distancia. Ser profesional.

Pero la idea de que otro hombre entre en esa habitación, que la vea en ese momento de vulnerabilidad, me resulta inaceptable por razones que prefiero no analizar.

Equilibro la bandeja en una mano y abro la puerta con la otra. Sin llamar. Es mi casa, después de todo.

Sofia se gira bruscamente desde la ventana, sorprendida por la intrusión. Por un instante, veo alivio en sus ojos. Luego, reconocimiento. Y finalmente, esa máscara de desafío que ya me resulta familiar.

—¿Vienes a comprobar si tu prisionera sigue viva? —pregunta, su voz cargada de sarcasmo.

—Vengo a asegurarme de que estés alimentada —respondo, cerrando la puerta con el pie y acercándome para dejar la bandeja sobre la mesa junto a la ventana—. Contrariamente a lo que puedas pensar, no soy un monstruo.

—Perdona si tengo una opinión diferente —replica, cruzándose de brazos —. Los secuestradores no suelen puntuar alto en mi escala de moralidad.

A pesar de su tono mordaz, veo cómo sus ojos se desvían hacia la comida. Está hambrienta, pero es demasiado orgullosa para admitirlo.

—Come —digo, señalando la bandeja—. Luego hablaremos.

—¿Y si no quiero hablar? —desafía, alzando la barbilla en ese gesto que ya me resulta tan característico.

—Entonces me limitaré a observarte comer en silencio —respondo, apoyándome contra la pared—. Tu elección.

Nos miramos fijamente durante lo que parecen minutos, pero probablemente son solo segundos. Un duelo silencioso de voluntades. Finalmente, su estómago gruñe de nuevo, traicionándola.

Con un suspiro exasperado, se sienta y toma un trozo de pan. Lo muerde con fuerza, como si estuviera imaginando que es alguna parte de mi anatomía.

La observo mientras come, manteniendo mi expresión deliberadamente neutral. Pero por dentro, estoy catalogando cada detalle. La forma en que sus dedos sostienen el tenedor. El modo en que un mechón de pelo cae sobre su frente. La línea de su garganta cuando traga.

Es exquisita. Y es peligrosa precisamente porque me hace pensar así.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como un acosador? —pregunta finalmente, después de haber devorado la mitad de la pasta.

—Es mi casa —respondo simplemente—. Puedo mirar lo que quiera.

—Qué maduro —murmura, rodando los ojos—. ¿Siempre eres así de encantador con tus invitados, o soy una afortunada especial?

—No eres una invitada —corrijo—. Y no, normalmente no me molesto en alimentar personalmente a mis prisioneros.

—Me siento tan honrada —replica con falsa dulzura—. Dime, ¿qué he hecho para merecer tal distinción?

Es una pregunta trampa, por supuesto. Está intentando que revele información. Que muestre mis cartas. Inteligente.

—Eso es exactamente lo que me gustaría saber —respondo, acercándome a la mesa—. ¿Qué has hecho, Sofia? ¿Qué haces realmente en Boston? ¿Por qué te acercaste a mi hermana?

Su expresión cambia, una sombra de algo —¿culpa? ¿miedo?— cruza su rostro antes de que recupere su máscara de desafío.

—Ya te lo dije. Soy médica. Trabajo en el hospital. Conocí a Bianca y la ayudé con su terapia. No hay ningún misterio.

—¿Y Nueva York? —presiono—. ¿También fue casualidad que nos encontráramos allí?

Veo la duda en sus ojos. Está calculando, evaluando sus opciones, decidiendo cuánto revelar.

—Estaba de visita —dice finalmente—. Tengo amigos allí. Fui a ese club, te vi, me pareciste atractivo. Fin de la historia.

—Mentira —digo, acercándome más, invadiendo deliberadamente su espacio personal—. Te vi observándome antes de que nos encontráramos en ese pasillo. Me estabas vigilando.

—Eres un hombre atractivo en un club lleno de mujeres solteras —responde, sin retroceder a pesar de mi proximidad—. Por supuesto que te estaba mirando. No seas tan arrogante como para pensar que eras el único al que observé esa noche.

Sus palabras no deberían irritarme. En cambio, provocan una punzada de algo que se parece sospechosamente a los celos. Ridículo.

—¿Y luego, por pura casualidad, apareces en Boston? ¿En el hospital donde se trata mi hermana? —continúo, inclinándome sobre la mesa, acercándome aún más a ella—. ¿Esperas que crea en tantas coincidencias?

—No me importa lo que creas —responde, levantándose de golpe. Ahora estamos frente a frente, separados apenas por centímetros—. No tengo por qué darte explicaciones. No eres nadie para mí.

Mentira. Lo veo en sus ojos. En la forma en que su respiración se acelera cuando estoy cerca. En cómo su mirada baja a mis labios por un instante fugaz antes de volver a mis ojos.

—Si no soy nadie —murmuro, mi voz bajando a un registro más grave—, ¿por qué tu pulso se acelera cuando me acerco?

—Porque me das asco —responde, pero su voz tiembla ligeramente—. Porque eres un matón que secuestra mujeres y se cree con derecho a interrogarlas.

—¿Es asco lo que sientes ahora mismo? —pregunto, acercándome tanto que puedo sentir su respiración en mi rostro—. ¿Estás segura?

—Vete a la mierda —sisea, pero no retrocede. No huye. Me desafía con cada fibra de su ser.

Y eso, más que cualquier otra cosa, hace que mi control se rompa.

No sé quién se mueve primero. Si soy yo quien cierra la distancia o es ella quien se inclina imperceptiblemente hacia adelante. Solo sé que de repente mis labios están sobre los suyos, y el mundo entero desaparece.

SOFIA

Su boca es fuego. Puro, abrasador, devastador fuego.

El shock me paraliza durante un segundo eterno. Esto no puede estar pasando. No puedo estar besando a Matteo Ricci. No puedo estar respondiendo a su beso como si mi vida dependiera de ello.

Pero aquí estoy. Con sus labios moviéndose sobre los míos, exigentes, hambrientos. Con mis manos aferrándose a su camisa como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Con todo mi cuerpo vibrando, ardiendo, despertando de un letargo que ni siquiera sabía que padecía.

Es un error. El peor error posible. Y, aun así, no puedo detenerlo. No quiero detenerlo.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome más cerca. Siento cada centímetro de su cuerpo contra el mío. Duro. Caliente. Perfecto. Como si hubiéramos sido diseñados para encajar así.

Su lengua roza mi labio inferior, pidiendo entrada, y me descubro abriéndome a él sin dudar. El primer contacto de su lengua con la mía envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, arrancándome un gemido que debería avergonzarme pero que solo parece encenderlo más.

Una de sus manos sube hasta mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo, sujetándome exactamente donde me quiere. La otra permanece en mi cintura, su pulgar dibujando pequeños círculos que me queman incluso a través de la tela.

Nunca me han besado así. Como si fuera algo precioso y salvaje a la vez. Como si fuera un oasis en el desierto. Como si fuera el aire mismo.

Y entonces, como un rayo de claridad en medio de la tormenta, recuerdo quién es él. Quién soy yo. Por qué estoy aquí.

La realidad me golpea con la fuerza de un maremoto.

Soy una espía. Él es mi objetivo. Esto es una locura.

La rabia —contra él, contra mí misma, contra esta situación imposible— explota dentro de mí. Y antes de poder pensarlo dos veces, le muerdo el labio inferior. Fuerte.

Siento el sabor metálico de su sangre en mi boca. Debería sentirme culpable. Debería estar horrorizada.

En lugar de eso, una parte primitiva de mí se regocija al dejar mi marca en él.

Matteo se aparta, sorprendido. Por un instante, veo algo salvaje en sus ojos. Algo peligroso y excitante que hace que mi pulso se acelere aún más.

Y luego, para mi absoluta consternación, sonríe. Una sonrisa lenta, depredadora, que hace que mi estómago dé un vuelco.

Se pasa el pulgar por el labio inferior, recogiendo una gota de sangre. Nuestras miradas se encuentran, y lo que veo en sus ojos me deja sin aliento.

Deseo. Puro, crudo, inconfundible deseo.

—Interesante —murmura, su voz un ronroneo grave que hace que se me erice la piel—. Muy interesante.

Retrocedo un paso, necesitando distancia física de él, de su magnetismo, de esta locura que parece haberme poseído.

—Sal de mi habitación —logro decir, mi voz más firme de lo que me siento —. Ahora.

—¿Tu habitación? —repite, arqueando una ceja, esa sonrisa todavía jugando en sus labios—. Creía que era una celda.

—Lo que sea —espeto, cruzándome de brazos para ocultar el temblor de mis manos—. Lárgate.

Matteo me estudia durante un largo momento, como si estuviera memorizando cada detalle de mi rostro. Finalmente, asiente una vez.

—Como desees —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero esto no ha terminado, Sofia. Ni de lejos.

—Para mí sí —miento descaradamente—. Ha sido un error que no se repetirá.

Su sonrisa se ensancha, y veo que no me cree ni por un segundo.

—Dulces sueños —dice antes de salir, cerrando la puerta tras él.

En cuanto estoy sola, mis rodillas ceden y me derrumbo en la silla más cercana. Mi corazón late como si acabara de correr una maratón. Mis labios arden, hinchados y sensibles. Todo mi cuerpo vibra con una energía que no reconozco.

¿Qué demonios acaba de pasar?

He besado a Matteo Ricci. No, peor aún: le he devuelto el beso con un entusiasmo que me horroriza recordar. He gemido en su boca, por el amor de Dios. Me he derretido contra él como si fuera una adolescente con su primer amor.

Es patético. Es peligroso. Es una traición a mi misión, a Renzo, a mí misma.

Y lo peor de todo es que, a pesar de saberlo, a pesar de la culpa y la confusión y el miedo, una parte de mí —una parte primitiva y honesta que no puedo acallar— anhela más.

Más de sus labios. Más de sus manos. Más de esa intensidad abrumadora que hace que todo lo demás desaparezca.

Me llevo los dedos a los labios, todavía sintiendo la presión de su boca. El sabor de su sangre. La promesa implícita en sus palabras.

Esto no ha terminado.

Y aunque me aterroriza admitirlo, incluso a mí misma, no estoy segura de querer que termine.

Estoy tan, tan jodida.

CAPÍTULO 16

SOFIA

No he pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo podría? Cada vez que cerraba los ojos, sentía de nuevo los labios de Matteo sobre los míos, sus manos en mi cintura, su cuerpo presionado contra el mío. Y luego venía la culpa, el recordatorio de quién soy y por qué estoy aquí.

Renzo me envió a espiar a Matteo Ricci, no a besarlo como si no hubiera un mañana.

La luz del amanecer se filtra por las ventanas, dibujando patrones en el suelo de la habitación. Mi prisión dorada. He pasado la noche alternando entre intentar encontrar una vía de escape y revivir ese maldito beso. Ninguna de las dos actividades ha sido productiva.

Me levanto de la cama —en la que me he revolcado durante horas sin conseguir dormir— y me acerco a la ventana. El jardín está tranquilo a esta hora, con solo un guardia patrullando entre los setos perfectamente recortados. Incluso si lograra salir de esta habitación, ¿cómo demonios voy a escapar de una propiedad tan vigilada?

Un ruido en la puerta me sobresalta. Contengo la respiración, esperando. ¿Matteo? ¿Viene a terminar lo que empezamos anoche? Mi pulso se acelera ante la idea, y me odio por ello.

Pero no es Matteo quien entra. Es Bianca.

—¡Sofia! —exclama en un susurro urgente, cerrando la puerta tras ella con dificultad—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

La veo maniobrar con su silla con habilidad por la habitación, acercándose a mí con expresión preocupada. Lleva el pelo recogido en una coleta despeinada y viste ropa informal: pantalones de chándal y una camiseta ancha. Parece que se ha vestido a toda prisa.

—Estoy bien —respondo, genuinamente sorprendida de verla—. ¿Cómo has entrado?

Bianca sonríe, una sonrisa traviesa que ilumina todo su rostro, y saca un juego de llaves de su bolsillo.

—Mi hermano puede ser el capo más temido de Boston, pero sigue dejando las llaves de repuesto en el cajón superior de su escritorio —dice con orgullo —. Algunos hábitos nunca cambian.

No puedo evitar sonreír. Hay algo contagioso en su entusiasmo.

—¿No deberías estar descansando? —pregunto, recordando los eventos traumáticos del día anterior—. Casi te matan.

—Y tú casi mueres por salvarme —responde, su expresión volviéndose seria—. Lo que hace que el comportamiento de mi hermano sea aún más inexcusable.

Desvío la mirada, incómoda. Si Bianca supiera lo que pasó anoche... Si supiera que, lejos de resistirme a su hermano, prácticamente me derretí en sus brazos...

—Es complicado —murmuro.

—No, no lo es —insiste ella—. Te secuestró. Te encerró. Es completamente inaceptable.

No tengo el corazón para decirle que, desde cierta perspectiva, su hermano tiene razón en desconfiar de mí. Después de todo, sí estoy aquí para espiarlo.

—¿Dónde está él ahora? —pregunto, cambiando de tema.

—En una reunión en la ciudad —responde, agitando la mano como si no fuera importante—. No volverá hasta la tarde. Lo que nos da tiempo suficiente.

—¿Tiempo para qué?

—Para sacarte de aquí, por supuesto —dice, como si fuera obvio—. He venido a liberarte.

La miro, asombrada por su audacia. ¿Realmente está traicionando a su hermano por mí? ¿Una mujer que apenas me conoce desde hace un mes?

—Bianca, no puedes...

—Puedo y lo haré —me interrumpe, determinada—. Lo que Matteo está haciendo es injusto. Estás aquí porque me salvaste la vida, y te lo agradezco ayudándote a escapar. Es lo correcto.

Hay tanta convicción en su voz, tanta bondad en sus ojos, que siento una punzada de culpa. Si supiera quién soy realmente, por qué estoy en Boston...

—No es tan simple —digo, acercándome a la ventana y señalando hacia el jardín—. Tu casa está mejor vigilada que la Casa Blanca. ¿Cómo se supone que voy a salir sin que me vean?

—Ya lo he pensado —responde, sacando un pequeño mapa de su bolsillo —. Hay un túnel que conecta la bodega con el antiguo cobertizo del jardinero. Lo usaban durante la Ley Seca para transportar alcohol de contrabando. Casi nadie lo conoce ya.

Desdobla el mapa sobre la cama. Es un plano detallado de la mansión, con una ruta marcada en rojo que va desde el pasillo de mi habitación hasta lo que parece ser una puerta oculta en la bodega.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto, genuinamente impresionada.

—Lo encontré hace años, cuando jugaba al escondite con Matteo — responde, con una sonrisa nostálgica—. Nunca se lo dije. Era mi secreto. Mi vía de escape, por si alguna vez la necesitaba.

Estudio el mapa, evaluando la ruta. Podría funcionar. Podría realmente escapar de aquí, volver a mi apartamento, contactar con Renzo y explicarle la situación. Tal vez incluso podría salvar mi culo.

Pero entonces miro a Bianca, a su expresión esperanzada, a la confianza absoluta en sus ojos. Y sé que no puedo hacerlo. No puedo traicionarla así.

Además, ¿qué ganaría escapando ahora? Matteo ya sabe quién soy. Ya me ha visto. La infiltración sutil ya no es una opción. Y si huyo, perderé cualquier oportunidad de recopilar información útil para Renzo.

Y, si soy completamente honesta conmigo misma, hay otra razón por la que no quiero irme. Una razón con ojos azules y labios que saben a pecado.

—No voy a escapar —digo finalmente, sorprendiéndome incluso a mí misma.

—¿Qué? —Bianca me mira confundida—. Pero he traído las llaves, tengo el mapa, he comprobado los turnos de los guardias...

—Y te lo agradezco —respondo, sentándome en la cama junto a su silla—. Pero piénsalo, Bianca. Si escapo, ¿qué crees que hará tu hermano? ¿Simplemente se encogerá de hombros y lo olvidará?

Veo la comprensión asomando en su rostro.

—Te buscará —admite.

—Exacto. Y cuando me encuentre, y lo hará porque tiene los recursos para hacerlo, estaré en una posición mucho peor que ahora.

—Pero no puedes quedarte aquí encerrada —protesta—. No es justo.

—La vida rara vez es justa —respondo, citando sin querer a Matteo de la noche anterior—. Además, no es tan malo. La habitación es lujosa, la comida es buena...

Y tu hermano besa como un dios, añado mentalmente.

—Aun así —insiste Bianca—. No puedo simplemente dejarte aquí.

La miro, una idea formándose en mi mente. Una idea que podría beneficiarnos a ambas.

—¿Y si, en lugar de escapar, aprovechamos que tienes las llaves para algo más... constructivo?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sería beneficioso que hicieses tus ejercicios de rehabilitación todos los días —digo, sonriendo—. Y estoy bastante segura de que hay un jardín precioso ahí fuera donde podríamos trabajar. Un poco de aire fresco te vendría bien. Y a mí más.

Bianca me mira, sorprendida, y luego suelta una carcajada.

—¿Me estás diciendo que prefieres quedarte aquí y hacerme terapia a escapar?

—¿Qué puedo decir? —respondo, encogiéndome de hombros—. Soy una médica comprometida con sus pacientes.

Es una mentira piadosa. La verdad es mucho más complicada. Quiero quedarme porque, a pesar de todo, aún tengo una misión que cumplir. Porque he desarrollado un afecto genuino por Bianca. Y porque, Dios me ayude, una parte de mí quiere volver a ver a Matteo.

—Además —añado, intentando sonar casual—, tengo una revancha pendiente en el ajedrez. Me debes una partida.

Los ojos de Bianca se iluminan. Es evidente que la idea de pasar tiempo juntas, como antes, le entusiasma.

Y a mí también.

—¿Estás segura? —pregunta, aún preocupada—. Matteo volverá eventualmente, y cuando descubra que te he dejado salir...

—Déjame a mí preocuparme por tu hermano —digo, con más confianza de la que siento—. Ahora, ¿qué te parece si salimos de esta habitación y disfrutamos de la vida?

Bianca sonríe, esa sonrisa radiante que ilumina toda su cara, y asiente.

—Hay un tablero de ajedrez en la biblioteca —dice, girando su silla hacia la puerta—. Y luego podemos ir al jardín de invierno para los ejercicios. Tiene una luz maravillosa a esta hora.

La sigo fuera de la habitación, experimentando una extraña mezcla de emociones. Alivio por salir de mi encierro. Gratitud hacia Bianca por su lealtad. Anticipación por explorar la mansión y quizás encontrar información útil.

Y, muy en el fondo, una excitación traicionera ante la idea de que Matteo regrese y nos encuentre. ¿Qué hará cuando descubra que su prisionera está libre, paseando por su casa como si fuera una invitada?

La imagen de sus ojos ardiendo de furia (¿o será deseo?) hace que mi estómago dé un vuelco.

Definitivamente, estoy jugando con fuego.

La biblioteca de los Ricci es exactamente como cabría esperar: imponente, elegante y absurdamente bien surtida. Estanterías del suelo al techo llenas de volúmenes encuadernados en piel. Escaleras rodantes para alcanzar los estantes más altos. Sillones de cuero junto a una chimenea que parece sacada de un castillo medieval.

—Impresionante —murmuro, girando sobre mí misma para absorber todo el esplendor.

—A Matteo le encanta leer —comenta Bianca mientras se dirige hacia una mesa de ajedrez junto a la ventana—. Historia militar, filosofía, estrategia... Cualquier cosa que pueda darle ventaja en los negocios.

Me acerco a una de las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros. Primeras ediciones. Obras raras. Colecciones que harían llorar a un bibliotecario.

—¿Y a ti? —pregunto—. ¿También te gusta leer?

—Sí. Novelas, principalmente —responde, colocando las piezas en el tablero—. Historias de amor, aventuras, fantasía... Todo lo que me permita escapar por un rato.

Hay una nota de melancolía en su voz que me encoge el corazón. A veces olvido lo limitada que debe sentirse su vida.

—Bueno —digo, sentándome frente a ella—, hoy no necesitas escapar a través de los libros. Hoy vamos a tener nuestra propia aventura.

—¿Cometiendo un delito federal al liberar a una prisionera? —bromea.

—Exactamente —respondo, moviendo mi primer peón—. Muy rebelde por tu parte, señorita Ricci.

Jugamos en silencio durante unos minutos, cada una concentrada en el tablero. Bianca es buena. Muy buena. Mucho mejor que yo, para ser honesta. Pero disfruto del desafío, de la forma en que su rostro se ilumina cuando hace un movimiento particularmente astuto.

—Tu hermano te enseñó bien —comento después de que capture mi alfil con un movimiento que no he visto venir.

—Era nuestro ritual —explica, estudiando el tablero—. Jugábamos cada domingo, sin falta. Incluso cuando tenía negocios importantes, siempre encontraba tiempo para nuestra partida semanal.

Hay tanto cariño en su voz cuando habla de él que me resulta difícil reconciliar al hombre que describe con el mafioso despiadado de los informes de Renzo. O incluso con el hombre controlador que me secuestró.

Aunque, para ser justa, también es el mismo hombre que me besó como si fuera la última mujer sobre la tierra.

—¿En qué piensas? —pregunta Bianca, interrumpiendo mis pensamientos —. Te has puesto roja de repente.

—En nada —respondo demasiado rápido—. Solo... hace calor aquí.

Bianca me mira con suspicacia, pero no insiste. En su lugar, mueve su reina a una posición que amenaza directamente a mi rey.

—Jaque —dice con una sonrisa triunfal.

Estudio el tablero, buscando desesperadamente una salida. No la hay. Estoy acorralada.

—Me rindo —admito finalmente—. Eres demasiado buena para mí.

—Años de práctica —responde, encogiéndose de hombros con falsa modestia—. Y un maestro exigente.

Reorganizamos las piezas para una nueva partida, pero esta vez la conversación fluye mientras jugamos.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —dice Bianca, moviendo su caballo.

—Depende de lo personal que sea —respondo, cautelosa.

—¿Por qué medicina forense? —pregunta—. Es una especialidad... inusual.

La pregunta me toma por sorpresa. No es lo que esperaba.

—Me gustan los puzzles —respondo tras un momento de reflexión—. Y los muertos no mienten.

—A diferencia de los vivos —completa ella, asintiendo.

—Exactamente —confirmo—. Cuando examinas un cuerpo, todo está ahí. Las pruebas. La historia. Solo tienes que saber leerlas.

—Pero debe ser deprimente —insiste—. Estar rodeada de muerte todo el tiempo.

—No lo veo así —explico, moviendo mi alfil—. Veo mi trabajo como dar voz a quienes ya no pueden hablar. Como buscar justicia para ellos.

Bianca me mira con una nueva apreciación.

—Eso es... hermoso, en realidad —dice—. Nunca lo había pensado así.

Nos sumimos en otro silencio cómodo, concentradas en el juego. Esta vez duro un poco más antes de que ella me acorrale de nuevo.

—Otra victoria para la casa Ricci —declara, derribando mi rey con un toque teatral.

—Algún día te ganaré —prometo—. Solo necesito más práctica.

—O un milagro —bromea—. Pero ahora, ¿qué te parece si pasamos a la parte física de nuestra sesión? Mis piernas necesitan ejercicio.

Asiento, agradecida por el cambio de actividad. El ajedrez me recuerda demasiado a Matteo, a cómo habla Bianca de él. Y ya tengo suficientes pensamientos sobre su hermano sin necesidad de más asociaciones.

—Bien —digo, adoptando mi tono profesional—. Empecemos con los estiramientos básicos y luego pasaremos a los ejercicios de resistencia.

Durante los siguientes minutos trabajamos en la rehabilitación de Bianca. Sus progresos son notables. El movimiento en su pie derecho es más fluido, más controlado. Incluso detectó cierta sensibilidad en el izquierdo la semana pasada, un desarrollo prometedor.

—Estás haciendo un trabajo increíble —le digo, genuinamente orgullosa—. Tu determinación es admirable.

—Tengo una buena motivación —responde, sonriendo mientras intenta flexionar el pie siguiendo mis instrucciones—. Quiero bailar en mi boda algún día.

—¿Boda? —pregunto, sorprendida—. No sabía que tenías novio.

Bianca ríe, un sonido cristalino que llena la biblioteca.

—No lo tengo —aclara—. Pero algún día lo tendré. Y cuando ese día llegue, quiero poder bailar el vals con él. Y con mi hermano.

Hay tanta esperanza en su voz, tanta fe en un futuro mejor, que siento un nudo en la garganta. Esta mujer ha pasado por tanto, y sin embargo, sigue soñando. Sigue creyendo.

—Lo harás —le aseguro, y por primera vez desde que empecé a trabajar con ella, realmente lo creo—. Con el tratamiento adecuado y tu determinación, bailarás en tu boda. Te lo prometo.

Es una promesa temeraria. Como médica, sé que no debería hacer este tipo de garantías. Las lesiones medulares son impredecibles, las recuperaciones

varían enormemente.

Pero en este momento, mirando a Bianca, viendo la luz en sus ojos, no puedo evitarlo. Quiero que sea verdad. Necesito que sea verdad.

Y es entonces cuando me doy cuenta de algo aterrador: ya no estoy fingiendo. Ya no estoy interpretando un papel. Me importa Bianca. Genuinamente. Profundamente.

Lo que significa que estoy más jodida de lo que pensaba.

Porque cuando Renzo me ordenó espiar a los Ricci, no mencionó nada sobre encariñarme con ellos. Sobre querer ayudarlos. Sobre sentir esta lealtad dividida que me está desgarrando por dentro.

Y definitivamente no mencionó nada sobre besar al enemigo y disfrutarlo.

¿En qué demonios me he metido?

CAPÍTULO 17

MATTEO

—Los territorios del sur están asegurados, Don Ricci. La disputa con los Moretti se ha resuelto a nuestro favor.

Asiento mecánicamente mientras Vittorio, mi consigliere para el sur de Boston, continúa su informe. La sala de juntas está llena: mis cinco capitanes, sus respectivos lugartenientes, y Carlo, mi mano derecha, de pie junto a la puerta. Todos vestidos impecablemente. Todos con esa mezcla de respeto y miedo en los ojos cuando me miran.

Como debe ser.

—¿Y las pérdidas? —pregunto, pasándome el pulgar por el labio inferior sin pensar.

El labio que ella mordió anoche. Aún puedo sentir la marca, aunque el espejo me ha confirmado esta mañana que no hay señal visible. Es un fantasma de sensación. Como todo lo relacionado con ella.

—Mínimas, señor —responde Vittorio—. Dos hombres heridos, ninguno de gravedad. Los Moretti perdieron a cinco. Su capitán incluido.

Vuelvo a asentir, obligándome a concentrarme. Esta reunión trimestral es crucial. Todos mis territorios, todos mis negocios, revisados meticulosamente. No puedo permitirme distracciones.

Y sin embargo...

Mi mano se mueve casi por voluntad propia hacia el iPad que descansa junto a mis documentos. Un toque discreto y la pantalla se ilumina, mostrando la imagen de la cámara de seguridad de la habitación azul.

Ahí está ella. Sofia. Tumbada boca abajo en la cama, examinando la ornamentada cabecera como si buscara un punto débil. El ángulo de la cámara es perfecto —o terrible, dependiendo de cómo lo mire— para apreciar la

curva de su trasero bajo la tela de los pantalones que llevaba ayer. Sus piernas cruzadas en el aire, balanceándose distraídamente mientras estudia su entorno.

Un calor familiar se extiende por mi bajo vientre. Maldita sea. Parezco un adolescente, excitándome con la simple visión de una mujer completamente vestida.

—¿Don Ricci?

Levanto la mirada, encontrándome con los ojos expectantes de Vittorio. Mierda. Me ha hecho una pregunta y no tengo ni idea de cuál era.

—Repite eso, Vittorio —ordeno, manteniendo mi voz deliberadamente neutra—. Quiero asegurarme de que lo he entendido correctamente.

Es una vieja táctica. Nunca admitas que no estabas prestando atención. Haz que parezca que estabas evaluando cuidadosamente sus palabras.

—Por supuesto, Don —responde, sin atreverse a mostrar sorpresa—. Preguntaba si deberíamos proceder con la adquisición del puerto sur, ahora que los Moretti ya no son un obstáculo.

—Todavía no —decido, agradecido de que mi cerebro haya vuelto a funcionar—. Dejemos que el polvo se asiente. Que parezca que nos contentamos con el territorio actual. En dos meses, cuando bajen la guardia, entonces moveremos ficha.

Murmullos de aprobación recorren la mesa. A estos hombres les gusta mi forma de pensar. Calculada. Paciente. Letal.

Si supieran que apenas puedo concentrarme porque no dejo de pensar en una mujer...

—Pasemos al siguiente punto —digo, cerrando la carpeta de Vittorio—. ¿Cómo va la operación en Nueva York?

Mientras Donato, mi capitán para las operaciones externas, comienza su informe, mis ojos vuelven a desviarse hacia el iPad. Sofia ha cambiado de posición. Ahora está sentada en el borde de la cama, mirando por la ventana.

Puedo ver su perfil, la línea elegante de su cuello, la forma en que un mechón de pelo cae sobre su frente.

¿En qué estará pensando? ¿Estará planeando su escape? ¿Estará recordando nuestro beso?

Vuelvo a tocarme el labio inconscientemente.

—Las propiedades en Manhattan están aseguradas —dice Donato—. El contacto en la inmobiliaria ha sido... persuadido para aceptar nuestra oferta. Los Caballero aún no han notado nuestra presencia, o al menos no han reaccionado.

Los Caballero. El apellido me devuelve momentáneamente a la realidad. Mi investigación. Mi venganza. La razón por la que empecé a expandirme hacia Nueva York en primer lugar.

Alguien en la organización Caballero ayudó a mi madre a desaparecer después de lo que hizo. Alguien le dio refugio, dinero, una nueva identidad. Y voy a descubrir quién fue, aunque tenga que derribar todo su imperio piedra por piedra.

—Bien —respondo—. Mantén un perfil bajo. Nada que pueda alertarlos. Quiero estar completamente establecidos antes de que sepan lo que está ocurriendo.

Donato asiente, complacido por mi aprobación. Es un buen soldado. Leal. Eficiente.

La reunión continúa. Informes sobre nuestras operaciones legítimas. Los clubes nocturnos. Los restaurantes. Las empresas de importación. Los números son buenos. Muy buenos. Mi padre estaría orgulloso.

Y aun así, no puedo evitar que mi atención se desvíe una y otra vez hacia el iPad. Hacia ella.

En un momento dado, Sofia se levanta y comienza a hacer estiramientos. Flexiones de piernas. Rotaciones de hombros. Movimientos que estiran su

cuerpo de formas que hacen que mi imaginación se dispare.

¿Cómo se sentiría ese cuerpo bajo el mío? ¿Cómo sonaría su voz al gemir mi nombre? ¿Seguiría desafiándome incluso mientras la llevara al límite?

Joder. Necesito controlarme.

—Don Ricci, ¿está de acuerdo con la propuesta de expansión para el casino?

La voz de Vincenzo, mi capitán para las operaciones de juego, me saca de mis pensamientos. Todos me miran, esperando mi respuesta a una pregunta que no he escuchado.

Esta vez no puedo fingir. No tengo contexto.

—Déjame ver los números otra vez —digo, extendiendo la mano hacia la carpeta que Vincenzo sostiene.

Mientras reviso las cifras, intentando concentrarme, noto que Carlo me observa con una expresión que no logro descifrar. Él me conoce mejor que nadie en esta habitación. Probablemente ha notado mi distracción.

Le lanzo una mirada que promete explicaciones más tarde y vuelvo a los documentos. Los números son sólidos. La propuesta es sensata.

—Aprobado —digo finalmente—. Pero quiero actualizaciones semanales sobre el progreso.

Vincenzo asiente, visiblemente aliviado. Probablemente esperaba un interrogatorio más exhaustivo. Normalmente lo habría hecho. Normalmente habría cuestionado cada detalle, cada proyección, cada variable.

Pero hoy no puedo concentrarme. No con ella ocupando cada rincón de mi mente.

La reunión se extiende durante otra hora. Informes. Propuestas. Decisiones. Voy pilotando automático, dividiendo mi atención entre los negocios y el iPad, donde Sofia sigue moviéndose por la habitación como un animal enjaulado.

Y entonces ocurre algo que me hace enderezarme en mi silla.

La puerta de la habitación azul se abre. Y quien entra no es ninguno de mis hombres. Es Bianca.

Mi hermana. En su silla de ruedas. Con un juego de llaves en la mano y una sonrisa cómplice en el rostro.

—¿Qué cojones...? —murmuro, olvidando por un momento dónde estoy.

Varios pares de ojos se vuelven hacia mí, sorprendidos por mi exabrupto. No suelo perder la compostura. Nunca en las reuniones.

—Disculpad —digo, recuperando mi tono neutro—. Acabo de recordar un asunto urgente que requiere mi atención inmediata. Carlo, continúa con la reunión. Tenéis mi confianza para las decisiones pendientes.

Antes de que nadie pueda protestar, me levanto y salgo de la sala, llevándome el iPad conmigo. En cuanto estoy en el pasillo, miro de nuevo la pantalla.

Sofia y Bianca están hablando. Mi hermana le muestra algo. Un papel. Y por la expresión de ambas, está claro lo que está ocurriendo.

Bianca está ayudando a Sofia a escapar.

Mi propia hermana. Traicionándome.

Una oleada de furia me recorre, seguida inmediatamente por algo más primitivo. Más visceral. La idea de perder a Sofia, de que se escape, de no volver a verla...

No. No voy a permitirlo.

Camino a grandes zancadas hacia el ascensor, la sangre rugiendo en mis oídos. En mi mente ya estoy calculando el tiempo que tardaré en llegar a la mansión. Demasiado. Demasiado tiempo para que ellas ejecuten cualquier plan de escape que Bianca haya ideado.

El ascensor llega al garaje. Camino hacia mi Maserati, las llaves ya en la mano. Cada segundo cuenta. Cada momento que pasa es una oportunidad para que Sofia desaparezca de mi vida.

La idea me provoca un dolor físico que me sorprende por su intensidad.

Arranco el coche con un rugido del motor y salgo disparado del garaje, haciendo chirriar los neumáticos. La adrenalina corre por mis venas, agudizando mis sentidos. El tráfico de Boston se convierte en un obstáculo que sorteo con precisión milimétrica, ignorando semáforos, adelantando por la derecha, conduciendo como el demonio que muchos creen que soy.

A mitad de camino, el iPad que descansa en el asiento del copiloto capta mi atención. La cámara ya no muestra la habitación azul, sino el sistema de vigilancia general de la mansión. Cambio las vistas frenéticamente, buscándolas.

Y entonces las veo.

No está huyendo. No están ni siquiera cerca de las salidas.

Están en la biblioteca. Jugando al ajedrez. Como si nada. Como si una no fuera mi prisionera y la otra no estuviera cometiendo una traición.

La escena es tan surrealista que por un momento dudo de lo que estoy viendo. Sofia está sentada frente a Bianca, estudiando el tablero con el ceño fruncido. Mi hermana sonríe, claramente ganando la partida. Parecen... amigas. Cómodas la una con la otra. Felices.

Una parte de mí —una parte que intento ignorar— se conmueve ante la imagen. Bianca riendo. Sofia haciendo un gesto dramático al mover una pieza. La naturalidad entre ellas.

Pero otra parte, la dominante, la que ha sobrevivido en este mundo brutal, arde de furia. De traición. De miedo.

Porque si Sofia ha conseguido ganarse a Bianca tan completamente, ¿qué más podría lograr? ¿Qué secretos podría extraer de mi confiada hermana? ¿Qué daño podría causar?

Y, más perturbador aún, ¿qué pasaría si decide marcharse? ¿Si desaparece de mi vida tan abruptamente como entró en ella?

El pensamiento me hace pisar aún más fuerte el acelerador. El Maserati ruge, respondiendo a mi urgencia, devorando el asfalto mientras me dirijo a toda velocidad hacia la mansión.

Hacia ella.

No voy a perderla. No voy a dejar que se escape.

Sofia es mía. Aunque aún no lo sepa.

Y cuando llegue a casa, ambas —mi hermana y mi prisionera— aprenderán exactamente lo que significa desafiar a Matteo Ricci.

CAPÍTULO 18

SOFIA

Mi mente vuela mientras realizamos los ejercicios de rehabilitación.

Y no al lugar donde me gustaría que fuese.

El recuerdo del beso que Matteo y yo compartimos ayer envía un escalofrío por mi columna. Han pasado casi veinticuatro horas y todavía puedo sentir la presión de sus labios, el calor de sus manos, la forma en que todo mi cuerpo respondió a su contacto como si hubiera estado esperándolo toda mi vida.

—Estás sonrojada —observa Bianca, con una mirada demasiado perspicaz —. ¿En qué estás pensando?

—En nada —respondo demasiado rápido—. Solo... hace calor aquí.

Bianca arquea una ceja, claramente no convencida, pero antes de que pueda insistir, un estruendo nos sobresalta a ambas. El sonido inconfundible de una puerta principal abriéndose con fuerza. Pasos furiosos. Una voz que hace que mi pulso se acelere.

—¡BIANCA! ¡SOFIA!

Mierda. Matteo ha vuelto. Y suena como si quisiera arrancarle la cabeza a alguien. Probablemente a mí.

Intercambio una mirada con Bianca, que parece sorprendentemente tranquila.

—No te preocupes —me dice, apretando mi mano brevemente—. Déjame hablar a mí. Mi hermano ladra mucho, pero rara vez muerde.

Quiero decirle que eso no es cierto, que su hermano no solo muerde, sino que devora entero. Que anoche casi me consumió con un solo beso. Pero, por supuesto, no puedo decirle eso.

La puerta de la biblioteca se abre de golpe, revelando a un Matteo que parece la personificación de la furia contenida. Traje impecable, como siempre,

pero con la corbata aflojada y el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él repetidamente. Sus ojos azules arden con una intensidad que me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con el miedo.

Está guapísimo. Y peligroso. Una combinación que, para mi absoluta consternación, hace que algo primitivo se despierte en mi interior.

—¿Qué cojones creéis que estáis haciendo? —pregunta, su voz engañosamente suave.

Bianca, valiente como solo ella puede ser, responde con una sonrisa desafiante:

—Mis ejercicios de rehabilitación. Sofia es la mejor médica que he tenido nunca.

La mirada que Matteo le lanza a su hermana podría haber derretido acero. Luego, esos ojos azules se clavan en mí, recorriéndome de arriba abajo como si buscara signos de que estoy tramando algo.

El escrutinio debería incomodarme. Debería enfadarme. En cambio, siento un calor inesperado extenderse por mi vientre. Hay algo en su furia apenas contenida, en la forma en que sus puños se cierran y se abren a sus costados, que me resulta absurdamente atractivo.

—¿Te estás riendo de mí? —me pregunta directamente, dando un paso hacia nosotras—. ¿Crees que esto es un juego?

Quiero responder. Quiero enfrentarme a él como hice anoche. Pero por una vez, me encuentro sin palabras. No por miedo, sino porque estoy demasiado ocupada luchando contra el impulso traicionero de acercarme a él, de provocar deliberadamente esa furia para ver hasta dónde llega.

¿Qué demonios me pasa? Este hombre es peligroso. Es mi captor. Es el enemigo.

Y sin embargo, una parte de mí —una parte que nunca antes había reconocido— se siente inexplicablemente atraída por ese peligro. Por esa

intensidad. Por ese fuego apenas contenido que arde en sus ojos azules.

Es perturbador. Es confuso. Y es absolutamente emocionante.

MATTEO

Entro en la biblioteca y la escena que encuentro hace que mi sangre hierva. Ahí están, sentadas tranquilamente haciendo los ejercicios, como si no estuvieran cometiendo una traición flagrante. Como si Bianca no hubiera desobedecido mis órdenes directas. Como si Sofia no fuera una posible amenaza para todo lo que me importa.

—¿Qué cojones creéis que estáis haciendo? —pregunto, manteniendo mi voz engañosamente calmada mientras cierro la puerta tras de mí.

La respuesta de Bianca, despreocupada y desafiante, solo alimenta mi furia.

—Mis ejercicios de rehabilitación. Sofia es la mejor médica que he tenido nunca.

La miro, incrédulo. ¿Es que no entiende la gravedad de la situación? ¿No ve que esta mujer podría estar manipulándola? ¿Utilizándola para llegar a mí? ¿Para descubrir todos nuestros secretos?

Luego miro a Sofia. Está sentada muy recta, la barbilla ligeramente alzada en ese gesto desafiante que ya reconozco, pero hay algo nuevo en sus ojos. ¿Deseo? No. Es imposible.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunto directamente, acercándome a ellas —. ¿Crees que esto es un juego?

Veo cómo traga saliva, cómo sus ojos color ámbar se oscurecen. No responde. Inusual en ella, que siempre tiene una réplica mordaz lista.

—Matteo, estás exagerando —interviene Bianca—. Sofia no ha intentado escapar. Podría haberlo hecho, pero decidió quedarse. Porque es mi amiga.

La incredulidad me deja momentáneamente sin palabras.

—¿Has perdido completamente el juicio? ¿Qué sabes realmente de ella, Bianca? ¿Cuál es su apellido? ¿Quién es su familia? ¿Por qué está en Boston?

—Sé que me ha ayudado más en un mes que todos tus médicos en años —responde Bianca, su voz endureciéndose—. Sé que arriesgó su vida por mí ayer. Y sé que es una buena persona.

—Una buena persona —repito, con una risa seca—. ¿Sabes cuántas «buenas personas» han intentado destruirnos, Bianca? ¿Cuántas han intentado acercarse a ti para llegar a mí?

—No todos son como ella, Matteo —dice Bianca, y ambos sabemos a quién se refiere.

Nuestra madre. La herida que nunca cicatriza.

—Esto se ha terminado —declaro, pasándome una mano por el pelo—. Voy a cambiar cada maldita cerradura de esta casa. Y tú —me dirijo a Sofia, que no ha dicho una palabra—, vas a volver a tu habitación. Ahora. Y no saldrás de allí hasta que yo lo diga.

—No puedes hacer eso —protesta Bianca—. No es justo. Sofia me está ayudando. Gracias a ella puedo mover el pie derecho, Matteo. ¿No lo entiendes? Está funcionando.

—Encontraré otro médico —respondo, aunque una parte de mí sabe que estoy siendo irracional. Si Sofia realmente ha conseguido ese progreso...

—No quiero otro médico —insiste Bianca, su voz subiendo de volumen—. Quiero a Sofia. Confío en ella. ¿Por qué no puedes...?

No termina la frase. En un movimiento que me deja helado, Bianca se inclina demasiado hacia un lado y se cae de la silla de ruedas, aterrizando con un golpe sordo en el suelo.

—¡Bianca! —El grito sale simultáneamente de mi garganta y de la de Sofia.

Me lanzo hacia mi hermana, pero Sofia es más rápida. En un instante está arrodillada junto a Bianca, sus manos moviéndose con precisión profesional,

comprobando su pulso, sus pupilas, asegurándose de que no se ha golpeado la cabeza.

—Estoy bien —murmura Bianca, aunque su rostro está pálido—. Solo me he caído.

—No te muevas —ordena Sofia, y hay tal autoridad en su voz que incluso yo me quedo quieto—. Podría haber una lesión cervical.

La observo trabajar, arrodillado al otro lado de Bianca. Las manos de Sofia son firmes, seguras, mientras examina meticulosamente a mi hermana. No hay pánico en sus movimientos. Solo competencia profesional y... algo más. Preocupación genuina. Sus ojos están llenos de ella.

—No parece haber nada roto —dice finalmente, exhalando un suspiro de alivio—. Pero mañana tendrás unos buenos moratones. ¿Te duele algo?

—Solo mi orgullo —responde Bianca con una sonrisa débil—. Y mi cadera, un poco.

Entre los dos, con infinito cuidado, devolvemos a Bianca a su silla. Y es entonces cuando noto algo extraño. Sofia no ha intentado aprovechar la confusión para escapar. No ha dudado ni un segundo en ayudar a Bianca. Se ha centrado completamente en mi hermana.

La revelación me golpea con fuerza. Esta mujer, esta posible espía, esta amenaza potencial... realmente se preocupa por Bianca.

La certeza se asienta en mis entrañas como una piedra. No es fingido. No es una estrategia. La preocupación en sus ojos, la gentileza de sus manos, la forma en que ahora mismo está comprobando discretamente los signos vitales de Bianca mientras le habla en voz baja y tranquilizadora... todo es real.

Y eso me aterra más que cualquier amenaza física.

Porque si Sofia realmente se preocupa por Bianca, si realmente es la persona que mi hermana cree que es... entonces he estado equivocado. Y yo nunca estoy equivocado. No puedo permitírmelo.

—Por favor, Matteo —la voz de Bianca interrumpe mis pensamientos—. No la encierres otra vez. Déjala quedarse, al menos en la casa. Déjala seguir ayudándome.

Miro a mi hermana, luego a Sofia. Ella me devuelve la mirada, desafiante, pero con algo nuevo en sus ojos. ¿Esperanza? ¿Súplica?

Una parte de mí —la parte racional, la parte que ha mantenido viva a mi familia durante años— grita que es una locura. Que no puedo confiar en esta mujer. Que apareció demasiado convenientemente en nuestras vidas.

Pero otra parte, una parte que creía muerta hace mucho tiempo, susurra que tal vez, solo tal vez, Bianca tiene razón.

—Si hago esto —digo finalmente, mi voz más ronca de lo que esperaba—, hay condiciones.

Bianca se ilumina instantáneamente. Sofia mantiene su expresión neutral, pero veo un destello de sorpresa en sus ojos.

—Primera: no sales de esta casa sin mi permiso explícito —continúo, mirando directamente a Sofia—. Segunda: no hablas con nadie del exterior. Tercera: sigues siendo mi prisionera hasta que esté completamente seguro de que no eres una amenaza.

—¿Y cuándo será eso? —pregunta Sofia, desafiante.

—Cuando yo lo diga —respondo secamente—. Y te advierto, pequeña espía, que si descubro que esto es un juego, que estás utilizando a mi hermana para algún propósito oscuro, no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí. No hay perdón para los que me traicionan.

Un silencio tenso cae sobre la habitación. Sofia me sostiene la mirada, sin amedrentarse.

—No soy una espía —dice finalmente—. Y no estoy utilizando a Bianca.

—Eso está por verse —respondo—. Mientras tanto, puedes moverte por la casa. Ayudar a mi hermana. Pero recuerda que te estaré vigilando. Cada.

Maldito. Segundo.

—Como si pudiera olvidarlo —murmura, y hay un destello de ese fuego que tanto me intriga en sus ojos.

Bianca nos mira a ambos, una sonrisa extraña formándose en sus labios.

—Bueno —dice, con un tono demasiado alegre—, ahora que hemos resuelto eso, ¿qué os parece si comemos? Me muero de hambre.

La miro, entornando los ojos. Conozco esa expresión. Es la misma que ponía de niña cuando conseguía salirse con la suya. Y de repente, una sospecha se forma en mi mente.

—Bianca —digo lentamente—, ¿te has tirado de la silla a propósito?

Su expresión inocente es respuesta suficiente.

—No sé de qué me hablas —responde, girando su silla hacia la puerta—. Sofia, ¿me acompañas a la cocina? Creo que María ha preparado lasaña.

Mientras las veo salir —Sofia lanzándome una última mirada indescifrable por encima del hombro—, me quedo solo con la incómoda sensación de que acabo de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Y lo más perturbador es que no estoy seguro de lamentarlo.

CAPÍTULO 19

MATTEO

—No hay nada, señor.

Carlo está de pie frente a mi escritorio, con una expresión que oscila entre la frustración y la preocupación. Lleva tres días investigando a Sofia y los resultados son... desconcertantes.

—Eso es imposible —respondo, pasándome una mano por el pelo—. Tiene que haber algo.

—He revisado todo dos veces —insiste, colocando una carpeta sobre mi escritorio—. Sofia Thompson. Treinta años. Médica forense graduada en Columbia. Sin antecedentes. Sin conexiones sospechosas. Una profesional respetada con una carrera impecable.

Abro la carpeta y examino los documentos. Expediente académico brillante. Referencias impecables. Historial laboral intachable. Todo demasiado perfecto. Demasiado limpio.

—¿Thompson? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Estás seguro de que ese es su apellido?

—Según todos los registros oficiales, sí.

Algo no encaja. La mujer que desafía mi autoridad a cada oportunidad, que me mordió el labio hasta hacerme sangrar, que protegió a mi hermana con su propio cuerpo... ¿una simple médica sin conexiones? ¿Sin secretos? Imposible.

Si fuese así estaría mucho más escandalizada por estar secuestrada.

No me cuadra.

—¿Y su pasantía en Boston? ¿Cómo la consiguió?

—Por méritos propios, aparentemente —responde Carlo—. El director del hospital habla maravillas de ella. Dice que la contrató personalmente después de revisar su historial.

Cierro la carpeta con más fuerza de la necesaria. Esto no tiene sentido. Las coincidencias no existen en mi mundo. Que apareciera en Nueva York justo cuando empezaba mis movimientos allí. Que luego apareciera en Boston, cerca de Bianca. Tiene que haber algo más.

Y sin embargo, una parte de mí —una parte traicionera y estúpida— siente alivio. Como si quisiera creer que Sofia es exactamente quien dice ser. Una médica brillante que simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Ridículo.

—Contacta con Russo de Nueva York —ordeno, levantándome—. Quiero que investigue personalmente sobre ella allí. Tiene que haber algo. No tiene sentido que estuviera en Nueva York también solo por casualidad. Tiene que tener alguna conexión allí.

Carlo asiente, sin cuestionar mis órdenes a pesar de lo excesivas que puedan parecer.

—¿Y mientras tanto? —pregunta.

Buena pregunta. ¿Qué hago con Sofia mientras espero respuestas más concretas? Ya lleva tres días moviéndose libremente por la casa. Tres días trabajando con Bianca. Tres días integrándose en nuestra rutina como si perteneciera aquí.

Como si fuera parte de mi vida.

—Mantén la vigilancia —respondo finalmente—. Que no salga de la propiedad. Que no hable con nadie del exterior.

—¿Y si intenta hacerlo?

—Detenla. Pero con discreción —añado, recordando cómo reaccionaría Bianca si tratáramos a Sofia con brusquedad—. No quiero que mi hermana se altere.

Ni yo quiero tener que arrancar la cabeza a uno de mis hombres porque se les ocurra tocarla.

Alessandro asiente y se retira, dejándome solo con mis pensamientos. Con mi frustración. Con esta sensación inquietante de que estoy pasando algo por alto.

Me acerco a la ventana de mi despacho, observando el jardín donde Sofia y Bianca están realizando ejercicios de rehabilitación. Desde aquí puedo ver cómo mi hermana intenta mover el pie siguiendo las instrucciones de Sofia. Puedo ver la concentración en el rostro de ambas. La sonrisa de Bianca cuando logra un movimiento particularmente difícil. La expresión de orgullo en Sofia.

Parece tan... genuino.

Y eso es lo que más me inquieta. Porque si Sofia realmente es quien dice ser, si realmente se preocupa por Bianca, si realmente no tiene ninguna agenda oculta... entonces la he secuestrado sin motivo. La he mantenido prisionera injustamente. La he tratado como a una enemiga cuando quizás solo sea una mujer extraordinaria que tuvo la mala suerte de cruzarse en mi camino.

La culpa no es una emoción con la que esté familiarizado. No me gusta.

Aparto la mirada de la ventana y vuelvo a mi escritorio. Tengo trabajo que hacer. Un imperio que dirigir. No puedo seguir obsesionándome con una mujer que probablemente solo sea una distracción.

Una distracción peligrosa.

Pero mientras abro mi ordenador y trato de concentrarme en los informes financieros, mi mente sigue volviendo a ella. A sus ojos desafiantes. A su sonrisa sarcástica. A la forma en que su cuerpo encajó perfectamente contra el mío cuando la besé.

Pequeña espía. Mi pequeña espía.

Sea quien sea realmente, una cosa es cierta: Sofia Thompson —si ese es su verdadero nombre— se ha convertido en un enigma que no puedo resolver. Y no hay nada que odie más que un puzzle incompleto.

SOFIA

—Te he echado de menos, maldita sea —la voz de Renzo suena distorsionada a través del teléfono antiguo que he encontrado en la biblioteca—. Empezaba a preocuparme.

—Lo siento —respondo, manteniendo la voz baja mientras vigilo la puerta —. Ha sido... complicado conseguir un momento a solas para llamar.

He pasado tres días buscando la manera de contactar con Renzo sin que me descubran. Tres días estudiando los patrones de vigilancia de la mansión, los horarios del personal, los momentos en que Matteo está ocupado. Y finalmente, mientras él está encerrado en su despacho y Bianca descansa en su habitación, he encontrado mi oportunidad.

—¿Estás bien? —pregunta Renzo, la preocupación evidente en su voz—. ¿Te ha descubierto? ¿Te han hecho daño? ¿Por qué llevas tantos días sin contactar conmigo?

—Estoy bien —le aseguro, y me sorprende darme cuenta de que es verdad. Obvio su última pregunta porque no quiero darle explicaciones—. Nadie me ha hecho daño.

No le cuento sobre el secuestro. Ni sobre el beso. Ni sobre el hecho de que ahora vivo en la mansión Ricci como una especie de invitada-prisionera. Hay cosas que es mejor que no sepa.

—Menos mal —suspira Renzo—. Valentina me habría cortado las pelotas si algo te hubiera pasado. Eres su mejor amiga y me habría culpado a mí por enviarte a esta misión.

La mención de Valentina me provoca una punzada de culpa. No he pensado mucho en ella estos días. Ni en Katia. Ni en mi padre. He estado demasiado absorta en... todo esto.

—¿Cómo va la investigación? —pregunta Renzo, trayéndome de vuelta a la realidad—. ¿Has descubierto por qué Ricci está interesado en Nueva York?

Mierda. La misión. Mi verdadero propósito aquí. Lo he estado relegando a un segundo plano, distraída por Bianca, por la rehabilitación, por... Matteo.

—Estoy en ello —respondo vagamente—. Todavía estoy ganándome su confianza. Es un proceso lento.

—¿Dónde estás ahora? —insiste—. ¿Sigues en el hospital?

—Sí —evado la pregunta—. Escucha, no puedo hablar mucho. Te llamaré cuando tenga algo concreto.

—Sofia, si estás en problemas... —la voz de Renzo se endurece.

—No estoy en problemas —le interrumpo—. Solo necesito más tiempo. Confía en mí, ¿vale?

Hay un largo silencio al otro lado de la línea. Finalmente, Renzo suspira.

—Ten cuidado —dice—. Matteo Ricci no es como los demás mafiosos que conoces. Es calculador, metódico y absolutamente despiadado con sus enemigos.

—Lo sé —respondo, pensando en esos ojos azules que pueden pasar del hielo al fuego en un instante—. Créeme, lo sé.

Cuelgo antes de que pueda hacerme más preguntas. Antes de que la culpa me haga confesar que estoy viviendo bajo el mismo techo que mi objetivo. Que he besado a mi objetivo. Que una parte de mí, una parte que crece cada día, está empezando a ver a Matteo Ricci como algo más que un objetivo.

Dejo el teléfono en su lugar y salgo de la biblioteca, asegurándome de que nadie me vea. Mi corazón late acelerado, no solo por el riesgo de ser

descubierta, sino por lo que acabo de hacer. O mejor dicho, por lo que no he hecho.

No le he contado toda la verdad a Renzo. He ocultado información crucial a mi jefe. A la persona que confió en mí para esta misión.

¿Por qué?

La pregunta me persigue durante el resto del día, mientras trabajo con Bianca, mientras ceno, mientras me preparo para dormir. ¿Por qué no le dije a Renzo dónde estoy realmente? ¿Por qué no le pedí ayuda para escapar? ¿Por qué parece que estoy protegiendo a los Ricci?

¿A quién soy leal ahora?

No puedo dormir. He dado vueltas en la cama durante horas, mi mente es un torbellino de preguntas sin respuesta, de lealtades divididas, de deseos contradictorios.

Finalmente me rindo. Necesito aire. Espacio. Algo que me ayude a aclarar mis pensamientos.

Salgo de mi habitación —ya no cerrada con llave, un pequeño privilegio que he ganado— y me dirijo hacia la cocina. Quizás un vaso de leche caliente, o un té, o cualquier cosa que no sea estar sola con mis pensamientos me ayude.

La mansión está en silencio a esta hora. Son casi las tres de la madrugada. Solo las luces de seguridad iluminan tenuemente los pasillos. Mis pasos descalzos no hacen ruido sobre el mármol pulido.

Cuando llego a la cocina, me detengo en seco. No estoy sola.

Matteo está allí, sentado en la isla central, con un vaso de whisky en la mano. Lleva solo unos pantalones de pijama y una camiseta blanca que se ajusta a su torso de una manera que hace que mi boca se seque al segundo. Tiene un

cuerpo musculoso que es absolutamente perfecto. Su pelo está despeinado, como si también hubiera estado dando vueltas en la cama.

Nunca lo había visto así. Tan... informal. Tan humano.

Dios mío. Este hombre va a ser mi perdición.

Por un momento considero dar media vuelta y volver a mi habitación. Pero es demasiado tarde. Ya me ha visto.

—Vaya, vaya —dice, su voz un rumor grave en la penumbra—. Mi pequeña espía nocturna.

Hay algo en la forma en que dice «mi pequeña espía» que envía un escalofrío por mi columna. Como si realmente fuera suya. Como si le perteneciera.

Su puñetero apodo no debería afectarme lo más mínimo, y mucho menos debería excitarme.

—No podía dormir —respondo, obligándome a entrar en la cocina como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

—¿Vienes a envenenar la comida? —pregunta, sorprendiéndome por su tono juguetón.

—Pillada. —Me sorprendo a mí misma devolviéndole la broma.

Una sonrisa lenta, casi depredadora, se extiende por su rostro.

—¿Lo harías? —pregunta, dando un sorbo a su whisky—. ¿Envenenarías la comida?

—Si supiera que solo la tomarías tú... —respondo, dejando la frase en el aire mientras me dirijo hacia la nevera—. Pero me caen bien el resto de personas de esta casa, así que estáis a salvo.

Su risa, profunda y genuina, me toma por sorpresa. Es un sonido que no había escuchado antes. Cálido. Real. Hace que algo se agite en mi interior.

—Eres honesta, al menos —dice, observándome mientras saco la leche—. Es refrescante.

—¿Te sorprende? —pregunto, buscando el cacao en los armarios—. ¿Creías que todas las «espías» éramos mentirosas compulsivas?

—Las espías, las mujeres... —responde con un encogimiento de hombros —. En mi experiencia, rara vez dicen la verdad.

Hay algo en su tono, una amargura subyacente, que me hace detenerme y mirarlo realmente. Hay sombras bajo sus ojos. Tensión en sus hombros. Este no es el Matteo Ricci controlado y frío que he conocido hasta ahora. Este es un hombre cansado. Un hombre con sus propios demonios.

—Algunas mentimos mejor que otras —digo finalmente, volviendo a mi tarea—. ¿Quieres un cacao? A mí siempre me ayuda a dormir.

Parece sorprendido por la oferta. Como si no esperara ningún gesto amable de mi parte.

—¿Lo vas a envenenar? —pregunta, pero hay humor en su voz.

—Solo un poco —respondo con una sonrisa—. Justo lo suficiente para darte diarrea mañana.

Vuelve a reír, y de nuevo ese sonido me provoca algo extraño en el pecho. Como si hubiera ganado un premio por hacerle reír dos veces en una noche.

—En ese caso, sí —dice, dejando su vaso de whisky vacío sobre la isla—. Me arriesgaré.

Preparo dos tazas de cacao en silencio, consciente de su mirada sobre mí. De su presencia llenando la cocina. Del calor que emana de él incluso a distancia.

Cuando me acerco para entregarle su taza, se mueve más rápido de lo que esperaba. En un instante está de pie, acorralándome contra la encimera. Sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, atrapándome sin tocarme.

—¿Qué estás haciendo realmente aquí, Sofia? —pregunta, su voz un susurro íntimo—. ¿Quién eres?

Está tan cerca que puedo contar sus pestañas. Puedo ver las motas grises en sus ojos azules. Puedo oler su perfume mezclado con whisky y algo más primario, más masculino.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Mi respiración se vuelve superficial. Todo mi cuerpo se tensa, no de miedo, sino de anticipación.

—Ya te lo he dicho —respondo, mi voz más ronca de lo que pretendía—. Soy médica. Estoy aquí por Bianca.

—¿Solo por Bianca? —insiste, inclinándose un poco más, sus labios a centímetros de los míos—. ¿No hay nada más que quieras?

Hay tantas respuestas posibles a esa pregunta. Tantas verdades y mentiras entrelazadas que ni yo misma puedo desenredarlas.

Pero en este momento, con él tan cerca, con la noche envolviéndonos en su intimidad, solo hay una verdad que importa.

—Esto es una mala idea —murmuro, aunque no hago ningún intento de escapar.

—Lo sé —responde, sus ojos fijos en mis labios—. La peor.

El momento se estira, cargado de tensión, de posibilidades. Su respiración se mezcla con la mía. El calor entre nosotros es casi palpable. Solo tendría que inclinarme un poco, o él tendría que bajar un poco más la cabeza, y...

¿Qué estoy haciendo?

Me agacho y me escabullo por debajo de su brazo, poniendo distancia entre nosotros. Mi corazón late como si acabara de correr una maratón. Mis manos tiemblan ligeramente mientras recojo las tazas de cacao.

—Se va a enfriar —digo, tratando de sonar casual, como si no acabáramos de estar a punto de besarnos de nuevo.

Matteo me mira con una expresión indescifrable. Frustración, diversión, deseo... todo mezclado en esos ojos imposiblemente azules. Finalmente, acepta

la taza con un gesto de rendición.

Tomo un sorbo de mi cacao para ocultar mi turbación. El silencio cae entre nosotros, pero no es incómodo. Es expectante. Cargado de promesas no pronunciadas.

—¿Por qué no puedes dormir? —pregunto finalmente, cambiando de tema.

Matteo me estudia por un momento, como decidiendo cuánto revelar.

—Demasiados pensamientos —responde finalmente—. Demasiadas... incertidumbres.

—¿El gran Matteo Ricci admitiendo incertidumbres? —bromeo—. Debe de ser el fin del mundo.

—Quizás lo sea —dice, y hay algo en su mirada que me hace pensar que no está bromeando—. ¿Y tú? ¿Qué te mantiene despierta?

—Lo mismo —admito—. Demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —respondo con sinceridad—. Sobre...

Me detengo antes de decir «sobre ti». Pero por su expresión, creo que lo ha entendido.

Terminamos nuestro cacao en un silencio contemplativo. Es extraño, este momento de paz entre nosotros. Como si hubiéramos declarado una tregua tácita en nuestra guerra particular.

Cuando acabamos, recojo las tazas y las llevo al fregadero. Siento su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Gracias por el cacao —dice, levantándose—. Ha sido... sorprendentemente agradable.

—De nada —respondo, volviéndome hacia él—. Aunque sigo pensando que deberías preocuparte por esa diarrea de mañana.

Sonríe, y de nuevo ese gesto transforma su rostro, suavizando sus rasgos duros, haciéndolo parecer más joven, más accesible.

—Lo tendré en cuenta —dice, acercándose a la puerta—. Buenas noches, pequeña espía.

—Buenas noches, Matteo —respondo, y su nombre en mis labios suena demasiado íntimo, demasiado familiar.

Se detiene un momento, como si él también se hubiese dado cuenta. Pero finalmente solo asiente y sale, dejándome sola en la cocina con el eco de su voz llamándome «pequeña espía» y la sensación de que acabo de cruzar otra línea que no debería haber cruzado.

Una línea que me lleva cada vez más lejos de mi misión y más cerca de algo que no me atrevo a nombrar.

CAPÍTULO 20

SOFIA

—Esto es suyo, señorita.

Levanto la vista de la novela que estoy leyendo para encontrarme con una de las doncellas —María, creo que se llama— sosteniendo varias cajas y bolsas de tiendas que reconozco como algunas de las más exclusivas de Boston.

—No —respondo, frunciendo el ceño—. Debe de haber algún error. Serán para Bianca.

—El señor Ricci ordenó que se le entregaran a usted —insiste, colocando todo sobre la cama—. Dijo que necesitaría ropa adecuada para su estancia.

Me quedo mirando las cajas como si contuvieran serpientes venenosas. ¿Matteo comprándome ropa? ¿En qué universo paralelo me he despertado?

—Gracias —digo finalmente, sin saber qué más añadir.

María asiente y sale, dejándome a solas con el misterioso cargamento. Con cautela, como si pudieran explotar, abro una de las cajas.

Dentro hay un vestido de seda en un tono verde oscuro que, tengo que admitir, es absolutamente precioso. Y caro. Muy caro. El tipo de prenda que nunca me compraría con mi sueldo de médica real.

Abro otra caja. Pantalones. Perfectos para mi altura. Otra más. Blusas de diferentes estilos y colores. Todas elegantes. Todas de mi talla exacta.

La última bolsa contiene algo que me hace sonrojar. Lencería. Delicada, sofisticada y, de nuevo, de mi talla.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Cómo demonios sabe Matteo mi talla de sujetador? ¿Y por qué está comprándome ropa interior? ¿Qué clase de juego retorcido es este?

Dejo caer la prenda como si quemara y me alejo de la cama. Esto es... inquietante. Como si estuviera marcando territorio. Como si estuviera diciendo

«eres mía para vestir como yo quiera».

Y lo peor es que una parte de mí —una parte pequeña, traicionera y estúpida— se siente halagada. Excitada incluso.

¿Qué demonios me pasa?

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No voy a caer en su juego. No voy a ponerme la ropa que él ha elegido para mí como si fuera su muñeca.

Excepto que llevo cinco días con la misma ropa, lavándola y esperando que se seque para el día siguiente. Y estos pantalones de lino se verían genial con esa blusa azul...

—Mierda —murmuro, pasando los dedos por la tela suave de una camiseta —. Mierda, mierda, mierda.

Media hora después, me miro en el espejo con una mezcla de satisfacción y vergüenza. Los pantalones de lino negro me quedan como un guante. La blusa azul resalta el color de mis ojos. Y aunque me odie por admitirlo, el conjunto me sienta de maravilla.

Matteo tiene buen gusto. El muy cabrón.

La biblioteca se ha convertido en nuestro lugar favorito para las sesiones de rehabilitación. Bianca dice que la luz es perfecta, que el ambiente es estimulante, y que, si tiene que hacer ejercicios dolorosos, al menos quiere hacerlos rodeada de belleza.

No puedo culparla. La habitación es impresionante, con sus estanterías del suelo al techo llenas de volúmenes antiguos, sus ventanales que dan al jardín, y ese olor a papel y cuero que siempre me ha resultado reconfortante.

—Vamos, una más —la animo, sosteniendo su pierna mientras intenta flexionar el pie—. Estás haciéndolo genial.

Bianca gruñe, su rostro contraído por el esfuerzo y el dolor. Pero lo hace. Un movimiento pequeño pero controlado. Una victoria.

—¿Ves? —digo, sonriendo—. Cada día más fuerte.

—Cada día más dolorido —corrige ella, pero hay orgullo en su voz—. Eres una torturadora profesional, ¿lo sabías?

—Me lo dicen a menudo —respondo, guiñándole un ojo—. Es parte de mi encanto.

Estamos tan concentradas en los ejercicios que no notamos la puerta abrirse. Solo cuando una sombra cae sobre nosotras levanto la vista.

Matteo está ahí, apoyado contra una estantería, observándonos con una expresión indescifrable. Lleva un traje gris oscuro que parece haber sido cosido directamente sobre su cuerpo, una taza de café en una mano y una tablet en la otra. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Buenos días, hermano —saluda Bianca, como si fuera perfectamente normal que apareciera así, de la nada—. ¿Te unes a nosotras?

Espero que decline. Que diga que está ocupado. Que tiene un imperio criminal que dirigir o algo así.

Pero no. Para mi absoluta consternación, asiente y se dirige hacia la mesa cercana donde solemos jugar al ajedrez después de los ejercicios. Se sienta, coloca su café y su tablet, y comienza a revisar algo en la pantalla como si fuera lo más natural del mundo.

Como si no estuviera completamente alterando mi concentración con su mera presencia.

—Continuemos —digo, volviendo mi atención a Bianca, intentando ignorar al hombre a pocos metros de nosotras—. Ahora vamos a trabajar en la rotación del tobillo.

Pero es imposible ignorarlo. Soy dolorosamente consciente de cada movimiento suyo. Del sonido de sus dedos sobre la pantalla. Del aroma de su

café mezclado con su perfume. De la forma en que ocasionalmente levanta la vista para observarnos.

Para observarme.

Mi cuerpo reacciona a su presencia de manera traicionera. Mi pulso se acelera. Mi piel se eriza. Mi concentración se hace añicos.

—¿Sofia? —la voz de Bianca me devuelve a la realidad—. ¿Estás bien? Te has quedado como en trance.

—Sí, perdona —respondo, sacudiendo la cabeza—. Estaba pensando en... en el siguiente ejercicio.

Matteo emite un sonido que podría ser una risa contenida. No necesito mirarlo para saber que está sonriendo. El muy arrogante.

—Quería probar ese ejercicio nuevo —continúo, intentando recuperar el hilo—. El de... mierda, no recuerdo cómo se llama. Es ese donde... —Me paso una mano por el pelo, frustrada—. Necesito buscarlo en internet.

—Mi teléfono está en mi habitación —responde Bianca, mientras Mateo nos ignora completamente.

—Podría hacerlo yo, pero alguien decidió confiscar mi teléfono.

Ahora sí me mira, con una sonrisa ladeada que me provoca ganas simultáneas de abofetearlo y besarlo.

—Privilegios de carcelero —responde, volviendo a su pantalla.

El teléfono de Matteo suena, rompiendo la tensión. Mira la pantalla, frunce el ceño y se levanta.

—Tengo que atender esto —dice, dirigiéndose hacia la puerta.

En cuanto sale, Bianca se inclina hacia mí con una sonrisa conspirativa.

—Su tablet —susurra, señalando el dispositivo que Matteo ha dejado sobre la mesa—. Podemos buscar tu ejercicio ahí.

—Estará bloqueada —respondo, aunque la idea es tentadora.

—No para mí —dice, con un brillo travieso en los ojos—. Tengo mi huella registrada para emergencias.

Antes de que pueda protestar, Bianca ya ha tomado la tablet y la ha desbloqueado con su pulgar. Me la ofrece con expresión triunfal.

—*Voilà*. Internet a tu disposición.

Dudo un instante. Usar la tablet de Matteo sin su permiso parece una violación de privacidad… pero por otro lado quiero tocarle las narices. Que vea que no puede pararme por mucho que lo intente.

—Dame eso —digo, tomando el dispositivo.

Abro el navegador y busco rápidamente el ejercicio que tenía en mente. Mientras leo el artículo, noto que hay varias pestañas abiertas. Una de ellas muestra lo que parece ser una habitación.

Mi curiosidad puede más que mi sentido común. Cierro el artículo y toco la otra pestaña, con el corazón acelerado en mi pecho.

Si antes sentía que me faltaba emoción, desde que estoy con los Ricci, a veces creo que podría darme un infarto por el exceso que tengo.

Cuando la ventana se cambia, lo que veo me deja sin aliento.

Es mi habitación. Mi habitación en la mansión Ricci, vista desde un ángulo elevado. Puedo ver la cama deshecha, tal como la dejé esta mañana. Las cortinas moviéndose suavemente con la brisa que entra por la ventana abierta. La ropa nueva esparcida sobre la colcha.

No es una foto. Es un vídeo en directo.

El cabrón tiene cámaras en mi habitación. Me está espiando.

La indignación me inunda como una ola ardiente. ¿Cómo se atreve? ¿Cuánto tiempo lleva observándome? ¿Me ha visto cambiarme? ¿Duchándome? ¿Qué más ha visto?

Estoy tan absorta en mi furia que no noto la sombra que se cierne sobre mí hasta que una garganta se aclara a mi espalda.

—¿Qué coño estás haciendo?

La voz de Matteo, engañosamente suave, me sobresalta. Me giro para enfrentarlo, la tablet aún en mis manos, mostrando la evidencia de su vigilancia.

—¿Qué qué coño estoy haciendo yo? —replico, la furia haciendo que mi voz tiemble—. ¡Eso debería preguntártelo yo a ti! ¿Me estás espiando?

Matteo no parece ni remotamente avergonzado. Al contrario, su expresión es de irritación, como si yo fuera la que ha hecho algo mal.

—Eres mi prisionera —responde, como si eso lo explicara todo—. Por supuesto que te vigilo.

—¿En mi habitación? —siseo, levantándome para enfrentarlo cara a cara—. ¿Dónde me cambio? ¿Dónde duermo? Eso no es vigilancia, es voyeurismo. Eres un pervertido.

Sus ojos se oscurecen peligrosamente. Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal.

—Cuidado con lo que dices, pequeña espía —advierte, su voz un rumor bajo que envía escalofríos por mi columna—. Las cámaras son por seguridad. Nada más.

—¿Seguridad? —repito, incrédula—. ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Cavar un túnel con una cucharilla?

—Sé que eres más lista que todo eso —responde, dando otro paso hacia mí.

Ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor emanando de su cuerpo.

—Quiero que quites esas cámaras —exijo, negándome a retroceder a pesar de su proximidad intimidante—. Ahora.

—No estás en posición de exigir nada —responde, inclinándose ligeramente, su rostro ahora a centímetros del mío—. Mi casa, mis reglas.

—Tu casa, mi privacidad —contraataco—. ¿O es que disfrutas viéndome cambiarme? ¿Es eso? ¿Te excita espiarme cuando crees que nadie te ve?

Es un golpe bajo, lo sé. Pero estoy demasiado furiosa para contenerme.

Para mi sorpresa, algo cambia en su expresión. Un destello de... ¿culpa? ¿Deseo? No puedo descifrarlo antes de que vuelva a su máscara habitual.

—No digas tonterías —responde, pero hay un ligero temblor en su voz que no estaba ahí antes—. Las cámaras son estándar en todas las habitaciones de invitados.

—No soy una invitada —le recuerdo—. Soy tu prisionera, ¿recuerdas?

—Oh, lo recuerdo perfectamente —dice, su voz bajando a un registro que hace que mi piel se erice—. Créeme, no lo he olvidado ni por un segundo.

No sé en qué momento la discusión ha cambiado, pero de repente el aire entre nosotros está cargado de algo más que ira. Algo eléctrico. Peligroso. Magnético.

Nos hemos acercado tanto que nuestros cuerpos casi se tocan. Puedo sentir su respiración en mi rostro, ver cómo su pecho sube y baja más rápido de lo normal. Sus ojos bajan a mis labios por un instante fugaz antes de volver a los míos.

—Quita. Las. Cámaras —repito, pero mi voz ya no suena firme. Suena... necesitada.

—Dame. Un. Motivo —responde, cada palabra una caricia áspera que hace que mi vientre se contraiga de deseo.

—Porque es lo correcto —susurro, mi resolución desmoronándose ante su proximidad.

—Nunca he sido conocido por hacer lo correcto —murmura, inclinándose un poco más, sus labios ahora a un suspiro de los míos.

El mundo se reduce a este momento, a este espacio entre nosotros que parece disminuir por voluntad propia. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Mis manos, aun sosteniendo la tablet, tiemblan ligeramente.

Y entonces, una risa cristalina rompe el hechizo.

—Francamente —dice Bianca, a quien habíamos olvidado por completo—, no sé si vais a acabar matándoos o si debería irme porque esto se está volviendo demasiado íntimo.

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado. Matteo da un paso atrás, pasándose una mano por el pelo en un gesto que ya reconozco como de frustración. Yo me quedo donde estoy, mis piernas demasiado inestables para moverse.

Bianca nos observa con una expresión que oscila entre la diversión y la exasperación.

—Vosotros dos sois imposibles —dice, negando con la cabeza—. ¿Podemos volver a los ejercicios o necesitáis un momento a solas?

Matteo le lanza una mirada fulminante, luego me arranca la tablet de las manos.

—Continuad —dice, su voz nuevamente fría y controlada—. Tengo trabajo que hacer.

Y con eso, sale de la biblioteca como una tormenta, dejando tras de sí un silencio cargado y la sensación fantasma de su calor contra mi piel.

—Bueno —dice Bianca finalmente, con una sonrisa que no intenta ocultar —. Eso ha sido... intenso. Y revelador.

No puedo evitarlo. A pesar de la indignación que aún siento por las cámaras, a pesar de la confusión que me provoca mi propia reacción a Matteo, me echo a reír. Una risa nerviosa, casi histérica, pero liberadora.

—Tu hermano es un cabrón —digo, volviendo a sentarme junto a ella.

—Sí —concede Bianca, tomando mi mano—. Pero nunca le había visto mirar a nadie como te mira a ti.

No sé qué responder a eso. No sé qué pensar. No sé qué sentir.

Solo sé que, a pesar de mi indignación, a pesar de mi determinación de mantener las distancias, una parte de mí ya está anhelando nuestro próximo encuentro.

Y eso, más que las cámaras, más que el secuestro, más que toda esta situación imposible, es lo que más debería preocuparme.

CAPÍTULO 21

SOFIA

Un ruido me despierta en mitad de la noche. Algo metálico, como si alguien hubiera dejado caer un objeto pesado. Me incorporo en la cama, desorientada, intentando ubicar la fuente del sonido.

Miro el reloj: 3:47 de la madrugada. La mansión debería estar en completo silencio a esta hora.

Me levanto, poniéndome una bata sobre el pijama. Probablemente no sea nada. Una corriente de aire que ha tirado algo. Un miembro del personal nocturno. Cualquier cosa.

Pero el instinto médico que he desarrollado durante años me dice que algo no va bien. Y he aprendido a confiar en ese instinto.

Abro la puerta de mi habitación y me asomo al pasillo. La primera gota de sangre me sobresalta. Brillante, escarlata, sobre el mármol blanco del suelo. Unos metros más allá, otra. Y otra. Un rastro que se extiende por el pasillo, alejándose de las escaleras y dirigiéndose hacia...

La habitación de Matteo.

Mi corazón se acelera. La cantidad de sangre no es alarmante, pero tampoco insignificante. Alguien está herido. Y ese alguien, casi con toda seguridad, es Matteo.

Debería volver a mi habitación. Cerrar la puerta. Fingir que no he visto nada. Después de todo, ¿qué me importa a mí si el hombre que me tiene prisionera está sangrando? Probablemente se lo merezca.

Pero antes de darme cuenta, ya estoy siguiendo el rastro de gotas carmesí, descalza y en pijama, guiada por ese instinto que ha definido toda mi carrera. El instinto de sanar.

La puerta de la habitación de Matteo está entreabierta. Más gotas de sangre en el umbral. Empujo suavemente y entro, mi corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

Su dormitorio es exactamente como cabría esperar. Grande. Elegante. Dominado por una cama enorme con dosel. Decorado en tonos oscuros y masculinos. Impersonal, como una suite de hotel de lujo.

El rastro de sangre continúa, atravesando la habitación hasta lo que supongo es el baño. La puerta está abierta, y la luz encendida proyecta un rectángulo dorado sobre la alfombra.

—¿Matteo? —llamo, mi voz apenas es un susurro.

No hay respuesta. Solo el sonido de cajones abriéndose y cerrándose.

Me acerco al baño, y la escena que encuentro me deja momentáneamente sin aliento.

Matteo está de pie frente al lavabo, sin camisa, rebuscando en un botiquín de primeros auxilios. Su hombro izquierdo sangra profusamente, la herida claramente visible: un corte limpio de unos diez centímetros que parece haber sido causado por un cuchillo o algo similar. La sangre resbala por su brazo, goteando desde su codo hasta el suelo de mármol.

Y él está ahí, rebuscando entre vendas y desinfectantes con la misma calma que tendría si estuviera buscando una corbata en su armario.

—¿Qué demonios te ha pasado? —pregunto, entrando completamente en el baño.

Se gira bruscamente, sorprendido por mi presencia. Por un instante, veo algo en sus ojos. ¿Vulnerabilidad? ¿Vergüenza? Desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, su voz más ronca de lo habitual—. Vuelve a tu habitación.

—Estás sangrando —respondo, ignorando su orden y acercándome para examinar la herida—. Y bastante.

—Es solo un rasguño —dice, volviendo a su tarea de buscar en el botiquín —. Nada que no haya tenido antes.

Observo la herida con ojo clínico. No es mortal, pero tampoco es «solo un rasguño». El corte es profundo, ha seccionado varias capas de músculo. Necesita puntos, y rápido.

—Déjame ver eso —digo, entrando en modo médico automáticamente.

—Estoy bien —insiste, apartándose ligeramente—. Puedo ocuparme yo solo.

—¿Con qué mano, exactamente? —pregunto, señalando la herida—. ¿Con la que está unida al hombro que sangra como un grifo, o con la que estás usando para buscar en ese botiquín de mierda que obviamente no tiene lo que necesitas?

Me mira con sorpresa, como si no esperara esa reacción de mí. Como si esperara miedo, o quizás satisfacción por verlo herido. No esta preocupación profesional mezclada con irritación.

—Apártate —ordeno, empujándolo suavemente para acceder al botiquín—. Necesitas puntos, y ambos sabemos que no puedes coserte tú mismo en esa posición.

Para mi sorpresa, se aparta. Me deja espacio frente al botiquín, que efectivamente está ridículamente mal surtido para alguien que claramente se mete en situaciones peligrosas con regularidad.

—¿Tienes hilo de sutura? ¿Anestésico local? —pregunto, revisando el contenido.

—En el cajón de abajo —responde, señalando con la cabeza—. En el botiquín... profesional.

Abro el cajón y encuentro lo que efectivamente parece el equipamiento de un pequeño quirófano de campaña. Suturas de varios calibres. Anestésicos. Antibióticos inyectables. Material estéril.

—Vaya —murmuro, impresionada a mi pesar—. Alguien está preparado para la guerra.

—En mi línea de trabajo, es mejor prevenir —responde, con una mueca que podría pasar por sonrisa.

Saco lo necesario y lo dispongo ordenadamente sobre el mármol del lavabo. Luego me lavo las manos meticulosamente, consciente de su mirada sobre mí. De su presencia masiva en el espacio confinado del baño. De su torso desnudo y sorprendentemente esculpido para un hombre que pasa la mayor parte de su tiempo en trajes hechos a medida.

—Siéntate —ordeno, señalando el borde de la bañera—. Y agáchate un poco. Eres un gigante y no llego bien a la herida.

En lugar de obedecer, Matteo hace algo completamente inesperado. En un movimiento fluido, me agarra por la cintura y me levanta, sentándome sobre el mármol de la encimera. Luego, sin darme tiempo a protestar, se coloca entre mis piernas que se han abierto por voluntad propia, su rostro ahora a la altura perfecta del mío.

—Mejor así, ¿no? —murmura, su aliento caliente contra mi piel enviando escalofríos por toda mi columna.

Estoy tan sorprendida que por un momento me quedo sin habla. La posición es... íntima. Demasiado íntima. Sus manos siguen en mi cintura. Mis piernas abiertas con él entre ellas. Su rostro tan cerca que podría contar sus pestañas.

Y lo peor de todo es que mi cuerpo, el traidor, reacciona instantáneamente. Un calor líquido se extiende por mi vientre. Mi respiración se acelera. Mis pezones se endurecen bajo la fina tela del pijama.

Por eso tardo unos segundos en reaccionar.

—¡Serás imbécil! —exclamo, recuperando la voz—. ¡Has hecho que la herida sangre más con ese movimiento!

Es cierto. Un nuevo reguero de sangre desciende por su brazo, manchando el mármol blanco.

—Ha merecido la pena —responde con esa sonrisa ladeada que me provoca ganas simultáneas de abofetearlo y besarlo—. La vista desde aquí es... interesante.

Sus ojos bajan deliberadamente hacia el escote de mi pijama, donde los botones superiores se han abierto con el movimiento brusco y mis pechos están casi al descubierto.

—Quieto —ordeno, ignorando el calor que sube a mis mejillas—. Y deja de moverte o esto va a doler más de lo necesario.

Preparo la jeringa con anestésico local, agradecida por tener algo en lo que concentrarme que no sea la proximidad de su cuerpo. El calor que emana. El olor a sándalo y algo metálico —sangre— y puramente masculino que me envuelve.

—Esto va a picar —advierto, acercando la aguja a la herida.

—Sin anestesia —dice, deteniendo mi mano—. No la necesito.

Lo miro como si hubiera perdido la cabeza.

—No seas ridículo. La herida es profunda y los puntos dolerán como el demonio sin anestesia.

—He tenido peores —responde, con esa arrogancia masculina que me saca de quicio—. Soy un tío duro, doctora. Puedo soportarlo.

Pongo los ojos en blanco, pero dejo la jeringa a un lado. Si quiere hacerse el machito, allá él.

—Tú lo has querido —advierto, preparando la aguja e hilo—. No quiero ni una queja.

—¿Alguna vez he protestado por algo? —pregunta, con falsa inocencia.

—¿Quieres la lista cronológica o alfabética? —respondo, comenzando a limpiar la herida con desinfectante.

Su risa, profunda y genuina, me sorprende. Es un sonido que rara vez he escuchado. Cálido. Real. Hace que algo se agite en mi interior.

Comienzo a suturar la herida, mis dedos moviéndose con la seguridad que da la experiencia. Para su crédito, Matteo no muestra signos de dolor mientras la aguja atraviesa su piel una y otra vez. Su mandíbula está tensa, y puedo ver una fina capa de sudor en su frente, pero no emite ni un sonido.

—Lo haces bien —comenta después de un rato—. ¿Dónde aprendiste?

—En la facultad de medicina —respondo secamente—. Es lo que hacemos los médicos, ¿sabes? Aprender a coser personas.

—Me refería a la calma —aclara—. Muchos médicos se ponen nerviosos con heridas así.

—He visto cosas peores —digo, recordando todos mis casos con mafiosos —. Mucho peores.

—Lo imagino —murmura, sus ojos estudiándome con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto mientras continúo con las suturas, necesitando romper ese silencio cargado—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Alguien que ya no podrá hacerlo de nuevo —responde, su voz fría, carente de toda emoción.

Un escalofrío me recorre, pero no es de miedo. Es... algo más. Algo que prefiero no analizar demasiado. Porque la verdad es que entiendo perfectamente lo que implica. Y no me horroriza como debería.

He visto demasiado en mi trabajo. Demasiada crueldad. Demasiado sufrimiento causado por personas que siguen caminando libres por las calles. A veces, la justicia necesita una mano que la guíe. Incluso si esa mano está

manchada de sangre. Incluso si es un jodido mafioso. Verle de forma diferente que a Renzo sería ridículo de mi parte.

Las líneas del bien y el mal están muy difuminadas en mi vida.

Termino la última sutura y corto el hilo. La herida está cerrada, limpia, profesionalmente tratada. Comenzará a sanar bien si no hace ninguna estupidez en los próximos días.

—Ya está —digo, limpiando los restos de sangre alrededor de la sutura—. Intenta no mover mucho el brazo durante unos días. Y cambia el vendaje diariamente.

Matteo mira mi trabajo, asintiendo con aprobación.

—Gracias —dice, y parece genuinamente agradecido—. No tenías por qué hacerlo.

—Soy médica —respondo, encogiéndome de hombros—. Es lo que hago.

Intento bajarme de la encimera, pero sus manos siguen en mi cintura, manteniéndome en mi lugar. Levanto la mirada, confundida, y me encuentro con sus ojos azules, ahora oscurecidos por algo que reconozco instintivamente.

Deseo.

—Matteo... —empiezo, pero no sé cómo continuar. No sé qué decir cuando todo mi cuerpo está gritando por algo que mi mente sabe que es una mala idea.

—Dime que me detenga —murmura, acercándose más, su rostro a centímetros del mío—. Dime que quieres que me aparte, y lo haré.

Debería decirlo. Debería detener esto ahora, antes de que sea demasiado tarde. Antes de cruzar una línea que no podremos desdibujar.

Pero las palabras no salen. En su lugar, mis manos se mueven por voluntad propia, posándose en su pecho desnudo. Su piel es caliente, firme bajo mis dedos. Puedo sentir su corazón latiendo, tan acelerado como el mío.

—No puedo —susurro, y es la verdad más honesta que he dicho en meses —. No quiero que te detengas.

Es todo lo que necesita. Sus labios encuentran los míos en un beso que nada tiene que ver con el anterior. Este no es un choque de voluntades, no es una batalla. Es hambre pura. Necesidad. Deseo crudo que ha estado construyéndose entre nosotros desde el primer día que nos vimos.

Sus manos suben por mi espalda, enredándose en mi pelo, inclinando mi cabeza para profundizar el beso. Su lengua invade mi boca, explorando, reclamando, y yo respondo con igual fervor. Mis piernas se cierran instintivamente alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca.

Un gemido escapa de mi garganta cuando siento su erección presionando contra mí, dura y prometedora incluso a través de las capas de ropa. Es grande. Intimidante. Excitante.

Matteo abandona mis labios para trazar un camino de besos por mi mandíbula, mi cuello, el borde de mi clavícula. Sus manos descienden, desabotonando mi pijama con una destreza que habla de experiencia. Mucha experiencia.

Debería sentirme intimidada. En cambio, me siento poderosa. Deseada. Viva de una manera que nunca antes había experimentado.

—Eres preciosa —murmura contra mi piel mientras abre mi pijama, revelando mis pechos—. Jodidamente preciosa.

Sus manos los cubren, sus pulgares rozando mis pezones en círculos lentos, deliberados, que me arrancan otro gemido. Mi cabeza cae hacia atrás, ofreciéndole mejor acceso mientras sus labios descienden, reemplazando sus dedos con su boca.

El calor húmedo de su lengua sobre mi pezón envía una descarga eléctrica directamente a mi centro. Mis caderas se mueven involuntariamente, buscando fricción, buscando alivio para el fuego que crece entre mis piernas.

Matteo gruñe, un sonido primitivo que hace que mi vientre se contraiga de deseo. Sus manos bajan hasta mis caderas, sujetándome firmemente mientras se presiona contra mí, dejándome sentir exactamente lo que le estoy haciendo.

—Matteo —gimo, su nombre una súplica en mis labios—. Por favor...

No sé qué estoy pidiendo exactamente. Más. Todo. Él.

Parece entenderlo. Una de sus manos se desliza bajo el elástico de mis pantalones de pijama, bajando, bajando hasta encontrar el centro de mi deseo. Sus dedos me exploran con gentileza al principio, descubriendo lo húmeda que estoy, lo preparada.

—Tan mojada para mí —murmura contra mi cuello, su voz un rumor grave que vibra a través de mí—. Tan perfecta.

Uno de sus dedos se desliza dentro de mí, y no puedo contener el gemido que escapa de mis labios. Es una invasión deliciosa, pero también... incómoda. Nueva. Mi cuerpo se tensa involuntariamente.

Matteo se detiene. Sus ojos encuentran los míos, una pregunta silenciosa en ellos. Luego, lentamente, comprensión. Sorpresa. Y algo más. Algo que parece casi... reverencia.

—Sofia —dice, su voz ronca, incrédula—. ¿Eres...?

No termina la pregunta. No hace falta. La respuesta debe estar escrita en mi rostro, en el rubor que siento extenderse por mis mejillas, en la forma en que mi cuerpo ha reaccionado a su toque.

—Sí —admito, y nunca me he sentido más vulnerable—. Nunca he... ya sabes.

Matteo retira su mano como si se hubiera quemado. Se aparta bruscamente, creando un espacio entre nosotros que se siente como un abismo. Su expresión es una mezcla de sorpresa, confusión y algo que no puedo identificar.

—Joder —murmura, pasándose una mano por el pelo, un gesto que ya reconozco como señal de frustración—. Joder, joder, joder.

La vergüenza arde en mis mejillas. Me abrocho el pijama con dedos temblorosos, sintiéndome rechazada. Infantil. Tonta.

—Lo siento —digo, sin mirarlo—. Debería irme.

—Sí —responde, su voz tensa, controlada—. Deberías.

No hay explicación. No hay palabras amables. Solo esa única sílaba que cae entre nosotros como una piedra.

Me bajo de la encimera, mis piernas temblorosas apenas sosteniéndome. El deseo insatisfecho pulsa entre mis piernas, un recordatorio cruel de lo que casi ocurre.

Matteo se ha dado la vuelta, apoyando ambas manos en el lavabo, su cabeza inclinada. Puedo ver la tensión en cada músculo de su espalda, la rigidez en sus hombros. Está luchando por mantener el control. Y perdiendo.

—Buenas noches, Matteo —digo, mi voz apenas un susurro.

No responde. Ni siquiera se gira. Simplemente se queda ahí, inmóvil, como una estatua tallada en mármol.

Salgo del baño, atravieso su dormitorio y regreso al pasillo, siguiendo en sentido inverso el rastro de gotas de sangre que ahora parecen pertenecer a otra vida.

Solo cuando estoy de vuelta en mi habitación, con la puerta cerrada y la espalda apoyada contra ella, me permito procesar lo que acaba de ocurrir. Lo que casi ocurre.

Matteo Ricci acaba de descubrir mi secreto más íntimo. Y su reacción ha sido... huir. Como si mi virginidad fuera kryptonita. Como si fuera demasiado para él.

Estoy destrozada.

CAPÍTULO 22

SOFIA

Dos días. Han pasado dos malditos días desde el incidente en el baño, y Matteo me está ignorando como si no hubiera estado a punto de follarme contra la encimera de mármol.

Como si no hubiera descubierto mi secreto más íntimo.

Como si no me hubiera rechazado en el momento más humillante de mi vida.

Me muevo por la habitación como una fiera enjaulada, la frustración acumulándose en cada célula de mi cuerpo. Durante el día, he intentado concentrarme en Bianca, en su rehabilitación, en cualquier cosa que me distrajera de la sensación constante de deseo insatisfecho que me consume desde aquella noche.

Pero es inútil. Cada vez que cierro los ojos, siento sus manos en mi piel. Sus labios en mi cuello. Su voz ronca susurrando lo mojada que estoy para él.

Y luego, ese momento. Esa pausa. Esa retirada abrupta que me dejó temblando de deseo y vergüenza a partes iguales.

Lo peor es su actitud. Durante estos dos días, las pocas veces que nos hemos cruzado, me ha tratado con una cortesía distante que me saca de quicio. Como si fuera una invitada cualquiera. Como si no hubiera tenido sus dedos dentro de mí. Como si no supiera exactamente cómo suenan mis gemidos.

Es insoportable.

Me detengo frente al espejo de cuerpo entero que hay en un rincón de la habitación. Mi reflejo me devuelve una mirada ardiente, mejillas sonrojadas, labios ligeramente hinchados de tanto morderlos. Parezco exactamente lo que soy: una mujer frustrada sexualmente hasta el límite.

Y entonces recuerdo las cámaras.

Esas malditas cámaras que Matteo tiene instaladas en mi habitación. Las mismas que me enfurecieron cuando las descubrí. Las mismas que ahora...

Una idea comienza a formarse en mi mente. Una idea tan descabellada, tan atrevida, que mi primer instinto es descartarla.

Pero la frustración puede más que el sentido común. El deseo puede más. El orgullo herido puede más.

Si Matteo quiere jugar a ignorarme, vamos a ver cuánto tiempo puede mantener esa fachada de indiferencia.

Solo espero que no le de igual.

Joder. Este hombre me está volviendo loca lentamente.

Miro directamente hacia donde creo que está la cámara principal, en una esquina del techo a juzgar por lo que se veía desde ella. Una sonrisa lenta, deliberada, se extiende por mis labios. Si está mirando —y algo me dice que lo está— va a tener un espectáculo que no olvidará fácilmente.

Con movimientos calculadamente lentos, comienzo a desabotonar la blusa que llevo puesta. Uno a uno, dejando que cada botón sea una promesa, una invitación. Mantengo los ojos fijos en la cámara, imaginando que son sus ojos los que me devuelven la mirada.

La blusa cae al suelo. El sujetador de encaje negro —parte del cargamento de ropa que él mismo me envió— contrasta con mi piel. Paso las manos por mi vientre, subiendo lentamente hasta rozar el borde del encaje.

Jamás he provocado a un hombre, pero pensar en que él me puede estar mirando me hace actuar de forma instintiva.

¿Estás mirando, Matteo? ¿Estás recordando cómo se sentían mis pechos en tus manos? ¿Cómo reaccionaban mis pezones a tu toque?

Desabrocho el sujetador y lo dejo caer. El aire fresco endurece mis pezones instantáneamente. O quizás es la excitación de saber que podría estar observándome. De imaginar su expresión. Su deseo. Su lucha interna.

Mis manos suben hasta mis pechos, acariciándolos como él lo hizo. Pellizcando suavemente los pezones como él no tuvo tiempo de hacer. Un gemido escapa de mis labios, y no tengo que fingirlo. La combinación de mis caricias y la idea de que Matteo podría estar viéndome es más excitante de lo que esperaba.

Lentamente, desabrocho mis pantalones y los deslizo por mis piernas, quedándome solo con unas bragas a juego con el sujetador. Más encaje negro. Más piel expuesta.

Me tumbo en la cama, de cara a la cámara, y dejo que mis manos vaguen por mi cuerpo. Acariciando. Explorando. Descendiendo.

Mis dedos rozan el borde de las bragas, jugando con el elástico. ¿Debería? ¿Me atrevo?

Sí. Sí me atrevo.

Deslizo una mano bajo la tela, encontrando la humedad que ha estado creciendo desde que empecé este juego. Desde que empecé a imaginar sus ojos sobre mí. Su deseo. Su hambre.

Un gemido más fuerte escapa de mis labios cuando mis dedos encuentran ese punto sensible. Cierro los ojos, imaginando que son sus dedos los que me tocan. Sus manos las que me exploran. Sus labios los que recorren mi piel.

Estoy tan perdida en la sensación, tan concentrada en el placer creciente, que no escucho la puerta abrirse. No noto su presencia hasta que su voz, ronca y cargada de una furia apenas contenida, rompe el silencio.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Abro los ojos de golpe. Matteo está en la puerta, su expresión una mezcla de ira y deseo tan intensos que me deja sin aliento. Sus ojos, normalmente de un azul frío, ahora arden como llamas azules. Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas, como si hubiera corrido una maratón.

O como si estuviera conteniendo un deseo salvaje.

Debería sentir vergüenza. Debería cubrirme. Debería disculparme.

Pero no hago nada de eso. En su lugar, mantengo mi mano exactamente donde está y lo miro directamente a los ojos.

—Lo que tú no has querido hacer —respondo, mi voz sorprendentemente firme a pesar del torbellino de emociones en mi interior.

Algo cambia en su expresión. Un destello de algo primitivo, posesivo, que hace que un escalofrío de anticipación recorra mi columna.

Da un paso hacia la cama. Luego otro. Sus movimientos son los de un depredador acercándose a su presa. Controlados. Precisos. Letales.

—Saca la mano de ahí —ordena, su voz un gruñido bajo que hace que mi vientre se contraiga de deseo—. Ahora.

—¿Por qué debería? —desafío, aunque mi pulso se acelera ante su tono—. Llevo dos días deseando algo que claramente no vas a darme.

Otro paso. Ahora está junto a la cama, su presencia llenando la habitación, robándome el aire.

—No puedes tocar tu coño sin mi permiso —dice, inclinándose sobre mí, sus ojos fijos en los míos—. ¿Es que no te has dado cuenta de que me pertenece?

Sus palabras deberían ofenderme. Deberían enfurecerme. Soy una mujer independiente, moderna, por el amor de Dios. Nadie me posee.

Y sin embargo, siento una oleada de calor líquido entre mis piernas. Una excitación tan intensa que me deja temblando.

—No es cierto —respondo, mi voz apenas un susurro—. No te pertenezco. Y si así fuera, estarías haciendo un trabajo de mierda, porque llevo dos días cachonda y no te veo solucionarlo.

Es un desafío directo. Una provocación deliberada. Y funciona.

Con un gruñido que parece arrancado de lo más profundo de su ser, Matteo se abalanza sobre mí.

MATTEO

Sus palabras son como gasolina en el fuego que ha estado consumiéndome durante dos días. Dos días intentando mantener la distancia. Dos días recordándome que es virgen, por el amor de Dios. Que merece más que un polvo rápido con un hombre como yo. Que debería mantener las manos alejadas de ella.

Y ahora está aquí, casi desnuda, tocándose, desafiándome, diciendo que lleva dos días cachonda por mí.

Mi control se hace añicos como el cristal bajo un martillo.

En un instante estoy sobre ella, atrapando su mano, la que estaba entre sus piernas, y sujetándola por encima de su cabeza. Mi otra mano se cierra suavemente alrededor de su mandíbula, obligándola a mirarme directamente.

—¿Cómo coño puedes seguir siendo virgen con esa boca y esa actitud tan descarada? —gruño, mi rostro a centímetros del suyo.

Sus ojos se dilatan, sus pupilas expandiéndose hasta casi devorar el ámbar de sus iris. Su respiración se vuelve errática. Puedo sentir el pulso acelerado en su cuello bajo mi palma.

Está excitada. Tanto como yo.

—Quizás estaba esperando a alguien que pudiera manejarme —responde, y hay un desafío en su voz que hace que mi polla se endurezca dolorosamente contra la cremallera de mis pantalones.

—¿Y crees que ese soy yo? —pregunto, mi voz bajando a un registro que apenas reconozco como mío.

—Demuéstramelo —susurra, y es tanto una súplica como un desafío.

No necesito más invitación. Mis labios encuentran los suyos en un beso que no tiene nada de gentil. Es posesivo. Hambriento. Desesperado. Dos días de contención explotando en un instante de necesidad pura.

Su boca se abre bajo la mía, su lengua encontrándose con la mía en una danza que ya conocemos pero que se siente nueva cada vez. Gime contra mis labios, un sonido que va directo a mi entrepierna, endureciéndome aún más, si es que eso es posible.

La tumbo completamente en la cama, mi cuerpo cubriendo el suyo, sintiendo cada curva, cada contorno. Sus pechos desnudos contra mi camisa. Sus piernas abriéndose para acomodarme entre ellas. La humedad de su centro presionando contra mi erección, separada solo por la fina tela de sus bragas y mis pantalones.

—Voy a adorar cada centímetro de tu piel —prometo contra su cuello, mordisqueando el punto sensible justo debajo de su oreja—. Voy a hacerte sentir cosas que ni siquiera sabías que podías sentir.

—Por favor —gime, sus caderas moviéndose contra las mías, buscando fricción, buscando alivio.

Deslizo mis labios por su cuello, su clavícula, descendiendo hacia sus pechos. Son perfectos. Del tamaño justo para mis manos, coronados por pezones rosados que se endurecen aún más bajo mi mirada.

Tomo uno en mi boca, saboreando, succionando, mientras mi mano atiende al otro. Sofia arquea la espalda, ofreciéndose más plenamente, un gemido escapando de sus labios que suena como música para mis oídos.

—Matteo —suspira, sus manos enredándose en mi pelo, manteniéndome contra su pecho—. Dios, sí...

Alterno entre ambos pechos, dándoles la misma atención, descubriendo qué la hace gemir más fuerte, qué la hace temblar bajo mi toque. Aprendiendo su cuerpo como si fuera un mapa del tesoro que solo yo tengo el privilegio de explorar.

Y es un privilegio. Uno que no merezco pero que voy a saborear hasta la última gota.

Mis manos descienden por su vientre, acariciando, explorando, hasta llegar al borde de sus bragas. La miro, buscando permiso. Asiente, sus ojos oscurecidos por el deseo, sus labios hinchados por mis besos.

Deslizo la prenda por sus piernas, revelando finalmente lo que he estado imaginando desde aquella noche en el baño. Es perfecta. Rosada. Húmeda. Lista para mí.

—Preciosa —murmuro, más para mí mismo que para ella—. Jodidamente perfecta.

Me acomodo entre sus piernas, besando el interior de sus muslos, acercándome lentamente a donde sé que me quiere. Puedo oler su excitación, un aroma embriagador que hace que mi boca se llene de saliva anticipando su sabor.

—¿Qué vas a...? —empieza a preguntar, pero su voz se corta en un gemido agudo cuando mi lengua hace el primer contacto con su centro.

Es como probar el cielo. Dulce. Intoxicante. Adictivo. Exploro cada pliegue, cada rincón, descubriendo qué la hace temblar, qué la hace gemir mi nombre como una plegaria.

Sus manos se aferran a las sábanas, a mi pelo, a cualquier cosa que pueda anclarla mientras el placer la consume. Sus caderas se mueven contra mi boca, buscando más, siempre más.

Y yo se lo doy. Todo lo que quiera. Todo lo que necesite.

Cuando introduzco un dedo en su interior, siento cómo se tensa a su alrededor. Es tan estrecha. Tan caliente. Tan perfecta. Muevo el dedo lentamente, permitiendo que se acostumbre a la invasión, mientras mi lengua continúa su trabajo en ese punto que la hace ver estrellas.

—Matteo —gime, su voz rota por el placer—. Voy a... no puedo...

—Déjate ir —murmuro contra su piel—. Quiero verte correrte para mí.

Añado un segundo dedo, curvándolos para encontrar ese punto especial en su interior, y siento cómo se tensa a mi alrededor. Sus gemidos se vuelven más agudos, más desesperados. Su cuerpo se arquea como un arco tensado al máximo.

Y entonces se rompe. Se deshace bajo mi toque, temblando, gimiendo mi nombre una y otra vez mientras el orgasmo la recorre como una tormenta eléctrica. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

No le doy tiempo a recuperarse. Mantengo el ritmo, llevándola directamente hacia un segundo clímax que la hace gritar, sus uñas clavándose en mis hombros, su cuerpo entero temblando bajo el mío.

Solo cuando la siento relajarse, saciada y jadeante, me aparto. Me incorporo, mirándola desde arriba, memorizando cada detalle de este momento. Su pelo extendido sobre la almohada como un halo oscuro. Sus ojos entrecerrados, brillantes de satisfacción. Sus labios hinchados por mis besos. Sus pechos subiendo y bajando con cada respiración agitada.

Es mía. Tal vez no oficialmente, tal vez no completamente, pero en este momento, es absolutamente mía.

—Fóllame —dice de repente, su voz ronca pero decidida—. Por favor, Matteo. Te quiero dentro de mí.

Sus palabras casi me hacen perder el poco control que me queda. Mi polla pulsa dolorosamente contra mis pantalones, rogando ser liberada, rogando hundirse en ese calor que acabo de saborear.

Pero no puedo. No así. No ahora.

—No tengo control suficiente para eso ahora mismo —admito, mi voz apenas reconocible incluso para mí—. Me tienes tan cachondo que te haría daño, y es lo último que quiero.

Es la verdad. Estoy al borde. Nunca en mi vida he estado tan excitado, tan desesperado por poseer a una mujer. Si la tomara ahora, sería como un animal.

Rudo. Desconsiderado. Y ella merece más para su primera vez.

Sus ojos bajan hacia la evidente protuberancia en mis pantalones, y veo cómo se humedece los labios inconscientemente. El gesto casi me hace gruñir de nuevo.

—¿Puedo...? —comienza, su mirada fija en mi entrepierna—. Quiero decir, ¿podría...?

Entiendo lo que está preguntando incluso antes de que encuentre las palabras.

—¿Has chupado alguna vez una polla? —pregunto, mi voz ronca, áspera con deseo.

Niega con la cabeza, y la inocencia en sus ojos combinada con el deseo evidente en ellos casi me hace correrme en los pantalones como un puto adolescente.

—Joder, eres perfecta —gruño, pasándome una mano por el pelo—. Vas a hacer que reviente antes incluso de que me toques.

Una sonrisa lenta se extiende por sus labios. Hay algo en esa sonrisa que me dice que, virgen o no, Sofia sabe exactamente lo que quiere. Y en este momento, parece que me quiere a mí.

—¿Quieres jugar con mi polla, pequeña espía? —pregunto, usando el apodo que se ha convertido en algo íntimo entre nosotros.

Sus ojos brillan con determinación y deseo.

—Quiero que me enseñes a chupártela —responde, su voz una mezcla perfecta de inocencia y lujuria que hace que mi control penda de un hilo.

Es mi perdición. Esas palabras, en esos labios, con esa mirada... No hay hombre en la tierra que pudiera resistirse.

Me desabrocho el cinturón, luego el botón de los pantalones, bajando la cremallera lentamente. Sus ojos siguen cada movimiento, hambrientos,

expectantes. Cuando finalmente libero mi erección, escucho su respiración entrecortada.

—Es... grande —murmura, sus ojos abiertos de par en par.

No puedo evitar sonreír ante su reacción. Hay algo increíblemente satisfactorio en ser el primero. En mostrarle cosas que nunca ha visto, sensaciones que nunca ha experimentado.

Me acerco a la cama, sentándome en el borde. Sofia se baja de ella y se arrodilla frente a mí, entre mis piernas, su mirada alternando entre mi rostro y mi erección, como si no estuviera segura de por dónde empezar.

—Tócame —le indico suavemente, tomando su mano y guiándola hacia mi polla—. Siénteme primero.

Sus dedos se cierran tentativamente alrededor de mi longitud, y tengo que morderme el labio para no gemir como un adolescente. Su toque es ligero, exploratorio, fascinado.

—Así —murmuro, colocando mi mano sobre la suya, mostrándole cómo apretar, cómo moverse—. Arriba y abajo. Sí, justo así.

Aprende rápido. En minutos, ha encontrado un ritmo que me tiene jadeando, luchando por mantener el control. Sus ojos no se apartan de mi rostro, observando cada reacción, cada mueca de placer, aprendiendo lo que me gusta.

—¿Puedo...? —pregunta, inclinándose hacia adelante, su intención clara.

—Sí —respondo, mi voz apenas un susurro ronco—. Usa tu lengua primero. Explora.

Y lo hace. Dios, cómo lo hace. Su lengua, tímida al principio, recorre mi longitud desde la base hasta la punta. Es inexperta, sí, pero lo compensa con entusiasmo y atención. Observa mis reacciones, repite lo que me hace gemir, aprende con cada lamida, cada caricia.

Cuando finalmente toma la punta en su boca, creo que voy a morir de placer. Es cálida, húmeda, perfecta. Mis manos se enredan en su pelo, no para controlar, solo para tocarla, para conectar.

—Eso es, preciosa —la animo, mi voz entrecortada por el placer—. Toma lo que puedas. No te fuerces.

Ella asiente ligeramente, sin soltarme, y comienza a moverse. Arriba y abajo, combinando su boca con su mano, encontrando un ritmo que me lleva rápidamente al borde.

—Joder, qué bien se siente tu boca —gruño, incapaz de contener las palabras—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

Sus ojos se iluminan con orgullo ante mis palabras, y redobla sus esfuerzos.

Siento el orgasmo construyéndose, esa tensión familiar en la base de mi columna, ese calor que se extiende por mis testículos.

—Sofia —advierto, tirando suavemente de su pelo—. Voy a correrme. Si no quieres tragarlo, deberías apartarte.

Para mi sorpresa y deleite absoluto, no solo no se aparta, sino que intensifica sus movimientos, mirándome directamente a los ojos mientras me lleva al límite.

Es esa mirada, esa conexión, lo que finalmente me empuja al abismo. El orgasmo me golpea como un tren, intenso, abrumador, arrancándome un gruñido gutural mientras me derramo en su boca.

Para mi asombro, lo toma todo. Traga, lame, limpia hasta la última gota, sus ojos nunca abandonando los míos.

Cuando finalmente se aparta, hay una sonrisa de satisfacción en sus labios que hace que mi corazón dé un vuelco extraño en mi pecho.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta, y hay tanta vulnerabilidad en esa pregunta, tanta necesidad de aprobación, que siento algo romperse dentro de mí.

La atraigo hacia arriba, sentándola sobre mis muslos, acunando su rostro entre mis manos.

—Lo has hecho perfectamente —respondo, besando su frente, sus mejillas, finalmente sus labios—. Eres increíble. Absolutamente increíble.

Nos quedamos así, jadeantes, saciados, mirándonos como si no pudiéramos creer lo que acaba de suceder. Como si hubiéramos cruzado una línea que cambia todo.

Y lo hemos hecho. No hay vuelta atrás desde este momento. No para mí.

Porque mientras observo sus ojos, brillantes de satisfacción y algo más profundo que no me atrevo a nombrar, me doy cuenta de una verdad aterradora:

Sofia no es solo mi pequeña espía, mi prisionera, mi obsesión.

Es mía. Y que Dios me ayude, porque no tengo intención de dejarla ir jamás.

CAPÍTULO 23

SOFIA

Bianca hoy no está bien. Lo noto desde el momento en que entro en su habitación para nuestra sesión habitual de rehabilitación. Su sonrisa, normalmente radiante, apenas llega a sus ojos. Sus respuestas son monosilábicas. Y cuando le propongo trabajar en los nuevos ejercicios que he diseñado específicamente para ella, simplemente niega con la cabeza.

—Hoy no, Sofia —dice, su voz apagada—. No tengo fuerzas.

Me siento en el borde de su cama, estudiándola con preocupación. Desde que la conozco, nunca la he visto así. Bianca es luz, energía, determinación. Verla tan abatida me provoca un nudo en el estómago.

—¿Qué ocurre? —pregunto suavemente—. ¿Te duele algo? ¿Necesitas que te haga un examen completo?

Niega con la cabeza, sus ojos fijos en la ventana. Afuera, el cielo está gris, amenazando lluvia. Un reflejo perfecto de su estado de ánimo.

—No es nada físico —responde finalmente—. Es solo... un mal día.

Hay algo en su tono que me dice que es mucho más que eso. Algo profundo. Doloroso.

—Bianca —insisto, tomando su mano—. Puedes contármelo. Lo que sea.

Sus ojos, tan parecidos a los de su hermano, se llenan de lágrimas.

—Hoy es su cumpleaños —dice con voz suave—. De mi madre.

Ah. La madre. El tema tabú en la mansión Ricci. La persona cuyo nombre nunca se menciona, cuyas fotografías no adornan ninguna pared, cuya existencia parece haber sido borrada meticulosamente.

—¿Quieres hablar de ella? —pregunto con cautela.

Bianca niega con la cabeza, una lágrima solitaria deslizándose por su mejilla.

—No puedo —responde—. Matteo... él no soporta que la mencione. Y no le culpo.

Mi curiosidad se dispara. ¿Qué pudo hacer esa mujer para que su propio hijo no tolere ni siquiera oír hablar de ella?

—¿Dónde está ella ahora? —me atrevo a preguntar.

—No lo sabemos —responde Bianca, secándose la lágrima con el dorso de la mano—. Desapareció hace muchos años. El mismo día que yo... —Se detiene, su mirada bajando hacia sus piernas inmóviles.

La revelación me golpea como un puñetazo. ¿Su madre tuvo algo que ver con el accidente que la dejó en silla de ruedas? Joder.

—Lo siento —digo, apretando su mano—. No debería de haber preguntado.

—No pasa nada —responde con una sonrisa triste—. No es tu culpa. Es solo que... a veces la echo de menos. A pesar de todo. ¿Es eso horrible?

—No —respondo con firmeza—. No es horrible. Es humano.

Pasamos la siguiente hora simplemente hablando. De todo y de nada. Evitando cuidadosamente el tema de su madre, pero manteniendo la conversación lo suficientemente ligera para distraerla. Cuando finalmente la dejo, con la promesa de volver más tarde con un helado de chocolate (su debilidad), parece un poco más animada.

Pero mi mente está lejos de estar tranquila. Las preguntas se amontonan en mi cabeza mientras camino por los pasillos de la mansión. ¿Qué pasó realmente? ¿Qué hizo la madre de Matteo y Bianca? ¿Y por qué Matteo parece odiarla tanto mientras Bianca aún la echa de menos?

Solo hay una persona que puede darme respuestas. Y después de lo que ocurrió entre nosotros hace unos días, no estoy segura de si estará dispuesto a hablar conmigo de algo tan personal.

Pero tengo que intentarlo. Por Bianca.

Encuentro a Matteo en su despacho, como esperaba. Desde nuestro encuentro íntimo, hemos mantenido una extraña danza de evitación y tensión sexual no resuelta. Nos cruzamos en los pasillos, cenamos en la misma mesa, incluso intercambiamos comentarios casuales. Pero ninguno ha mencionado lo que pasó. Como si ambos temiéramos que nombrar lo ocurrido lo haría demasiado real.

Llamo a la puerta, mi corazón latiendo un poco más rápido de lo normal. Siempre lo hace cuando sé que voy a verlo.

—Adelante —su voz, profunda y autoritaria, envía un escalofrío por mi columna.

Entro, cerrando la puerta tras de mí. Matteo está sentado tras su escritorio, rodeado de papeles y con su portátil abierto frente a él. Levanta la mirada, y por un instante, veo sorpresa en sus ojos. Luego, algo más. Algo cálido que desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Sofia —dice, mi nombre en sus labios sonando como una caricia—. ¿Qué necesitas?

Directo al grano, como siempre. Típico de él.

—Es sobre Bianca —respondo, acercándome al escritorio, pero manteniéndome de pie. Sentarme parecería demasiado... cómodo. Y esta conversación no va a ser cómoda—. Está mal hoy.

Su expresión cambia instantáneamente. Preocupación. Alarma.

—¿Está enferma? —pregunta, ya medio levantándose.

—No, no —me apresuro a aclarar—. No es físico. Es emocional.

Se relaja visiblemente, volviendo a sentarse, aunque la tensión no abandona completamente sus hombros.

—¿Qué ocurre?

Dudo un instante. ¿Cómo abordar un tema que claramente es doloroso para ambos hermanos? Un tema en el que no debería meterme.

Ninguno de los dos debería de importarme tanto como lo hace.

—Hoy es el cumpleaños de vuestra madre —digo finalmente, optando por la honestidad directa.

Su reacción es inmediata y visceral. Su rostro se endurece, sus ojos se vuelven hielo puro, sus manos se cierran en puños sobre el escritorio.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunta, su voz engañosamente suave.

—Sí —admito—. Está triste, Matteo. Y confundida. Dice que a veces la echa de menos, pero que se siente culpable por ello. Creo que deberías de hablar con ella.

—No debería echarla de menos —dice bruscamente—. No después de lo que hizo.

—¿Y qué hizo exactamente? —me atrevo a preguntar—. Bianca solo me ha dicho que desapareció hace años, el mismo día de su accidente.

Matteo se levanta, dándome la espalda mientras se acerca a la ventana. Su postura es rígida, como si cada músculo de su cuerpo estuviera en tensión.

—No es asunto tuyo —responde finalmente.

—Lo sé —admito—. Pero Bianca es mi amiga. Y está sufriendo. Tal vez si entendiera mejor lo que pasó, podría ayudarla.

Se gira para mirarme, sus ojos estudiándome como si intentara determinar mis verdaderas intenciones. Finalmente, suspira, un sonido cargado de cansancio y resignación. Como si se hubiese cansado de llevar esta carga él solo.

Debería aterrarme lo mucho que quiero que lo comparta conmigo.

—Siéntate —dice, señalando uno de los sillones frente a la chimenea apagada—. Es una historia larga. Y no es para nada agradable.

MATTEO

Observo a Sofia mientras se sienta en el sillón, su postura tensa, expectante. No sé por qué estoy a punto de contarle esto. No es asunto suyo. Es una herida familiar que nunca exponemos a extraños.

Pero por alguna razón, no la siento como una extraña. No después de lo que hemos compartido. No después de ver cómo se preocupa genuinamente por Bianca. De cómo se ha metido en mi jodido interior.

Me sirvo un whisky —necesito el ardor del alcohol para esta conversación — y me siento frente a ella. Por un momento, simplemente la observo. Su cabello castaño recogido en una coleta desordenada. Sus ojos ámbar fijos en mí, atentos, pacientes. Su boca... esa boca que me ha llevado al cielo hace apenas unos días.

Aparto ese pensamiento. No es el momento.

—Mi madre intentó matar a mi padre —digo finalmente, sin preámbulos, observando cómo sus ojos se abren con sorpresa—. Hace diez años. Puso veneno en su café durante meses, en dosis pequeñas. Cuando mi padre finalmente lo descubrió y la confrontó, ella entró en pánico.

Tomo un trago de whisky, dejando que el alcohol queme mi garganta, anestesiando ligeramente el dolor que siempre acompaña a estos recuerdos.

—Yo estaba en la universidad. Cuando llegué a casa, encontré a Bianca al pie de las escaleras, en un charco de sangre. Tenía doce años.

Sofia ahoga un jadeo, su mano cubriendo su boca. Puedo ver el horror en sus ojos, pero también comprensión. La comprensión de alguien que ha visto suficiente oscuridad en el mundo como para no sorprenderse demasiado por la crueldad humana.

—Mi madre la empujó —continúo, mi voz ahora un tono más bajo—. Cuando Bianca intentó detenerla, intentó impedir que huyera, mi madre la empujó por las escaleras. Y luego se fue. Desapareció. Dejó a su hija

desangrándose, probablemente pensando que estaba muerta, y simplemente... se esfumó.

El silencio cae entre nosotros, pesado, cargado de emociones que rara vez permito aflorar. Rabia. Dolor. Traición. La sensación persistente de fracaso por no haber estado allí, por no haber protegido a mi hermana pequeña.

—Los médicos dijeron que Bianca tuvo suerte de sobrevivir —continúo tras otro trago—. Fractura craneal. Columna vertebral dañada. Parálisis parcial. «Suerte». Como si una vida en silla de ruedas pudiera considerarse afortunada.

Sofia no dice nada, pero sus ojos están llenos de una compasión que no contiene lástima. Solo comprensión. Es una de las cosas que más me atraen de ella. Su capacidad para mirar el horror directamente, sin apartarse, sin juzgar.

—Mi padre movilizó todos sus recursos para encontrarla. Contactos policiales. Informantes. Sicarios. Fue inútil. Había desapareció como si nunca hubiera existido.

—Lo que significa que alguien la ayudó —deduce Sofia, su mente aguda conectando los puntos.

—Exactamente —asiento, impresionado por su perspicacia—. Alguien con recursos, con conexiones, con el poder de crear una nueva identidad y esconderla de Alessandro Ricci.

—¿Y nunca descubristeis quién?

—Mi padre murió hace tres años sin haberla encontrado. Sin respuestas. Sin justicia para Bianca.

Me levanto, incapaz de permanecer quieto mientras los recuerdos me consumen. Me acerco a la ventana, observando el jardín donde Bianca suele hacer sus ejercicios con Sofia. Donde a veces la veo sonreír como no lo hacía en años.

—Bianca era una niña brillante, llena de energía —digo, más para mí mismo que para Sofia—. Bailaba ballet. Corría por toda la casa. Soñaba con ser

bailarina profesional.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el suave crepitar de la chimenea que he encendido antes de su llegada.

Sofia se levanta y se acerca a mí. Sin decir palabra, toma mi mano entre las suyas. Es un gesto simple, pero cargado de significado. De comprensión. De apoyo.

—Gracias por contármelo —dice suavemente—. Sé que no ha sido fácil.

La miro, realmente la miro, y veo algo en sus ojos que hace que mi corazón se acelere. No es lástima. No es juicio. Es... aceptación. Pura y simple.

Y en ese momento, sin planificarlo, sin pensarlo siquiera, la beso.

No es un beso hambriento como los anteriores. No es una explosión de lujuria contenida. Es algo más suave, más vulnerable. Mis labios apenas rozan los suyos en una pregunta silenciosa.

Su respuesta es inmediata. Sus brazos rodean mi cuello, atrayéndome más cerca, profundizando el beso con una ternura que me desarma completamente.

Cuando nos separamos, su mirada está llena de un deseo que refleja el mío. Pero hay algo más. Algo que ninguno de los dos está listo para nombrar.

—Ven conmigo a mi habitación —susurro contra sus labios.

No es una orden. Es una súplica. Y ambos lo sabemos.

—Sí —responde simplemente, y esa única sílaba contiene todo lo que necesito oír.

La levanto en brazos, disfrutando de su pequeño jadeo de sorpresa, y la llevo hacia mi habitación. La quiero en mi espacio. En mi cama.

SOFIA

Sus brazos son fuertes alrededor de mi cuerpo mientras me lleva por los pasillos de la mansión. Debería protestar. Debería decirle que puedo caminar perfectamente. Pero hay algo tan primitivamente satisfactorio en ser llevada

así, como si fuera preciosa, como si fuera suya, que simplemente me abandono a la sensación.

La habitación de Matteo está igual que la última vez que entré. Grande. Elegante. Dominada por esa cama enorme con dosel. Pero ahora la veo con nuevos ojos. Veo los pequeños detalles que hablan del hombre, no del mafioso. Los libros en la mesita de noche. La fotografía enmarcada de Bianca. El ajedrez antiguo en una esquina.

Me deposita suavemente sobre la cama, como si temiera que pudiera romperme. La ironía no se me escapa. Este hombre, que puede ser tan brutal con sus enemigos, me trata con una delicadeza que hace que mi corazón se contraiga dolorosamente.

—¿Estás segura de quieres darme este regalo? —pregunta, sus ojos buscando los míos—. Podemos parar ahora mismo. No tienes que...

Lo silencio con un beso, tirando de su corbata para acercarlo a mí.

—Estoy segura —murmuro contra sus labios—. Más segura que de nada en mi vida.

Es verdad. En un mundo de incertidumbres, de lealtades divididas y secretos, esto —él— es lo único de lo que estoy completamente segura en este momento.

Sus manos encuentran el borde de mi blusa, levantándola lentamente, dándome tiempo para detenerlo si quisiera. No lo hago. En su lugar, levanto los brazos, facilitándole la tarea.

La prenda cae al suelo, seguida pronto por mi sujetador. Sus ojos recorren mi torso desnudo con una reverencia que me hace sentir hermosa. Poderosa.

—Te deseo como jamás he deseado nada en mi vida —murmura, sus dedos trazando patrones sobre mi piel que dejan fuego a su paso.

Me sonrojo, no estoy acostumbrada a cumplidos tan directos. Pero no aparto la mirada. No me escondo. Hoy quiero ser valiente.

Entregarme a Matteo.

Mis dedos trabajan en los botones de su camisa, deseando sentir su piel contra la mía. Es un proceso tortuosamente lento, cada centímetro de piel bronceada revelada como un regalo.

Cuando finalmente está tan desnudo de cintura para arriba como yo, no puedo evitar admirarlo. Es hermoso, en esa forma masculina y poderosa que hace que mi vientre se contraiga de deseo. Músculos definidos. Piel marcada por cicatrices que cuentan historias de violencia y supervivencia.

Mis dedos trazan la cicatriz reciente en su hombro, mi obra. Está sanando bien, noto con satisfacción profesional.

—¿Duele? —pregunto, presionando ligeramente.

—No cuando me tocas tú —responde, y hay tanta sinceridad en su voz que algo se rompe dentro de mí.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, el beso más urgente esta vez, más necesitado. Sus manos descienden por mi espalda, acariciando, explorando, hasta llegar al botón de mis jeans. Lo desabrocha con una habilidad que habla de experiencia, y no puedo evitar preguntarme cuántas mujeres han estado en esta misma posición antes que yo.

El pensamiento trae una punzada de celos que me sorprende por su intensidad. No tengo derecho a sentir celos. No somos nada. Esto es solo atracción física. Nada más.

¿Verdad?

Aparto esos pensamientos mientras Matteo desliza mis jeans por mis piernas, dejándome solo con unas bragas de encaje que, irónicamente, son parte del cargamento de ropa que él mismo me envió.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto, intentando sonar provocativa a pesar de mi nerviosismo.

—Más de lo que puedo expresar —responde, su voz ronca por el deseo—. Pero me gustará más cuando no quede nada entre nosotros.

Sus dedos se enganchan en el elástico de mis bragas, deslizándolas lentamente por mis muslos, mis rodillas, mis tobillos. Y entonces estoy completamente desnuda ante él, vulnerable de una manera que nunca he experimentado.

Sus ojos recorren mi cuerpo con una intensidad que debería avergonzarme pero que solo consigue excitarme más. Hay adoración en su mirada. Reverencia. Como si estuviera contemplando una obra de arte.

—Tu turno —digo, señalando sus pantalones.

Sonríe, esa sonrisa ladeada que hace que mi corazón dé un vuelco, y se deshace del resto de su ropa con una eficiencia que me deja sin aliento.

Y entonces está ahí, completamente desnudo, magnífico en su masculinidad. Mi mirada baja inevitablemente hacia su erección, impresionante en su tamaño, y un escalofrío de anticipación mezclada con nerviosismo me recorre.

Como si leyera mis pensamientos, Matteo se acerca, acariciando mi mejilla con una ternura que contradice la intensidad de su mirada.

—Iremos despacio —promete—. No haré nada que no quieras.

—Lo quiero todo —respondo, mi voz apenas un susurro—. Lo quiero contigo.

Sus pupilas se dilatan ante mis palabras, el azul de sus ojos casi completamente devorado por el negro del deseo.

Me tumba suavemente sobre la cama, su cuerpo cubriendo el mío, piel contra piel, calor contra calor. El peso de él sobre mí es delicioso, reconfortante de una manera que nunca habría imaginado.

Sus labios trazan un camino ardiente desde mi boca hasta mi cuello, mi clavícula, descendiendo hacia mis pechos. Cuando su boca se cierra alrededor de un pezón, arqueó la espalda, un gemido escapando de mis labios.

Sus manos no están quietas, explorando cada centímetro de mi piel como si quisiera memorizar mi cuerpo con sus dedos. Cuando una de ellas desciende entre mis piernas, encontrando el centro de mi deseo, jadeo de placer.

—Estás tan mojada para mí —murmura contra mi piel, su voz un rumor grave que vibra a través de mí—. Tan lista.

Sus dedos me exploran con una delicadeza exquisita, encontrando puntos de placer que ni siquiera sabía que existían. Cuando uno se desliza dentro de mí, mi cuerpo se tensa momentáneamente antes de relajarse, acostumbrándose a la intrusión.

—Eso es —me anima, sus ojos fijos en los míos—. Déjate llevar. Confía en mí.

Y lo hago. Confío en él de una manera que desafía toda lógica, toda razón. Mi cuerpo se rinde a sus caricias, mi mente se abandona al placer que solo él parece capaz de provocar.

Añade un segundo dedo, estirándome, preparándome, mientras su pulgar dibuja círculos en ese punto que me hace ver estrellas. El placer crece, se expande, amenazando con consumirme por completo.

—Matteo —gimo, mis caderas moviéndose instintivamente contra su mano —. Por favor. Te necesito.

Entiende lo que estoy pidiendo. Retira sus dedos, posicionándose entre mis piernas, la punta de su erección presionando contra mi entrada.

—Mírame —ordena suavemente—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía.

Obedezco, mi mirada fija en la suya mientras comienza a entrar en mí, lentamente, centímetro a centímetro. Hay dolor, sí, una sensación de estiramiento que bordea lo incómodo. Pero también hay una plenitud, una conexión tan profunda que me deja sin aliento.

Se detiene cuando está completamente dentro, dándome tiempo para ajustarme a su tamaño, a la sensación de estar tan llena, tan completa.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz tensa por el esfuerzo de mantener el control.

—Sí —respondo, sorprendida de descubrir que es verdad—. Más que bien.

Comienza a moverse, saliendo casi por completo antes de volver a entrar, estableciendo un ritmo lento, casi tortuoso. Cada embestida trae menos dolor y más placer, hasta que mi cuerpo se sincroniza con el suyo, mis caderas elevándose para encontrarse con las suyas.

—Eres tan perfecta —murmura, su frente apoyada contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose—. Tan perfecta alrededor de mí. Tan mía.

Sus palabras deberían molestarme. Esa posesividad, esa afirmación de propiedad. Pero en este momento, en este espacio entre nosotros donde no existen las mentiras ni las máscaras, se siente como la verdad más pura.

Soy suya. Al menos en este momento, soy completamente suya.

El ritmo se acelera, sus embestidas se vuelven más profundas, más intensas. Una de sus manos se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto que me hace temblar, añadiendo otra capa de placer a la experiencia.

Siento el orgasmo construyéndose, una ola de sensaciones que crece y crece hasta que es demasiado para contener. Cuando finalmente se rompe, grito su nombre, mi cuerpo convulsionándose alrededor del suyo, arrastrándolo con mi placer.

Con un gruñido gutural, Matteo se entierra profundamente en mí una última vez, su cuerpo tensándose mientras encuentra su propia liberación.

Nos quedamos así, entrelazados, jadeantes, durante lo que parecen horas, pero probablemente son solo minutos. Su peso sobre mí es reconfortante, su corazón latiendo contra el mío en un ritmo que poco a poco se normaliza.

Finalmente, se aparta, pero solo lo suficiente para tumbarse a mi lado, atrayéndome contra su pecho. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi espalda, mientras los míos exploran las cicatrices en su torso.

No hablamos. No hay necesidad. Las palabras solo complicarían lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Solo pondrían nombre a emociones que no estoy lista para reconocer.

Porque esto no es amor. No puede serlo. Es solo deseo. Atracción física. Química. Nada más.

Me repito esto como un mantra mientras el sueño comienza a reclamarme, acunada por el calor de su cuerpo y el ritmo constante de su corazón bajo mi oído.

Es solo deseo. Nada más.

Pero incluso mientras la oscuridad me envuelve, una parte de mí sabe que estoy mintiendo. A él. A mí misma.

Porque lo que siento cuando estoy en sus brazos va mucho más allá del simple deseo.

Es lo más grande que he sentido en la vida.

CAPÍTULO 24

SOFIA

—¿Una fiesta? —repito, mirando el vestido que Matteo acaba de dejar sobre la cama—. ¿Estás de broma?

Matteo me observa con esa sonrisa ladeada que he llegado a conocer tan bien. La que dice que ya ha tomado una decisión y que mi opinión es meramente decorativa.

—No una fiesta cualquiera. La Gala Anual de la Fundación Ricci —responde, como si eso lo explicara todo—. Es una tradición familiar. Todos los nombres importantes de Boston estarán allí.

—¿Y quieres que yo vaya? —pregunto, genuinamente confundida—. ¿Tu prisionera?

Algo cambia en su expresión. Una sombra que cruza sus ojos azules y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Ya no eres mi prisionera, Sofia —dice, su voz más suave—. Eres...

Se detiene, como si no supiera exactamente cómo terminar esa frase. Y honestamente, yo tampoco sabría cómo hacerlo. ¿Qué soy para él? ¿Su amante? ¿Su distracción? ¿Algo más?

—Quiero que vengas conmigo —continúa finalmente—. Como mi acompañante.

Hay algo en su tono, una vulnerabilidad oculta bajo capas de arrogancia, que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero. Después de lo que compartimos hace días —no solo físicamente, sino la historia sobre su madre, la conexión que sentí mientras me hacía suya— no puedo simplemente rechazarlo.

Pero la idea de presentarme en sociedad como... lo que sea que soy para Matteo Ricci me provoca un nudo en el estómago. No por vergüenza. Dios

sabe que lo que hemos hecho en su cama estas últimas noches está muy lejos de avergonzarme. Sino por lo que significa. Por lo que implica.

Por cómo complica aún más mi misión. Y, lo peor de todo, por como complica mi cabeza.

—No tengo ni idea de cómo comportarme en ese tipo de eventos —digo, buscando una excusa razonable—. Soy médica, no socialité.

—Solo tienes que estar a mi lado y ser tú misma —responde, acercándose para acariciar mi mejilla con una ternura que aún me desconcierta—. Además, Bianca estará encantada de tener a alguien con quien hablar que no sea un viejo aburrido o una señora cotilla.

Ah. Bianca. Mi punto débil y él lo sabe.

—Eso es jugar sucio —murmuro, inclinándome inconscientemente hacia su caricia.

—Nunca he presumido de jugar limpio —responde, inclinándose para besarme brevemente—. El coche nos recogerá a las ocho. Ponte el vestido. Estarás preciosa.

Y con eso, sale de la habitación, dejándome a solas con un vestido que probablemente cuesta más que mi sueldo mensual y un torbellino de pensamientos contradictorios.

¿En qué me estoy metiendo?

El vestido es, tengo que admitirlo, espectacular. Verde esmeralda intenso, con un escote que insinúa sin mostrar demasiado, una caída que abraza mis curvas y una abertura lateral que revela justo lo suficiente de mi pierna para ser elegante y no vulgar. Es el tipo de vestido que nunca habría elegido para mí misma, pero que parece haber sido diseñado específicamente para mi cuerpo.

Me miro en el espejo, apenas reconociéndome. Mi pelo, normalmente recogido en una coleta práctica, cae en ondas suaves sobre mis hombros. El maquillaje, sutil pero efectivo, resalta mis ojos y mis labios. Los tacones —también proporcionados por Matteo, por supuesto— me dan unos centímetros extra que agradezco, considerando lo alto que es él.

Parezco... otra persona. Una versión glamurosa y sofisticada de mí misma. Una mujer digna de estar al lado de alguien como Matteo Ricci.

El pensamiento me provoca una mezcla confusa de emociones. Orgullo. Excitación. Y un miedo sordo que no logro identificar del todo.

¿Qué estoy haciendo? ¿En qué momento dejé de ser una espía en una misión para convertirme en... esto? ¿La acompañante de un mafioso enemigo? ¿La mujer en la vida de Matteo Ricci?

Un golpe en la puerta interrumpe mis cavilaciones.

—Adelante —digo, girándome.

Matteo entra y se queda inmóvil, sus ojos recorriéndome de arriba abajo con una intensidad que hace que mi piel se erice. Está absolutamente impresionante en su esmoquin negro, hecho a medida para resaltar sus hombros anchos y su figura atlética. Su pelo, normalmente peinado hacia atrás con precisión, tiene ese aspecto ligeramente despeinado que he llegado a asociar con nuestras noches juntos.

—Sofia —murmura, y hay tanta reverencia en su voz que algo se derrite dentro de mí—. Estás... no tengo palabras.

—¿El gran Matteo Ricci sin palabras? —bromeo, intentando ocultar lo mucho que me afecta su mirada—. Debería marcar este día en el calendario.

Se acerca lentamente, como un depredador acercándose a su presa. Pero no siento miedo. Solo anticipación. Excitación.

—Si no tuviéramos que salir en quince minutos —dice, su voz un rumor grave que vibra a través de mí—, te arrancaría ese vestido y te haría gritar mi

nombre hasta que perdieras la voz.

Un escalofrío de deseo recorre mi columna. Es ridículo cómo unas simples palabras pueden afectarme tanto. Cómo su voz puede hacer que mi cuerpo reaccione instantáneamente.

—Qué lástima que tengamos que salir, entonces —respondo, manteniendo mi tono ligero a pesar del calor que se extiende por mi vientre.

Su sonrisa es pura promesa de pecado.

—Más tarde —dice, ofreciéndome su brazo—. Tenemos toda la noche por delante.

Tomo su brazo, sintiendo la solidez de su músculo bajo la tela fina del esmoquin. Mi mente ya está adelantándose a lo que vendrá después de la fiesta, a sus manos sobre mi piel, a sus labios reclamando los míos.

Dios, ¿cuándo me he convertido en esta persona? ¿En alguien que ansía las caricias de un hombre que debería considerar su enemigo?

Pero mientras salimos de la habitación, mientras me dejo guiar por él hacia la limusina que nos espera, no puedo evitar pensar que nunca me he sentido más viva que desde que Matteo Ricci entró en mi vida.

Y eso era todo lo que estaba buscando.

MATTEO

El salón de baile del Ritz-Carlton Boston está transformado para la ocasión. Candelabros de cristal, flores blancas, músicos de cuerda en un rincón. Todo elegancia y opulencia contenida, como corresponde a un evento de la Fundación Ricci.

Pero no estoy prestando atención a la decoración, ni a los invitados que se acercan a saludarme, ni siquiera a Bianca, radiante en su vestido azul noche, conversando animadamente con el alcalde.

Toda mi atención está en la mujer a mi lado. En Sofia, que se mueve con una gracia natural que desmiente su falta de experiencia en este tipo de eventos. En cómo su vestido verde resalta el ámbar de sus ojos. En cómo su mano se mantiene firmemente en la mía, como si necesitara ese contacto tanto como yo.

—Matteo, querido —la voz de Eleanor Blackwood, viuda del antiguo socio de mi padre, me saca momentáneamente de mi trance—. Qué alegría verte. ¿Y quién es esta encantadora joven?

Siento a Sofia tensarse ligeramente a mi lado. Es la quinta presentación en menos de veinte minutos, y puedo notar su incomodidad creciente bajo su sonrisa educada.

—Eleanor —saludo con una inclinación de cabeza—. Te presento a Sofia, mi pareja.

Las palabras salen de mi boca con naturalidad, como si las hubiera dicho mil veces antes. Mi pareja. No mi acompañante. No mi invitada. Mi pareja.

Siento la mirada sorprendida de Sofia, pero no me permito dudar. Es la verdad, aunque ninguno de los dos la hayamos nombrado hasta ahora.

No sé cómo vamos a encajar esta nueva situación en nuestras vidas, pero Sofia es mi pareja. Mi mujer.

—Encantada —dice Sofia, extendiendo su mano con una sonrisa que parece genuina, aunque yo puedo ver la tensión en las comisuras de sus labios.

Eleanor la estudia con esa mirada evaluadora que las mujeres de su clase han perfeccionado durante generaciones.

—El placer es mío, querida —responde finalmente—. Debo decir que Matteo nos ha sorprendido a todos. Nunca trae a nadie a estos eventos.

—Nunca había tenido a nadie que valiera la pena traer —respondo, mi brazo deslizándose posesivamente alrededor de la cintura de Sofia.

La sorpresa en los ojos de Eleanor es casi cómica. Pero no tengo tiempo para sus reacciones. Mi atención vuelve inmediatamente a Sofia, a la forma en que su cuerpo se amolda al mío, a cómo su perfume —vainilla y algo cítrico— se mezcla con el mío.

Nos excusamos educadamente y nos dirigimos hacia donde Bianca está sentada, rodeada como siempre de un pequeño grupo de admiradores. Mi hermana tiene ese don, esa capacidad para atraer a la gente como polillas a la luz. Incluso en su silla de ruedas, es el centro de atención natural de cualquier reunión.

—¡Sofia! —exclama al vernos, su rostro iluminándose—. Por fin alguien con quien puedo tener una conversación real. Estos caballeros estaban intentando convencerme de que el golf es un deporte emocionante.

Sofia ríe, ese sonido que he llegado a anhelar como un adicto anhela su próxima dosis.

—Lo siento, señores —dice, sentándose junto a Bianca—. Pero estoy con ella en esto. El golf es para quienes encuentran emocionante ver cómo se seca la pintura.

Los hombres se ríen, cautivados por su franqueza. No puedo culparlos. Sofia tiene esa cualidad, esa autenticidad que es como un imán en un mundo de falsedades y apariencias.

Me alejo un poco, observándolas interactuar. Hay una naturalidad en su relación que me sorprende cada vez. Bianca, normalmente tan cautelosa con los extraños, ha aceptado a Sofia completamente. Y Sofia... Sofia la trata como a una igual, no como a una inválida que necesita lástima o cuidados especiales.

—Se llevan bien —comenta Carlo, apareciendo silenciosamente a mi lado con dos copas de whisky.

—Demasiado bien —respondo, aceptando la bebida—. A veces me pregunto quién tiene más influencia sobre quién.

Carlo sonríe, un gesto raro en su rostro habitualmente serio.

—La señorita Sofia es... inusual —dice, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. No es lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas? —pregunto, curioso por su percepción.

—Alguien más... calculador —responde tras un momento de reflexión—. Más obvio en sus intenciones.

Entiendo lo que quiere decir. Si Sofia fuera una espía, una infiltrada enviada para socavar mi organización, estaría siendo mucho más sutil. Más estratégica. No se habría entregado a mí tan completamente. No habría formado un vínculo tan genuino con Bianca.

O es la mejor actriz del mundo, o realmente es quien dice ser. Una médica brillante que tuvo la mala suerte de cruzarse en mi camino.

—Tengo noticias de Nueva York —dice Carlo, bajando la voz—. Russo ha encontrado algo. Una conexión.

Mi cuerpo se tensa automáticamente. Nueva York. Mi investigación. Mi madre. La venganza que he estado planeando durante una década.

—¿Qué tipo de conexión? —pregunto, mi voz bajando a un susurro.

—Un nombre. Alguien dentro de la organización Caballero que supuestamente ayudó a una mujer a desaparecer hace diez años. Coincide con la fecha.

La información debería electrizarme. Debería estar haciendo ya planes para volar a Nueva York, para seguir esta pista, para finalmente encontrar a la mujer que destruyó a mi familia.

Pero mis ojos vuelven a Sofia, a su sonrisa mientras habla con Bianca, a la forma en que echa la cabeza hacia atrás cuando se ríe. Y por primera vez en diez años, la venganza no es mi prioridad inmediata.

—Investígalo más a fondo —digo finalmente—. Quiero estar seguro antes de hacer cualquier movimiento.

Carlo me mira con sorpresa apenas disimulada. No es la respuesta que esperaba. No es la respuesta que yo mismo habría esperado dar hace unas semanas.

—Como desee, señor —responde, profesional como siempre—. ¿Cuándo quiere que prepare el viaje a Nueva York?

—Todavía no —digo, tomando una decisión que habría sido impensable antes—. Tengo asuntos que atender aquí primero. La información puede esperar unos días hasta que descubramos lo fiable que es.

Carlo asiente, pero puedo ver la pregunta en sus ojos. La confusión. La sorpresa ante mi falta de urgencia.

No puedo culparlo. Yo mismo estoy sorprendido.

Pero mientras observo a Sofia, mientras veo cómo ilumina la habitación con su presencia, sé que no puedo dejarla. No ahora. No cuando finalmente he encontrado algo —alguien— que hace que mi existencia sea más que una búsqueda interminable de venganza.

—Ve a buscar a Alessandro —le digo a Carlo—. Quiero que refuerce la seguridad esta noche.

—¿Hay alguna amenaza? —pregunta, inmediatamente alerta.

—No —respondo, mis ojos aún fijos en Sofia—. Solo quiero asegurarme de que nada interrumpa esta velada.

Carlo se retira discretamente, y yo me dirijo de vuelta hacia Sofia y Bianca. La música ha cambiado a un vals suave, y varias parejas se han movido al centro del salón para bailar.

—¿Me concedes este baile? —pregunto, extendiendo mi mano hacia Sofia.

Ella me mira con sorpresa, luego duda.

—No sé bailar vals —admite, un ligero rubor tiñendo sus mejillas.

—Yo te guiaré —respondo, tomando su mano sin esperar respuesta—. Confía en mí.

La llevo a la pista de baile, consciente de las miradas que nos siguen. La élite de Boston, observando con curiosidad al normalmente solitario y frío Matteo Ricci bailando con una mujer desconocida.

Que miren. Que hablen. Que se pregunten quién es ella y qué significa para mí.

Porque la verdad es que ni yo mismo lo sé con certeza. Solo sé que cuando la tengo en mis brazos, como ahora, mientras nos movemos al ritmo de la música, todo lo demás desaparece. La venganza. El imperio. Las responsabilidades. Todo se desvanece, dejando solo esta conexión, esta química, esta... necesidad.

—Todo el mundo nos mira —murmura Sofia, sus ojos fijos en los míos mientras giramos por la pista.

—Que miren —respondo, mi mano presionando ligeramente su espalda baja, acercándola más a mí—. Quiero que vean que eres mía.

Sus pupilas se dilatan ante mis palabras, un destello de algo —¿deseo? ¿desafío?— cruzando su mirada.

—¿Tuya? —repite, su voz apenas un susurro—. ¿Es eso lo que soy?

—¿No lo eres? —pregunto, inclinándome para que mis labios rocen su oído —. Después de todas las formas en que te he tomado, después de cómo gritas mi nombre cuando te corres, ¿vas a negarlo?

Siento su estremecimiento, el ligero tropiezo en sus pasos que corrijo suavemente con mi guía. Su respiración se ha acelerado, y puedo ver el pulso latiendo en su cuello.

—Matteo —dice, su voz más ronca—. ¿Qué estamos haciendo?

La pregunta me toma por sorpresa. No por su contenido, sino por el momento que elige. Aquí, en medio de un salón lleno de gente, con la música envolviéndonos y su cuerpo pegado al mío.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Solo sé que no quiero parar. Que quiero ver hasta dónde nos lleva esto.

Nuestros ojos se encuentran, y por un momento, todo desaparece. La música. La gente. El mundo entero. Solo estamos ella y yo, suspendidos en este instante de verdad desnuda.

—¿Y si nos lleva a algún lugar donde ninguno de los dos quiere estar? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que me desarma por completo.

—Entonces lidiaremos con ello cuando llegue el momento —respondo, mi mano subiendo para acariciar su mejilla—. Pero ahora mismo, solo quiero esto. A ti. Con todo lo que eso implica.

No es una declaración de amor. No estoy listo para eso. Quizás nunca lo esté. Pero es una promesa. Un compromiso. Una invitación a dejarnos llevar por lo que sea que está creciendo entre nosotros.

Sofia me estudia durante un largo momento, como si buscara algo en mis ojos. Lo que sea que ve parece satisfacerla, porque asiente ligeramente.

—De acuerdo —dice finalmente—. Veamos hasta dónde nos lleva.

Y mientras la música continúa, mientras seguimos moviéndonos en perfecta sincronía, siento algo que no había experimentado en años.

Esperanza.

CAPÍTULO 25

MATTEO

La luz del amanecer se filtra a través de las cortinas, dibujando patrones dorados sobre su piel desnuda. Sofia duerme de lado, dándome la espalda, su respiración profunda y regular. Las sábanas apenas cubren la curva de su cadera, dejando expuesta la extensión de su espalda.

Es la visión más hermosa que he contemplado jamás.

Extiendo mi mano, trazando con los dedos el contorno de su columna. Su piel es cálida, suave bajo mi toque. Siento cómo se estremece ligeramente, aunque no se despierta. Confía en mí incluso en sueños. La idea me provoca una sensación extraña en el pecho. Una mezcla de orgullo y algo más profundo que no me atrevo a nombrar.

Las marcas de mis dedos, de mis labios, adornan su cuerpo como obras de arte. Pruebas tangibles de la noche que acabamos de compartir. Intensa. Salvaje. Perfecta.

Nunca he sido un hombre sentimental. El sentimentalismo es una debilidad en mi mundo. Pero hay algo en esta mujer que ha desarmado todas mis defensas. Que ha encontrado grietas en la armadura que he construido durante años y se ha colado hasta llegar a partes de mí que creía muertas.

Me levanto con cuidado de no despertarla y me dirijo al baño. Necesito ducharme, revisar algunos correos, comenzar el día. Aunque lo que realmente quiero es volver a la cama, despertarla con mis labios entre sus piernas y perderme en ella una vez más.

Más tarde, me prometo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Mientras el agua caliente cae sobre mis hombros, repaso mentalmente la agenda del día. Una reunión con los capitanes. Algunos asuntos pendientes con nuestras operaciones en el puerto. Nada que no pueda manejar.

Y luego, esta noche, Sofia de nuevo en mi cama. Sofia en mis brazos. Sofia gritando mi nombre mientras la llevo al límite una y otra vez.

El pensamiento hace que mi polla se endurezca instantáneamente. Maldita sea. Esta mujer me tiene como un adolescente constantemente cachondo.

Salgo de la ducha y me seco rápidamente. Me pongo unos pantalones de chándal, dejando el torso desnudo. Sofia parece apreciar la vista, y no veo razón para privarla de ella.

Me dirijo a la cocina para no despertarla.

Enciendo mi portátil mientras preparo café. La rutina matutina habitual. Pero nada es habitual desde que ella entró en mi vida. Todo se siente diferente. Más vivo. Más real.

El correo electrónico llega justo cuando estoy dando el primer sorbo al café. De mi contacto en Nueva York. Abro el mensaje esperando las actualizaciones habituales sobre mis negocios allí. Nada urgente. Nada que requiera mi atención inmediata.

Lo que leo hace que se me congele la sangre en las venas.

«Información sobre Sofia Thompson. No existe. Su verdadero nombre es Sofia Leone. Hija del Dr. Marco Leone, médico personal de la familia Caballero. Mejor amiga de Valentina Caballero, esposa de Renzo. Trabaja para los Caballero desde su graduación. Enviada a Boston específicamente para investigarte. Adjunto pruebas.»

El café se derrama cuando la taza resbala de mis dedos y se estrella contra el suelo. Apenas lo noto. Mis ojos están clavados en la pantalla, en las fotos adjuntas. Sofia con Valentina Caballero en lo que parece una fiesta. Sofia con Renzo, hablando como si se conociesen de toda la vida. Sofia en la clínica de los Caballero, tratando a uno de sus hombres.

Sofia Leone. No Thompson.

Una espía. Una infiltrada. Una traidora.

Mi pequeña espía. Literalmente.

El mundo se detiene. El tiempo se congela. No puedo respirar. No puedo pensar. Solo siento. Y lo que siento es como si me hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran pisoteado frente a mis ojos.

Traición. La palabra más amarga. La herida más profunda.

Mi madre. Sofia. Las dos mujeres que han conseguido traspasar mis defensas.

Las dos me han traicionado.

Una risa amarga escapa de mi garganta. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Tan ingenuo? ¿Tan débil?

Me he enamorado de ella. De una mentira. De una espía enviada por mi enemigo.

La rabia explota dentro de mí como una supernova. Caliente. Devastadora. Consumiéndolo todo a su paso. Quiero destrozar la cocina. Quiero gritar hasta quedarme sin voz. Quiero...

Encontrarla.

Subo las escaleras hasta mi habitación.

El sonido de la ducha me saca de mi trance. Sofia. Está despierta. Está en mi baño. Desnuda. Vulnerable.

Y de repente, la rabia se transforma en algo más primitivo. Más visceral. Más peligroso.

Necesidad. Posesión. Hambre.

Porque a pesar de todo, a pesar de la traición, a pesar de la mentira, la quiero. La deseo. Necesito sentir que es mía. Aunque sea por última vez.

Me dirijo al baño como un depredador acechando a su presa. Abro la puerta sin llamar. El vapor llena la estancia, pero puedo verla a través de la mampara de cristal. El agua cayendo sobre su cuerpo. Su cabello oscuro pegado a la espalda. Sus manos enjabonando su piel.

Mi piel. Mi mujer. Mía.

Aunque sea una mentira. Aunque me haya traicionado. Aunque esté aquí por orden de Renzo Caballero.

Abro la mampara de golpe. Ella se gira, sorprendida pero no asustada. Nunca asustada. Es una de las cosas que más me gustan de ella. Su valentía. Su fuego.

—Matteo —dice, con esa sonrisa que ahora sé que es falsa—. Buenos días.

No respondo. No con palabras. Me quito los pantalones de un tirón y entro en la ducha con ella. Sus ojos se abren con sorpresa, luego se oscurecen con deseo cuando ve mi erección. Sigue siendo buena actriz. Tengo que reconocérselo.

La acorralo contra la pared de azulejos, mi cuerpo presionando el suyo, mis manos a ambos lados de su cabeza.

—¿Matteo? —pregunta, confundida por mi silencio, por la intensidad de mi mirada—. ¿Qué...?

La interrumpo con un beso que no tiene nada de tierno. Es posesivo. Hambriento. Furioso. Mis dientes muerden su labio inferior, no lo suficiente para hacerle daño, pero sí para dejarle claro quién está al mando.

Gime contra mi boca, sus manos subiendo para enredarse en mi pelo. Su cuerpo responde instantáneamente, como siempre. Como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Otra mentira.

Abandono sus labios para trazar un camino de besos y mordiscos por su mandíbula, su cuello, el punto sensible justo debajo de su oreja. Mis manos recorren su cuerpo con urgencia, amasando, apretando, reclamando.

—Eres mía —gruño contra su piel—. Dilo.

—Soy tuya —responde sin dudar, su voz rota por el deseo—. Matteo, por favor...

No sé si me está rogando que la tome o que me detenga. No me importa. Necesito esto. Necesito sentirla rendirse a mí una última vez antes de que todo se desmorone.

La levanto sin esfuerzo, sus piernas envolviéndose automáticamente alrededor de mi cintura. Puedo sentir su humedad contra mi erección, caliente y resbaladiza, lista para mí.

Sin preámbulos, sin más preparación, me hundo en ella de una sola estocada. Grita, un sonido a medio camino entre el dolor y el placer. Es estrecha, caliente, perfecta alrededor de mí. Como siempre.

—Mírame —ordeno, sujetando su barbilla para que sus ojos encuentren los míos—. No cierres los ojos. Quiero que veas quién te está follando.

Sus pupilas están dilatadas, el ámbar de sus iris casi completamente devorado por el negro del deseo. Hay confusión en su mirada, pero también excitación. Le gusta este lado salvaje, dominante. Siempre le ha gustado.

Comienzo a moverme, embistiendo con fuerza, con desesperación. Cada estocada es un reclamo. Cada gemido que arranco de su garganta es una victoria. Cada temblor de su cuerpo es una prueba de que, al menos físicamente, es mía.

—Matteo —gime, sus uñas clavándose en mis hombros, dejando marcas que espero que duren—. Dios, sí... más fuerte...

Cumplo su petición, aumentando el ritmo, la intensidad. El agua sigue cayendo sobre nosotros, añadiendo otra capa de sensación a la experiencia. Mis manos sujetan sus caderas con fuerza suficiente para dejar moratones. Bien. Quiero que lleve mis marcas. Que recuerde a quién pertenece.

Siento cómo se tensa a mi alrededor, las primeras señales de su orgasmo. Una de mis manos se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto que la hace ver estrellas. Lo presiono, lo acaricio, mientras mantengo el ritmo implacable de mis embestidas.

—Córrete para mí —ordeno, mi voz irreconocible incluso para mí mismo —. Ahora.

Como si hubiera estado esperando mi permiso, su cuerpo se convulsiona, su interior apretándose alrededor de mi polla de una manera que casi me lleva al límite. Grita mi nombre, una y otra vez, mientras el orgasmo la recorre como una tormenta eléctrica.

No le doy tiempo a recuperarse. La bajo y la giro, presionando su pecho contra la pared, su espalda contra mi pecho. Vuelvo a entrar en ella desde atrás, arrancándole otro gemido.

—Eres mía —repito, mis labios en su oído, mi mano en su garganta, no apretando, solo sosteniendo—. Di que eres mía.

—Soy tuya —jadea, empujando sus caderas hacia atrás para encontrarse con mis embestidas—. Solo tuya, Matteo.

Es una mentira. Lo sé. Ella lo sabe. Pero en este momento, en este espacio entre nosotros donde solo existe el placer y la necesidad, casi puedo creerla.

Siento mi propio orgasmo construyéndose, esa tensión familiar en la base de mi columna. No quiero que termine. Quiero quedarme así para siempre, conectado a ella, poseyéndola, pretendiendo que es real.

Pero no puedo contenerme más. Con un gruñido gutural, me derramo dentro de ella, marcándola de la forma más primitiva posible. Mía. Al menos por ahora. Al menos en esto.

Nos quedamos así, jadeantes, el agua cayendo sobre nuestros cuerpos exhaustos. Lentamente, la suelto, permitiendo que sus pies toquen el suelo de nuevo. Se tambalea ligeramente, y la sostengo hasta que recupera el equilibrio.

Se gira para mirarme, sus ojos llenos de preguntas que no está formulando. Hay confusión en su rostro, mezclada con satisfacción post-orgásmica y algo más. Algo que parece preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta, extendiendo una mano para tocar mi mejilla.

Me aparto antes de que pueda hacerlo. No puedo soportar su toque ahora. No cuando sé que cada caricia es una mentira.

—Perfectamente —respondo, mi voz fría, controlada nuevamente—. Tengo una reunión. Te veré más tarde.

Salgo de la ducha sin mirar atrás, secándome rápidamente y vistiéndome. Puedo sentir sus ojos siguiéndome, su confusión creciendo con cada segundo que pasa.

Bien. Que se pregunte qué ha pasado. Que se preocupe. Que sienta aunque sea una fracción de la traición que yo estoy sintiendo.

Mientras me visto, mi mente comienza a aclararse. La niebla de la rabia y el deseo se disipa, dejando espacio para el pensamiento estratégico. Para el Matteo Ricci que ha construido un imperio. Para el hombre que ha sobrevivido a la traición antes y ha emergido más fuerte.

Es hora de dejar de hacer el gilipollas. De dejar de estar paralizado en Boston por una mujer que claramente está fingiendo. He caído en la trampa de Renzo como un novato. Me he enamorado de su espía.

Pero eso se acabó.

Es hora de seguir esa pista en Nueva York. De continuar con mi venganza. De recordar quién soy y por qué estoy aquí.

Tomo mi teléfono y marco el número de Carlo.

—Prepara todo para salir a Nueva York, hoy. Habla con nuestro informante para establecer una reunión —ordeno sin preámbulos—. Y asegúrate de que la señorita Leone no salga de la mansión bajo ninguna circunstancia.

—¿Señorita Leone? —repite Carlo, confundido—. ¿Se refiere a la señorita Thompson?

—No —respondo, mi voz fría como el hielo—. Sofia Leone. Hija del médico de Renzo Caballero. Espía. Traidora.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Entendido, señor —dice finalmente—. Me ocuparé de todo.

Cuelgo y miro hacia el baño. Puedo oír el agua corriendo todavía. Sofia sigue ahí, ajena a que su tapadera ha sido descubierta. Ajena a que su juego ha terminado.

Una parte de mí quiere volver a entrar, confrontarla, exigirle respuestas. Pero no lo hago. No confío en mí mismo. No confío en lo que podría hacer si veo mentiras saliendo de esos labios que he besado con tanta pasión. Si realmente sería capaz de resistirme a sus explicaciones.

En su lugar, salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí con una fuerza que resuena en mi pecho como un disparo.

Se acabaron los juegos. Se acabó la debilidad. Se acabó Sofia.

Es hora de que Matteo Ricci vuelva a ser quien siempre ha sido.

El Príncipe de Hielo.

CAPÍTULO 26

SOFIA

—¿Te apetece que hagamos los ejercicios en el jardín? —sugiere Bianca mientras terminamos los estiramientos preliminares—. Hace un día precioso, y estoy harta de estar encerrada entre estas paredes.

La idea suena perfecta. El jardín de la mansión Ricci es espectacular, con sus setos perfectamente recortados, sus fuentes burbujeantes y ese invernadero victoriano que parece sacado de un cuento.

—Me parece genial —respondo, sonriendo—. Un poco de sol nos vendrá bien a las dos.

Terminamos los estiramientos básicos y me coloco detrás de su silla para llevarla hacia el jardín. El día ha empezado de forma extraña, con Matteo saliendo precipitadamente después de nuestra ducha matutina. Había algo diferente en él, una intensidad salvaje, casi desesperada. Pero he decidido no darle más vueltas. Tiene un imperio que dirigir, asuntos que atender.

No puede quedarse conmigo todo el día.

Mientras avanzamos por el pasillo, noto algo inusual. Hay más guardias de lo habitual, y todos parecen tensos, alertas. No le doy mayor importancia hasta que llegamos a la puerta que conduce al jardín trasero. Dos hombres corpulentos, con trajes oscuros y expresiones impasibles, bloquean nuestra salida.

—Lo siento, señorita Bianca —dice uno de ellos, sin parecer sentirlo en absoluto—. Usted puede salir al jardín, pero la señorita Thompson debe permanecer dentro de la mansión.

Me quedo paralizada. ¿Qué acaba de decir?

—¿Disculpa? —pregunto, segura de haber oído mal.

—Órdenes del señor Ricci —responde el guardia, sin inmutarse—. Usted no puede salir de la mansión.

Bianca frunce el ceño, claramente confundida.

—Esto es ridículo, Antonio —dice, con ese tono autoritario que ha heredado de su hermano—. Sofia viene conmigo. No es una prisionera.

—Lo siento, señorita Bianca —insiste el guardia—. Las órdenes son muy específicas.

Mi corazón comienza a latir más rápido. Esto no tiene sentido. ¿Por qué Matteo habría dado semejante orden?

—Sois idiotas —espeto, la frustración convirtiéndose en rabia—. Debe haber un error. Voy a llamar ahora mismo a Matteo para que os diga que os apartéis.

Miro a Bianca, necesitando su ayuda.

—¿Puedes prestarme tu teléfono? —le pido, recordando que el mío sigue confiscado desde el primer día. Otra cosa de la que tendré que hablar pronto con Matteo. No puedo vivir aislada eternamente.

Bianca me entrega su móvil sin dudar. Marco el número de Matteo. Mientras espero que responda, mi corazón late cada vez más fuerte.

Un tono. Dos. Tres. Justo cuando pienso que no va a contestar, su voz suena al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres, Bianca?

—Soy yo, Matteo —digo, intentando mantener firme mi voz—. Hay un problema con tus guardias. No me dejan salir al jardín con Bianca.

Un silencio. Tan denso, tan cargado que casi puedo sentir su peso a través del teléfono. Cuando vuelve a hablar, su voz ha cambiado. Es un témpano de hielo.

—No hay ningún problema —responde, cada palabra cortante como una navaja—. Es una orden directa mía.

El silencio que sigue es ensordecedor. Bianca me mira con preocupación, claramente confundida por mi expresión. Los guardias fingen no estar escuchando, pero sé que están pendientes de cada palabra.

Una sensación de frío se extiende por mi pecho, congelando todo a su paso. Solo hay una explicación posible para este cambio repentino.

—Lo sabes —digo finalmente, no es una pregunta sino una constatación.

Mi voz suena extraña incluso para mí. Pequeña. Rota. Como si ya supiera que todo lo que valoro está a punto de desmoronarse.

Otro silencio, este aún más pesado que el anterior.

—¿Ni siquiera vas a mentirme? —pregunta, y por primera vez, detecto una emoción en su voz. Dolor. Rabia. Traición.

Cada palabra es un puñal que se clava en mi corazón. El dolor es tan intenso que apenas puedo respirar. Es como si alguien hubiera abierto un agujero en mi pecho y estuviera arrancándome las entrañas lentamente.

—No —respondo, alejándome de Bianca y los guardias, buscando un poco de privacidad en este momento que lo cambia todo—. No te voy a mentir. Pero quiero explicarte las cosas. Ven. Por favor.

Mi voz se quiebra en la última palabra. Las lágrimas ya amenazan con desbordarme, pero intento contenerlas. No tengo derecho a llorar. No cuando soy yo quien ha provocado esto.

Su risa, amarga y cortante, es como ácido derramándose sobre una herida abierta.

—Es demasiado tarde —dice, cada palabra clavándose como un clavo en mi ataúd.

—¿Por qué? —pregunto, el pánico creciendo en mi interior—. ¿Dónde estás?

Necesito saberlo. Necesito tener alguna esperanza de arreglar esto, de explicarle, de hacerle entender que, aunque empecé con mentiras, lo que siento

por él es real. Tan real que me está desgarrando por dentro.

—Camino a Nueva York —responde, y puedo imaginar perfectamente su expresión. Esa máscara fría que usa para ocultar sus emociones—. Esta noche me reuniré con un confidente que sabe exactamente quién de los Caballero estuvo implicado en la huida de mi madre.

El mundo se detiene. El aire abandona mis pulmones. Mi corazón parece olvidar cómo latir. No. No puede ser. No ahora. No así.

—¿Sabes qué es poético? —continúa, su voz ahora un susurro peligroso—. Que vaya a ser en el mismo club donde tú te cruzaste en mi vida para joderla. Dile adiós a los Caballero, Sofia. Porque hasta el último de ellos va a arder.

El terror me paraliza. No por mí. Sino por Valentina, por Katia, por Renzo, por todos los que considero mi familia. Por lo que Matteo podría hacer en su estado actual. Por lo que podría pasarle a él.

—¡No! —grito, sin importarme quién pueda oírme—. Matteo, por favor, no hagas esto. No es lo que piensas. Yo no...

Las palabras se ahogan en mi garganta. ¿Cómo explicarle en una llamada telefónica que sí, le espié, sí, le mentí, pero que me enamoré de él en el proceso? ¿Que lo que empezó como una misión se convirtió en lo más real que he sentido jamás?

—Adiós, Sofia —dice, y la frialdad en su voz me destroza completamente.

—¡Matteo! —grito, pero la llamada ya se ha cortado.

Me quedo con el teléfono de Bianca pegado a la oreja, incapaz de moverme, incapaz de respirar. Es como si me hubieran arrancado algo vital, como si me hubieran vaciado por dentro dejando solo un cascarón.

Las lágrimas que he estado conteniendo rompen la presa, desbordándose en un torrente incontrolable. Un sollozo desgarrador escapa de mi garganta, seguido de otro, y otro más, hasta que estoy llorando con tanta fuerza que apenas puedo mantenerme en pie.

Me deslizo hasta el suelo, el teléfono cayendo de mi mano inerte. El dolor es físico, como si me estuvieran apuñalando repetidamente. Me abrazo a mí misma, intentando contener los pedazos de mi corazón destrozado.

Sabía que mi mundo se derrumbaría en algún momento. Que el hombre del que me he enamorado eventualmente descubriría que mis intenciones al principio eran otras. Pero no esperaba que fuera tan pronto. No he tenido suficiente tiempo con él. Nunca lo tendré.

Y lo peor de todo es saber que va a hacer algo terrible por mi culpa. Que va a arriesgar su vida, su futuro, por una venganza alimentada por mi traición.

—¿Sofia? —la voz preocupada de Bianca me devuelve parcialmente a la realidad—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

No puedo responderle. No puedo explicarle que soy una espía, que he traicionado su confianza, que he estado jugando un doble juego desde el principio. Que me he enamorado de su hermano y ahora él va a hacer algo terrible por mi culpa.

Solo puedo llorar, dejando que el dolor me consuma, mientras las palabras de Matteo se repiten una y otra vez en mi cabeza.

«Hasta el último de ellos va a arder.»

Y yo estoy aquí, encerrada, incapaz de hacer nada para detenerlo.

CAPÍTULO 27

SOFIA

El tiempo pierde su significado mientras permanezco en el suelo, desmoronada como un castillo de naipes. No sé cuántos minutos han pasado. Podrían ser horas. Mi mente es un torbellino de imágenes, recuerdos, palabras que se repiten una y otra vez.

Matteo descubriéndome. Matteo odiándome. Matteo en Nueva York, a punto de desatar una guerra contra las personas que han sido mi familia durante años.

Y yo, atrapada aquí, incapaz de hacer nada para detenerlo.

—Sofia —la voz de Bianca me llega como a través de una niebla espesa—. Sofia, por favor, mírame.

Siento su mano en mi hombro, cálida, reconfortante, aunque no merezco su consuelo. Lentamente, levanto la mirada. Bianca ha maniobrado su silla hasta quedar justo frente a mí, su rostro una máscara de preocupación.

—Levántate —dice, con esa autoridad suave que ha heredado de su hermano—. Vamos a mi habitación. No podemos hablar aquí.

Señala con la cabeza a los guardias, que siguen observándonos con una mezcla de curiosidad y recelo. Tiene razón. Cualquier cosa que diga aquí será reportada directamente a Matteo.

Con un esfuerzo que parece sobrehumano, me pongo de pie. Mis piernas tiemblan, mi cuerpo entero parece haber olvidado cómo funcionar. Me siento como si me hubieran arrancado algo vital, dejando solo un cascarón vacío.

Sin decir palabra, tomo el control de la silla de Bianca y la empujo hacia su habitación. Los guardias nos siguen con la mirada, pero no intentan detenernos. Sus órdenes, al parecer, solo implican que yo no salga de la mansión.

La habitación de Bianca es un refugio de luz y color en medio de la sobriedad elegante del resto de la casa. Paredes de un azul suave, muebles de madera clara, fotografías y libros por todas partes. Es un espacio que refleja su personalidad: luminosa, cálida, acogedora.

Lo opuesto a cómo me siento por dentro.

En cuanto cierro la puerta tras nosotras, Bianca se gira en su silla para mirarme directamente.

—Ahora —dice, su voz firme pero amable—, vas a contarme exactamente qué está pasando. Y no te atrevas a mentirme. Soy minusválida, no estúpida.

Una risa amarga escapa de mi garganta. Típico de Bianca, ir directa al grano sin perder tiempo.

—No sé por dónde empezar —murmuro, dejándome caer en el borde de su cama.

—Por el principio estaría bien —responde, acercando su silla hasta quedar frente a mí—. ¿Quién eres realmente, Sofia? Porque está claro que no eres quien has dicho ser.

Levanto la mirada, encontrándome con sus ojos azules, tan parecidos a los de su hermano, pero con una calidez que los de él rara vez muestran. O mostraban, antes de que yo lo arruinara todo.

Y entonces, como una presa que finalmente cede ante la presión, las palabras comienzan a fluir. La verdad, toda la verdad, sin filtros ni omisiones.

—Mi nombre real es Sofia Leone —empiezo, sintiendo un extraño alivio al pronunciar mi verdadero apellido después de tanto tiempo—. Soy hija del Dr. Marco Leone, médico personal de la familia Caballero en Nueva York.

Veo la comprensión iluminar los ojos de Bianca. Ella conoce ese nombre. Conoce a los Caballero. Sabe exactamente quiénes son y lo que significan para su familia.

—Renzo Caballero me envió a Boston para investigar a tu hermano —continúo, las palabras saliendo ahora en un torrente imparable—. Para descubrir por qué estaba interesado en Nueva York, qué planeaba. Nos conocimos en un club allí, antes de que viniera a Boston. No fue casualidad.

Bianca no dice nada, solo me observa con esos ojos que parecen ver directamente a través de mí.

—Nunca debí aceptar esa misión —confieso, las lágrimas volviendo a mis ojos—. Pero estaba aburrida, buscaba emociones. Mis mejores amigas son Valentina, la esposa de Renzo, y Katia, que está con uno de sus hombres. Ellas tienen sus vidas, sus parejas, pronto tendrán hijos... y yo me sentía cada vez más sola.

Me paso una mano por el rostro, intentando secar las lágrimas que no dejan de caer.

—Cuando Matteo me secuestró, pensé que era mi oportunidad. Acercarme a él, ganarme su confianza, descubrir sus planes. Pero entonces te conocí a ti —miro a Bianca, intentando transmitirle la sinceridad de mis palabras—. Y todo cambió. Tú cambiaste todo.

—¿Yo? —pregunta, genuinamente sorprendida.

—Tú —confirmo—. Tu bondad, tu fortaleza, tu manera de ver el mundo a pesar de todo lo que has sufrido. Me hiciste ver que había mucho más en los Ricci que lo que me habían contado. Y luego, Matteo...

Mi voz se quiebra al pronunciar su nombre. El dolor vuelve con renovada intensidad, como una ola que me arrastra hacia las profundidades.

—Me enamoré de él —admito, y es la primera vez que lo digo en voz alta —. No estaba en el plan. No debería haber pasado. Pero sucedió. Y ahora él lo sabe todo, y va a Nueva York a enfrentarse a los Caballero, y es todo culpa mía. Cree que alguno de ellos ayudó a vuestra madre a escapar cuando se marchó.

Los sollozos vuelven a sacudir mi cuerpo. Estoy dividida en dos, desgarrada entre el amor que siento por Matteo —un amor que nunca había experimentado antes, tan intenso que me asusta— y la lealtad hacia quienes han sido mi familia durante años.

—No sé qué hacer —confieso, desesperada—. Si Matteo ataca a los Caballero, habrá una guerra. Gente morirá. Gente a la que quiero. Y él... él podría resultar herido. O peor.

Bianca se acerca más, tomando mis manos entre las suyas. Su toque es cálido, reconfortante.

—Respira, Sofia —dice con suavidad—. Respira hondo y escúchame.

Obedezco, intentando controlar mi respiración entrecortada. Bianca me mira con una intensidad que me recuerda a su hermano.

—Te creo —dice finalmente, y sus palabras me golpean como un rayo—. Creo que amas a mi hermano. Lo he visto en tus ojos cada vez que lo miras. Lo he visto en cómo te preocupas por él. En cómo hablas de él.

Parpadeo, confundida. No es la reacción que esperaba. Debería odiarme. Debería sentirse traicionada.

—¿No estás enfadada? —pregunto, incrédula—. Te he mentido. He usado a tu hermano. He...

—Has estado ahí para mí cuando nadie más lo estaba —me interrumpe—. Me has tratado como a una persona, no como a una inválida. Has arriesgado tu vida por mí cuando ese hombre entró en mi habitación. Y has hecho que mi hermano sonría de nuevo, algo que no había visto en años.

Sus palabras me dejan sin aliento. La generosidad de su espíritu, su capacidad para ver más allá de mis errores, es abrumadora.

—Pero lo más importante —continúa, apretando mis manos—, es que ahora estás aquí, destrozada, preocupada no solo por tu familia, sino también por Matteo. Eso me dice todo lo que necesito saber.

—¿Qué voy a hacer? —pregunto, la desesperación clara en mi voz—. Está en camino a Nueva York. Va a enfrentarse a los Caballero. Y yo estoy atrapada aquí.

Bianca suelta mis manos y maniobra su silla hacia el escritorio en la esquina de su habitación. Abre un cajón y saca lo que parece un mapa antiguo.

—¿Recuerdas el primer día que fui a tu habitación a liberarte? —pregunta, desplegando el papel sobre su regazo—. ¿Cuando te ofrecí ayudarte a escapar?

Asiento, recordando ese momento.

—Te hablé de un túnel —continúa, extendiendo el mapa sobre la cama—. Uno que conecta la bodega con el antiguo cobertizo del jardinero. Lo usaban durante la Ley Seca para transportar alcohol de contrabando.

Miro el mapa, un plano detallado de la mansión con una ruta marcada en rojo que va desde su habitación hasta lo que parece ser una puerta oculta en la bodega.

—Bianca —digo, la comprensión creciendo en mí—. ¿Qué estás...?

—Voy a ayudarte a escapar —declara, con una determinación que no admite discusión—. Tienes que llegar a Nueva York antes de que mi hermano cometa un error que os separe para siempre.

La miro, completamente abrumada por su generosidad. Por su comprensión. Por su fe en mí.

—¿Por qué? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Por qué me ayudas después de todo lo que he hecho?

Bianca sonríe, una sonrisa triste pero llena de sabiduría.

—Porque creo en ti —responde simplemente—. Porque os he visto juntos, y sé que lo que tenéis es grandioso. Porque mi hermano merece ser feliz después de todo lo que ha sufrido. Y porque tú eres la única que puede evitar que se destruya a sí mismo con esta venganza.

Nuestra madre es un fantasma que ya le ha hecho demasiado daño.

Sus palabras me dejan sin aliento. La generosidad de su espíritu, su capacidad para ver más allá de los errores y las mentiras, es abrumadora.

—Además —añade, con un brillo travieso en los ojos—, ojalá algún día yo pueda experimentar un amor tan hermoso como el vuestro. Ver cómo os miráis... es como si el resto del mundo desapareciera.

No sé qué decir. Las palabras parecen insuficientes para expresar lo que siento en este momento. Así que hago lo único que puedo: me inclino y la abrazo, intentando transmitir con ese gesto todo el agradecimiento, todo el cariño, toda la admiración que siento por ella.

—Gracias —susurro contra su pelo—. No merezco una amiga como tú.

—Eso déjame decidirlo a mí —responde, devolviéndome el abrazo—. Ahora, tenemos que planearlo todo con cuidado. Tienes que salir de aquí esta tarde, y necesitarás ayuda.

Me separo, secándome las lágrimas, y miro el mapa. Por primera vez desde que hablé con Matteo, siento algo parecido a la esperanza.

—¿Cómo lo haremos? —pregunto, mi mente ya trabajando en los detalles, en los obstáculos, en las soluciones.

Bianca sonríe, y en ese momento se parece tanto a su hermano que me duele el corazón.

—Primero, necesitarás esto —dice, sacando de su mesita de noche un juego de llaves—. Son las llaves maestras de la mansión.

Las tomo, sintiendo su peso en mi mano. Son más que simples llaves; son mi oportunidad de llegar a Matteo, de evitar una guerra, de salvar a las personas que amo.

De ambos lados.

—Ahora —continúa Bianca, señalando el mapa—, este es el plan...

Mientras escucho sus instrucciones, siento cómo la determinación reemplaza a la desesperación. Matteo Ricci no es el único que puede ser

implacable cuando algo importante está en juego.

Y para mí, nada es más importante que evitar que el hombre que amo destruya su vida. Y la mía en el proceso.

CAPÍTULO 28

MATTEO

El club Inferno no ha cambiado nada desde la última vez que estuve aquí. La misma música ensordecedora. Las mismas luces que cortan la oscuridad como cuchillos. Los mismos cuerpos moviéndose en la pista como si no hubiera un mañana.

Y yo, sentado en la misma mesa VIP donde la vi por primera vez. A ella. A Sofia.

Aprieto el vaso de whisky con más fuerza de la necesaria. No debería estar pensando en ella. No ahora. No cuando estoy tan cerca de conseguir lo que he buscado durante diez malditos años. El nombre de la persona que ayudó a mi madre a escapar. El cómplice que permitió que Bianca quedara paralítica. El objetivo de mi venganza.

Pero no puedo evitarlo. Su imagen se cuela en mi mente con cada trago, con cada parpadeo. Sus ojos ámbar desafiándome. Su sonrisa sarcástica. La forma en que su cuerpo se amolda perfectamente al mío.

La forma en que grita mi nombre cuando la hago correrse.

Joder. Soy un puto gilipollas. Me he enamorado de una espía. De una mujer enviada específicamente para manipularme. Para extraer información. Para traicionarme.

Y aun así, no puedo dejar de pensar en ella.

Carlo, sentado a mi derecha, me observa con una expresión que oscila entre la preocupación y la curiosidad. No le he explicado por qué salimos tan precipitadamente de Boston. Por qué dejamos a Sofia bajo vigilancia. Por qué estoy aquí, en territorio Caballero, arriesgándome a una guerra abierta cuando hace unas noches no quise hacerlo.

No le he dicho que es porque no soportaba estar bajo el mismo techo que ella sin tocarla. Sin reclamarla. Sin hacerla mía una y otra vez hasta que olvidara que alguna vez perteneció a alguien más.

—El informante acaba de llegar, señor —dice Carlo, interrumpiendo mis pensamientos—. Está en la barra.

Levanto la mirada. Un hombre de mediana edad, con un traje barato y aspecto nervioso, observa el club desde la barra. Nuestras miradas se cruzan y asiente levemente. Es él.

—Hazlo venir —ordeno, enderezándome en mi asiento.

Es hora de concentrarse. De recordar por qué estoy aquí. Por qué he dedicado diez años de mi vida a esta búsqueda.

Por Bianca. Por mi padre. Por la familia que mi madre destrozó.

El hombre se acerca, escoltado por Carlo. Su nerviosismo es palpable, sus ojos moviéndose constantemente, escaneando el club como si esperara que alguien saltara sobre él en cualquier momento.

—Señor Ricci —saluda, su voz apenas audible sobre la música—. Es un honor conocerlo en persona.

—Ahórrate las cortesías —respondo fríamente—. ¿Sabes lo que prometiste?

Asiente, pasándose una mano por el pelo grasiento.

—Sí, señor. Pero... —mira a su alrededor— no podemos hablar aquí. Es demasiado arriesgado.

Tiene razón, por supuesto. Estamos en territorio Caballero. Cualquiera podría estar escuchando.

—¿Dónde, entonces? —pregunto, impaciente.

—Hay un almacén en la parte trasera —responde, inclinándose hacia mí—. Y tengo algo mejor que un simple nombre, señor Ricci. Mucho mejor. Y espero que el millón de dólares que me prometió refleje eso.

Su codicia es tan transparente que casi resulta refrescante. Al menos con él sé exactamente a qué atenerme.

—Millón y medio —respondo, levantándome—. Si lo que tienes vale la pena.

Sus ojos se iluminan con avaricia. Asiente vigorosamente.

—Oh, lo vale, señor. Créame que lo vale.

Lo sigo a través del club, con Carlo y Alessandro flanqueándome. La música se desvanece a medida que nos adentramos en los pasillos traseros, reemplazada por un silencio que solo interrumpen nuestros pasos.

El almacén es exactamente lo que esperaba. Oscuro. Húmedo. Lleno de cajas de licor y equipos de sonido. Un lugar perfecto para hacer negocios que nadie debe presenciar.

Lo que no esperaba era ver a un hombre atado a una silla en el centro de la habitación.

Mi mano va instintivamente hacia mi arma, pero el informante levanta las manos en un gesto apaciguador.

—Tranquilo, señor Ricci. Este es mi regalo para usted. El hombre que ayudó a su madre a escapar. El médico personal de los Caballero.

El tiempo se detiene. El aire se vuelve espeso, difícil de respirar. Lentamente, me acerco al hombre en la silla.

No puede ser quien creo que es.

Es mayor, quizás en sus sesenta, con el pelo canoso y una barba bien cuidada. Está amordazado, pero sus ojos... sus ojos están llenos de una mezcla de miedo y desafío que me resulta dolorosamente familiar.

Son los mismos ojos que me han perseguido en sueños durante semanas. Los mismos que me miraron con pasión, con deseo, con algo que me negué a nombrar.

Los ojos de Sofia.

—¿Quién es? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta. Necesito oírlo.

—El Dr. Marco Leone —responde el informante, con orgullo en su voz—. Médico personal de Renzo Caballero. Fue él quien ayudó a su madre, señor. Le consiguió documentos falsos, la sacó del país.

Marco Leone. El padre de Sofia.

La revelación me golpea como un puñetazo en el estómago. Para completar mi venganza, para obtener justicia para Bianca, tengo que matar al padre de la mujer que amo.

Porque la amo. A pesar de sus mentiras. A pesar de su traición. La amo con una intensidad que me asusta, que me enfurece, que me hace sentir más vivo de lo que me he sentido en años.

Y ahora tengo que elegir. Entre la venganza que ha definido mi existencia durante una década y la posibilidad de un futuro con ella.

Estoy increíblemente jodido.

SOFIA

El viaje a Nueva York ha sido una carrera contra el tiempo. Después de escapar de la mansión Ricci a través del túnel que Bianca me mostró, conseguí llegar a la estación justo a tiempo para tomar el último tren nocturno.

Durante todo el trayecto, mi mente ha sido un torbellino de pensamientos contradictorios. Miedo por lo que Matteo podría hacer. Preocupación por los Caballero. Culpa por haberlos traicionado a todos. Y debajo de todo eso, un amor tan intenso que me asusta por su fuerza.

Cuando llego al club Infierno uso mi nombre para entrar. Nadie me pone un solo problema.

Me muevo entre la multitud, buscando desesperadamente a Matteo.

Lo veo casi de inmediato. Es imposible no reconocerlo. Alto, imponente, con ese traje negro que parece una segunda piel. Está sentado en la zona VIP,

la misma donde lo vi por primera vez hace lo que parece una eternidad.

Me acerco todo lo que puedo sin ser vista, manteniéndome en las sombras, observando. Está hablando con un hombre de aspecto nervioso. Su informante, supongo. Después de un breve intercambio, Matteo se levanta y sigue al hombre hacia la parte trasera del club.

Mi corazón se acelera. Tengo que seguirlos. Tengo que detener lo que sea que Matteo planea hacer. No puedo dejar que se me escapen y perderles la pista.

Me abro paso entre la multitud, frenética. Veo cómo desaparecen por un pasillo lateral. Cuando llego allí, me encuentro con un guardia de seguridad bloqueando el paso.

—Lo siento, señorita —dice, cruzándose de brazos—. Área privada.

Pienso rápidamente. Necesito una distracción. Algo que me permita pasar.

—Por favor —digo, poniendo mi mejor cara de angustia—. Mi novio está ahí dentro con otra mujer. Solo quiero hablar con él.

El guardia parece ablandarse un poco, pero sigue firme.

—Lo siento, no puedo...

No termina la frase. Un estruendo en la pista de baile capta su atención. Alguien ha tirado una bandeja de copas. Es mi oportunidad. Mientras mira hacia el ruido, me escabullo rápidamente por el pasillo.

El corredor es largo y oscuro, con varias puertas a ambos lados. No tengo idea de por cuál han entrado Matteo y su informante. Tengo que comprobarlas todas.

Las primeras dos están cerradas con llave. La tercera se abre a un pequeño despacho vacío. La cuarta...

Siento una mano fuerte agarrando mi brazo, tirando de mí hacia atrás. Me giro, preparada para luchar, y me encuentro cara a cara con uno de los hombres de Matteo.

—Señorita Thompson —dice, su voz fría—. No debería estar aquí.

Intento liberarme, pero su agarre es como hierro.

—Suéltame —siseo—. Tengo que hablar con Matteo. Es importante.

—El señor Ricci está ocupado —responde, empezando a arrastrarme de vuelta por el pasillo.

Lucho con todas mis fuerzas, clavando los talones en el suelo, retorciéndome, incluso intentando morderle. Todo en vano. Es demasiado fuerte.

—¡Matteo! —grito, esperando que pueda oírme—. ¡Matteo, por favor!

Pero el guardia me tapa la boca con la mano, silenciando mis gritos. Cambia de dirección y me arrastra hacia una puerta al final del pasillo, la abre de una patada y me empuja dentro.

Y entonces lo veo. A mi padre. Atado a una silla. Con Matteo de pie frente a él.

El mundo se detiene. El aire abandona mis pulmones. Mi corazón parece olvidar cómo latir.

Muerdo la mano que me silencia.

—¡No! ¡Papá! —grito, el pánico apoderándose de mí—. ¡No le mates, por favor, Matteo, te lo suplico!

Nuestras miradas se encuentran. Hay sorpresa en sus ojos. Confusión. Y algo más. Algo que no puedo descifrar en este momento de terror absoluto.

Mi padre gira la cabeza, sus ojos abriéndose con horror al verme.

El guardia me mantiene firmemente sujeta, pero ya no lucho. Toda mi atención está en Matteo, en su expresión, en la decisión que está a punto de tomar.

Una decisión que cambiará nuestras vidas para siempre.

CAPÍTULO 29

MATTEO

—¡Suelta a mi mujer ahora mismo! —rujo, y mi voz resuena como un trueno en las paredes del almacén.

Carlo se queda paralizado, sus manos aun sujetando a Sofia. El informante da un paso atrás, confundido por el giro de los acontecimientos. Y el hombre atado a la silla —Marco Leone, el padre de Sofia— comienza a retorcerse violentamente, sus gritos amortiguados por la mordaza.

—¡Mmmmph! ¡Mmmph! —cuando Alessandro le quita la mordaza, sus palabras salen atropelladas—. ¡Aléjate de mi hija, monstruo! ¡Sofia, corre!

Pero ninguno de los dos le prestamos atención. Sofia aprovecha la confusión para liberarse del agarre de Carlo y corre hacia mí como si su vida dependiera de ello. Sus manos encuentran mi rostro, obligándome a mirarla directamente a esos ojos color ámbar que me vuelven completamente loco.

—Por favor —suplica, las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas—. Por favor, no me hagas elegir entre vosotros. No mates a mi padre. Te lo suplico, Matteo.

Sus siguientes palabras hacen que el tiempo se detenga.

—Te amo. Y también lo amo a él. No puedes hacerme esto. No puedes obligarme a elegir.

Me quedo absolutamente helado. Es como si alguien hubiera vaciado un cubo de agua glacial sobre mi cabeza. Las palabras resuenan en mi mente, rebotando contra las paredes de mi cráneo, buscando un lugar donde asentarse.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, mi voz apenas un susurro ronco.

—No puede sorprenderte que ame a mi padre —responde, sin soltar mi rostro, sus ojos fijos en los míos—. Y tampoco debería sorprenderte que no

quiera que el hombre que amo lo mate.

La agarro con fuerza por los hombros, necesitando que me mire directamente, necesitando ver la verdad en sus ojos.

—Deja de jugar con mis putos sentimientos —gruño, la rabia y la esperanza librando una batalla dentro de mí—. Ya has conseguido lo que querías: que me enamore perdidamente de ti. Que sea incapaz de llevar a cabo mi venganza. ¿Es eso? ¿Es esa tu misión? ¿Desarmarme por completo?

Para mi sorpresa, Sofia se echa a mi cuello, abrazándome con tanta fuerza que casi me corta la respiración. Puedo sentir sus lágrimas mojando mi camisa, su cuerpo temblando contra el mío.

—No estoy fingiendo —solloza, su voz ahogada contra mi pecho—. Todo empezó como una misión, sí. Pero se ha convertido en lo más real que he tenido en mi vida. Te amo, Matteo Ricci. Te amo con cada célula de mi cuerpo. Y quiero estar a tu lado para siempre.

Algo se rompe dentro de mí. Una pared que ni siquiera sabía que había construido. Una última defensa contra el amor que siento por esta mujer imposible.

—Tampoco es como si te fuera a dar otra opción —respondo, y mi voz suena extrañamente ronca, cargada de una emoción que no me permito mostrar habitualmente.

En ese momento me atrevo a confesarlo. Incluso a mí mismo. Nunca habría renunciado a Sofia.

La beso entonces, un beso que contiene toda la rabia, toda la pasión, todo el miedo y todo el amor que siento por ella. Un beso que pretende borrar las dudas, las mentiras, los secretos. Un beso que sella un pacto entre nosotros.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeantes, algo ha cambiado. La decisión está tomada. El futuro, aunque incierto, tiene una dirección clara.

Me giro hacia mis hombres y el informante, que nos miran con distintos grados de confusión y sorpresa.

—Fuera —ordeno, mi voz volviendo a su tono habitual de mando—. Todos vosotros. Ahora.

—Pero señor... —comienza a protestar Carlo.

—He dicho fuera —repito, sin elevar la voz, pero cargándola de una autoridad que no admite réplica—. Tú —señalo al informante—, se te abonará el millón y medio prometido. Lárgate.

El hombre no necesita que se lo digan dos veces. Con una última mirada codiciosa, desaparece por la puerta. Carlo y Alessandro dudan un momento más, pero finalmente se retiran, dejándonos solos a los tres: Sofia, su padre y yo.

Me acerco lentamente a Marco Leone. El hombre me mira con una mezcla de miedo y desafío que me recuerda dolorosamente a su hija. Ahora que los veo juntos, el parecido es innegable. Los mismos ojos. La misma determinación en la mandíbula. El mismo fuego interior.

—Solo quiero saber una cosa —digo, mi voz controlada a pesar de la tormenta en mi interior—. ¿Por qué? ¿Por qué ayudaste a mi madre a escapar?

Marco Leone me sostiene la mirada, y veo en él la misma valentía que tanto admiro en Sofia.

—Tu madre y yo nos conocimos en la infancia —responde, su voz firme a pesar de la situación—. Cuando me contactó para decirme que estaba con un hombre que la maltrataba, no dudé en hacer todo lo que estaba en mi mano para ayudarla.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Eso es imposible —niego, la rabia volviendo a hervir en mis venas—. Mi padre nunca le puso una mano encima a mi madre. Nunca.

Marco Leone suelta una risa amarga.

—Vi las marcas bajo su ropa, muchacho —dice, con una tristeza que parece genuina—. Vi las fracturas mal curadas. Los moratones antiguos. El terror en sus ojos cuando hablaba de él.

Se inclina hacia adelante tanto como le permiten sus ataduras.

—Y lo haría mil veces si eso significa proteger a alguien de un monstruo —continúa, con una convicción que me desestabiliza—. A veces se esconden tan bien que no es fácil detectarlos. Incluso sus propios hijos pueden no ver lo que sucede tras puertas cerradas.

Sus palabras abren una grieta en la imagen que siempre he tenido de mi padre. ¿Es posible? ¿Podría ser que el hombre al que admiraba, al que he intentado emular, fuera en realidad un monstruo? ¿Que mi madre tuviera razones para marcharse?

Miro a Sofia, buscando... ¿qué? ¿Confirmación? ¿Consuelo? No lo sé. Pero lo que veo en sus ojos es amor. Puro y simple. Un amor que no merezco pero que, por algún milagro, es mío.

Y entonces me doy cuenta de que da igual. Da igual quién diga la verdad y quién mienta. Mi padre está muerto. Mi madre no quiso quedarse con nosotros. Y yo estoy aquí, con la mujer que amo, a punto de decidir qué tipo de hombre quiero ser. Y nada va a cambiar la situación de mi hermana. Aunque mate a mi madre eso no le devolverá la movilidad a Bianca.

No voy a permitir que dos fantasmas —uno que ya no está y otra que no quería estarlo— sigan dirigiendo mi vida.

—Te creo —digo finalmente, y las palabras saben a libertad en mi boca—. Y te perdono.

Sofia suelta un sollozo de alivio, apretando mi mano con tanta fuerza que casi duele. Su padre me mira con asombro, como si no pudiera creer lo que está oyendo.

Me acerco y desato sus manos, luego retrocedo, dándole espacio.

—Eres libre de irte —le digo—. Pero antes quiero que sepas una cosa.

Marco Leone se frota las muñecas, mirándome con cautela.

—Amo a tu hija —declaro, y es la primera vez que lo digo en voz alta—. La amo más de lo que creí posible amar a alguien. Y voy a pasar el resto de mi vida demostrándoselo.

Su expresión se suaviza ligeramente, aunque la desconfianza no desaparece del todo.

—Eso espero —responde—. Porque si alguna vez le haces daño...

—Lo sé —lo interrumpo—. Te buscaré yo mismo para que acabes el trabajo.

Un entendimiento silencioso pasa entre nosotros. No somos amigos. Quizás nunca lo seamos. Pero ambos amamos a la misma mujer, y eso crea un vínculo que ninguno puede ignorar.

Me giro hacia Sofia, que nos observa con una mezcla de incredulidad y esperanza. Su rostro, aún húmedo por las lágrimas, es lo más hermoso que he visto jamás.

—En cuanto a ti —digo, acercándome a ella, tomando su rostro entre mis manos—, tenemos mucho de qué hablar. Pero ahora mismo, solo quiero llevarte a casa.

—¿A Boston? —pregunta, sus ojos brillantes por las lágrimas.

—A donde sea —respondo, besando suavemente sus labios—. Mi hogar eres tú.

Y por primera vez en diez años, siento que el hielo que ha envuelto mi corazón comienza a derretirse, dando paso a algo que creí perdido para siempre.

Amor.

SOFIA

Todavía no puedo creer lo que acaba de suceder. Hace apenas unas horas estaba desesperada, convencida de que había perdido a Matteo para siempre. Y ahora estoy aquí, en sus brazos, con mi padre vivo y a salvo, y con la promesa de un futuro juntos que parecía imposible.

—Necesito hablar con mi padre a solas —le digo a Matteo, acariciando su mejilla—. Solo un momento.

Asiente, aunque veo la reticencia en sus ojos. No quiere dejarme ir, ni siquiera por unos minutos. Como si temiera que fuera a desaparecer.

—Estaré fuera —dice, besando mi frente—. No tardes.

Cuando nos quedamos solos, mi padre me mira con una mezcla de alivio y preocupación que me parte el corazón.

—¿En qué demonios te has metido, Sofia? —pregunta, su voz temblorosa —. ¿Tienes idea de quién es ese hombre?

—Lo sé perfectamente —respondo, acercándome a él—. Y sé que esto es una locura. Que nunca lo aprobarás. Que va contra todo lo que nuestra familia representa.

Tomo sus manos entre las mías, buscando las palabras para explicar lo inexplicable.

—Pero lo amo, papá —continúo, y las lágrimas vuelven a mis ojos—. Lo amo de una manera que nunca creí posible. Y él me ama a mí. Ha renunciado a su venganza por mí. ¿Tienes idea de lo que eso significa para alguien como él?

Mi padre suspira, un sonido cargado de resignación y preocupación.

—¿Estás segura de esto, hija? —pregunta, apretando mis manos—. Una vez que cruces esta línea, no hay vuelta atrás. Los Caballero, nuestra familia...

—Lo sé —lo interrumpo—. Y estoy dispuesta a asumir las consecuencias. Por primera vez en mi vida, papá, sé exactamente lo que quiero. Y es él.

Mi padre me mira largo y tendido, como si intentara leer en mi alma. Finalmente, asiente.

—Si eres feliz, yo soy feliz —dice, y puedo ver que le cuesta pronunciar esas palabras—. Pero prométeme que tendrás cuidado. Que si alguna vez necesitas ayuda, me llamarás.

—Lo prometo —respondo, abrazándolo con fuerza—. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi niña —susurra contra mi pelo—. Y yo a ti.

Cuando salgo del almacén, Matteo está esperándome, apoyado contra la pared con esa elegancia felina que siempre me ha fascinado. Al verme, se incorpora, sus ojos buscando los míos con una intensidad que me deja sin aliento.

—¿Todo bien? —pregunta, acercándose.

—Todo perfecto —respondo, enlazando mis dedos con los suyos—. Vámonos a casa.

Mientras caminamos hacia la salida, con su brazo firmemente alrededor de mi cintura, no puedo evitar pensar en lo extraño que es el destino. Vine a espiar a Matteo Ricci y terminé entregándole mi corazón. Vine a proteger a los Caballero y terminé eligiendo a su enemigo.

Pero por primera vez en mi vida, no tengo dudas. No tengo miedo. Porque sé que, pase lo que pase, estaremos juntos.

Y eso es todo lo que importa.

CAPÍTULO 30

MATTEO

El sol de media tarde inunda el jardín de la mansión, creando ese efecto dorado que hace que todo parezca sacado de un cuadro renacentista. Desde la terraza, observo lo que jamás habría imaginado posible: los Caballero y los Ricci compartiendo espacio sin que corra la sangre.

Renzo está a mi derecha, con un whisky en la mano y esa expresión perpetuamente vigilante que reconozco como la de un hombre que nunca baja la guardia del todo. A mi izquierda, Luca Salvatore, su mano derecha, juega distraídamente con un cuchillo mientras mantiene un ojo en Katia, su mujer embarazada que charla animadamente con Sofia y las demás.

—Tengo que admitir que tu plan ha sido un éxito rotundo, Caballero —comento, llevándome el vaso a los labios—. Enviarme una espía para desestabilizarme. Brillante estrategia.

Renzo suelta una risa seca.

—Si crees que envié a Sofia con la intención de que te enamoraras de ella, estás sobreestimando mis habilidades de casamentero —responde, negando con la cabeza—. Solo quería información. Lo que conseguí fue casi perder mis pelotas.

—¿Perdón? —arqueo una ceja, genuinamente interesado.

—Valentina casi me castra cuando se enteró de que había enviado a su mejor amiga a una misión peligrosa —explica, con un estremecimiento que parece absolutamente auténtico—. Y créeme, una mujer embarazada enfadada es más aterradora que cualquier enemigo al que me haya enfrentado.

Luca suelta una carcajada, guardando finalmente el cuchillo.

—Deberías haberlo visto —interviene, con un brillo malicioso en la mirada —. El gran Renzo Caballero, temblando como un crío mientras Valentina le

gritaba que era un irresponsable. Creo que es la única vez que le he visto genuinamente asustado.

—Que te jodan, Salvatore —murmura Renzo, pero hay afecto en su tono—. Como si tú no estuvieras igual cuando Katia se enfada.

—La diferencia es que yo no mando a la mejor amiga de mi mujer a espiar al enemigo —responde Luca, encogiéndose de hombros—. Soy más inteligente que eso.

Los tres nos quedamos en silencio un momento, observando a nuestras mujeres. Sofia se está riendo por algo que ha dicho Valentina, echando la cabeza hacia atrás de esa manera que hace que se me seque la boca. Su pelo castaño brilla bajo el sol, y el vestido azul que lleva abraza cada una de sus curvas como una segunda piel. Curvas que conozco de memoria, que he recorrido con mis manos, con mis labios, con mi lengua.

Joder. Solo de mirarla ya me pongo duro.

—Nunca pensé que diría esto —comenta Renzo, interrumpiendo mis pensamientos cada vez menos apropiados—, pero me alegro de que las cosas hayan salido así. La alianza entre nuestras familias es lo más sensato.

—Lo es —concuerdo, aunque aún me cuesta creer que esté teniendo esta conversación—. Nueva York y Boston trabajando juntas en lugar de matándose. Nuestros padres se estarían revolcando en sus tumbas.

—Por eso mismo sabe tan dulce —dice Luca, con esa sonrisa salvaje que parece ser su marca registrada—. Nada como joder a los viejos dinosaurios y sus guerras.

Vuelvo a mirar hacia donde está Sofia. Ahora está agachada junto a la silla de Bianca, mostrándole algo en su teléfono. Mi hermana sonríe, más feliz y relajada de lo que la he visto en años. Otro milagro que le debo a Sofia. Otro motivo para adorarla.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —digo, sin apartar la mirada de mi futura esposa—. Que enviaste a Sofia para averiguar mis planes sobre Nueva York, cuando lo único que quería era encontrar a la persona que ayudó a escapar a mi madre.

Renzo me mira, sorprendido por mi franqueza.

—¿Y ahora? —pregunta, con genuina curiosidad—. ¿Has abandonado esa búsqueda?

Pienso en Marco Leone, sentado ahora junto a Bianca, conversando tranquilamente como si no hubiese estado a punto de matarlo hace unas semanas. Pienso en lo que me contó sobre mi madre, sobre mi padre. En las grietas que sus palabras abrieron en la imagen que siempre tuve de mi familia.

—Digamos que he encontrado respuestas suficientes —respondo finalmente—. Y que tengo cosas más importantes en las que centrarme ahora.

Mi mirada vuelve a Sofia, que en este preciso momento levanta la vista y me encuentra observándola. Una sonrisa lenta, íntima, se extiende por sus labios. Es una sonrisa que promete, que recuerda, que anticipa. Una sonrisa solo para mí.

—Somos unos jodidos afortunados —murmura Luca, siguiendo la dirección de mi mirada—. ¿Quién iba a decir que tipos como nosotros acabaríamos con mujeres tan maravillosas?

—Habla por ti —responde Renzo, aunque hay humor en su voz—. Yo siempre supe que Valentina sería mía.

—Claro que sí, jefe —se burla Luca—. Por eso tardaste tanto en admitir que estabas loco por ella.

Sonrío, disfrutando de este extraño compañerismo que se ha formado entre nosotros. Enemigos convertidos en aliados. Rivales convertidos en casi amigos. Todo gracias a las mujeres que han entrado en nuestras vidas como huracanes, derribando muros y defensas que creíamos impenetrables.

Sofia se levanta y dice algo que hace reír a todas. Su risa, cristalina y sincera, llega hasta mí como una caricia. Y de repente, tres horas sin tocarla me parecen una eternidad insoportable.

—Si me disculpáis —digo, dejando mi vaso sobre la mesa—, necesito hablar con mi prometida un momento.

Renzo y Luca intercambian una mirada conocedora.

—Claro, «hablar» —dice Luca, haciendo comillas con los dedos—. Es exactamente lo que Katia y yo hacemos cuando desaparecemos misteriosamente en mitad de las reuniones.

—Que te den, Salvatore —respondo, pero sin malicia.

—Ve a por tu mujer, Ricci —me anima Renzo, con una sonrisa que nunca antes le había visto dirigida a mí—. Nosotros vigilaremos que nadie os moleste.

No necesito que me lo digan dos veces. Me dirijo hacia Sofia con paso decidido, sintiendo cómo mi cuerpo entero se tensa de anticipación con cada metro que me acerca a ella.

Soy un hombre con una misión. Y esa misión es recordarle a la futura señora Ricci exactamente a quién pertenece.

SOFIA

—¿Y cuándo piensas tener el tuyo? —pregunta Valentina, acariciando su vientre muy abultado—. A juzgar por la intensidad con la que os miráis Matteo y tú, me sorprende que no estés ya embarazada.

Un coro de risas estalla a nuestro alrededor.

Siento el calor subir a mis mejillas. Después de todo lo que he hecho con Matteo, después de todas las posiciones, lugares y situaciones en las que hemos tenido sexo, aún soy capaz de sonrojarme como una colegiala cuando mis amigas hablan de nuestra vida íntima.

—No todo el mundo tiene tanta prisa como vosotras —respondo, intentando sonar despreocupada—. Algunos preferimos disfrutar de la fase de luna de miel antes de pasar a la de pañales y biberones.

Katia suelta una carcajada, su mano descansando protectoramente sobre su propio vientre.

—¿Luna de miel? —repite, con una sonrisa maliciosa—. Sofia, lleváis en luna de miel desde que os conocisteis. Matteo te mira como si fueras un helado de chocolate y él llevara un mes en el desierto.

—Es asqueroso —interviene Bianca, arrugando la nariz—. Son insoportables. Se pasan el día haciéndose ojitos. Y por la noche... —se estremece teatralmente— digamos que las paredes de la mansión no son tan gruesas como mi hermano cree.

—¡Bianca! —exclamo, mortificada—. No es verdad que estemos todo el día... ya sabes.

—¿Follando como conejos? —sugiere Valentina, divertida—. Porque eso es exactamente lo que parece desde fuera.

—Qué va a saber Bianca —me defiendo, aunque siento mis mejillas arder —. Exagera. Matteo y yo tenemos una relación perfectamente normal y equilibrada que incluye muchas actividades no sexuales como...

Me interrumpo al sentir una presencia a mis espaldas. Una presencia que reconocería en cualquier parte. Grande, poderosa, masculina. El aroma a sándalo y cuero que me vuelve loca. El calor que emana de su cuerpo, alcanzándome incluso antes de que me toque.

Matteo.

Antes de que pueda girarme, sus brazos me rodean y me levantan del suelo como si no pesara nada. En un movimiento fluido, me coloca sobre su hombro como un saco de patatas.

—Disculpad, señoras —dice, su voz profunda vibrando contra mi cuerpo —. Necesito que mi prometida me acompañe un momento. Tenemos que buscar algo en la casa.

Las risas de mis amigas me siguen mientras Matteo me lleva hacia la mansión, su mano firmemente asentada en mi trasero, manteniéndome en mi sitio.

—¡Matteo! —protesto, aunque sin mucha convicción—. ¡Bájame ahora mismo! ¡Esto es un secuestro!

—No es secuestro cuando la secuestrada está disfrutando —responde, dándome una palmada juguetona en el culo—. Y no me digas que no lo estás, porque puedo sentir cómo te estremeces cada vez que te toco.

Tiene razón, el muy cabrón. Mi cuerpo es un traidor que responde a él como una planta al sol. Incluso en esta posición ridícula, con la sangre agolpándose en mi cabeza y mi dignidad por los suelos, estoy excitada. Húmeda. Lista para él.

En cuanto entramos en la casa, Matteo me baja de su hombro, pero solo para empujarme contra la pared más cercana. Sus labios encuentran los míos en un beso hambriento, desesperado, que me deja sin aliento.

—Te necesito —gruñe contra mi boca, sus manos recorriendo mi cuerpo como si quisiera memorizar cada curva—. Tres horas sin tocarte es demasiado tiempo para mi cordura.

—Estábamos en medio de una conversación —protesto débilmente, mientras mis manos, contradiciendo mis palabras, ya están desabrochando su camisa—. Mis amigas van a pensar...

—Que te estoy follando contra la pared —completa, mordisqueando mi cuello de esa manera que sabe que me vuelve loca—. Y tendrán razón.

Sus manos suben por mis muslos, levantando mi vestido, encontrando el borde de mis bragas. Con un tirón que me arranca un gemido, las rompe.

Literalmente las hace jirones entre sus dedos.

—Matteo —jadeo, mitad protesta, mitad súplica—. Era ropa interior carísima.

—Te compraré más —promete, sus dedos encontrando mi centro, comprobando lo húmeda que estoy para él—. Te compraré toda la lencería de La Perla si hace falta. Pero ahora mismo, necesito estar dentro de ti o me volveré loco.

Escucho el sonido de su cremallera bajando, y luego está ahí, presionando contra mi entrada, grueso y duro y perfecto. De un solo empujón está completamente dentro, llenándome, estirándome, haciéndome sentir completa de una manera que solo él consigue.

—Joder, Sofia —gruñe, su frente apoyada contra la mía, sus ojos azules fijos en los míos—. Eres perfecta. Tan estrecha. Tan mía.

—Tuya —confirmo, enredando mis piernas alrededor de su cintura, mis talones presionando su trasero, urgiéndole a moverse—. Solo tuya.

No hace falta más. Matteo comienza a moverse, estableciendo un ritmo implacable que me tiene jadeando, gimiendo, suplicando en cuestión de minutos. Sus embestidas son profundas, precisas, golpeando ese punto dentro de mí que me hace ver las estrellas.

—Te amo —susurra contra mi oído, sus palabras tan íntimas como su cuerpo dentro del mío—. Te amo con locura. Con desesperación. Con todo lo que soy.

—Yo también te amo —respondo, sintiendo cómo el orgasmo se construye en mi interior, una ola creciente de placer que amenaza con arrastrarlo todo a su paso—. Siempre. Para siempre.

El clímax me golpea con la fuerza de un tsunami, arrancándome un grito que Matteo silencia con su boca. Lo siento tensarse, gruñir contra mis labios, y

luego está corriéndose dentro de mí, su cuerpo temblando, sus brazos apretándome contra él como si temiera que fuera a desaparecer.

Nos quedamos así, jadeantes, sudorosos, saciados, durante lo que podrían ser minutos u horas. El tiempo pierde significado cuando estamos así, conectados, unidos, siendo uno solo.

Finalmente, Matteo se retira con cuidado, ayudándome a ponerme de pie. Mis piernas tiemblan, débiles como gelatina después del orgasmo devastador que acabo de experimentar.

—Te he echado de menos —dice, acariciando mi mejilla con una ternura que contrasta con la pasión desatada de hace unos momentos.

—Has estado conmigo toda la mañana —respondo, inclinándome hacia su caricia como un gato buscando mimos.

—No es suficiente —murmura, besando mi frente—. Nunca es suficiente contigo.

Sonrío, sintiendo esa calidez expandirse por mi pecho. Esa sensación de plenitud, de pertenencia, de hogar que solo él me provoca.

—Deberíamos volver —digo, aunque lo último que quiero es separarme de él—. Van a empezar a hablar.

—Que hablen —responde, encogiéndose de hombros—. No me importa lo que piensen mientras tú estés a mi lado.

Me acomoda el vestido, alisando arrugas, asegurándose de que estoy presentable. Es un gesto tan íntimo, tan cuidadoso, que hace que mi corazón se hinche de amor por este hombre imposible.

—Tus bragas son historia —comenta, con esa sonrisa arrogante que tanto me irrita y me excita a partes iguales—. Tendrás que volver sin ellas.

—Eres un animal —protesto, pero sin verdadera molestia—. ¿Cómo se supone que voy a sentarme ahí fuera, con tu familia y mis amigos, sabiendo que estoy prácticamente desnuda bajo el vestido?

—Pensando en que en cuanto se vayan, voy a volver a follarte —responde, su voz bajando a ese registro grave que hace que se me erice la piel—. En nuestra cama. Sin prisas. Toda la noche.

Un escalofrío de anticipación recorre mi columna. Este hombre será mi muerte. Y no me importa lo más mínimo.

Mientras caminamos de vuelta al jardín, su brazo firmemente alrededor de mi cintura, no puedo evitar pensar en lo extraño que es el destino. En cómo aceptar esa misión de espía, que en su momento me pareció una simple búsqueda de emociones, ha resultado ser la mejor decisión de mi vida.

Porque me ha traído aquí. A este momento. A este hombre. A este amor que nunca creí posible.

Y no lo cambiaría por nada en el mundo.

EPÍLOGO

BIANCA

—...y lo más interesante es que estos implantes no solo estimulan la médula espinal, sino que crean nuevas vías neuronales —Sofia gesticula con entusiasmo, sus ojos brillando como siempre que habla de avances médicos—. Están utilizando nanotecnología combinada con células madre para regenerar tejido dañado. ¡Es revolucionario, Bianca!

Asiento, intentando concentrarme en lo que mi cuñada me está explicando. Debería estar emocionada. Debería estar haciendo mil preguntas. Es, después de todo, la primera esperanza real que he tenido en diez años.

Pero mi atención sigue desviándose hacia el otro extremo del jardín, donde está él.

Dante.

Incluso su nombre suena peligroso. Como sacado de un poema sobre el infierno y la tentación.

—El Dr. Mercer dice que serías una candidata perfecta —continúa Sofia, aparentemente sin notar mi distracción—. Tu lesión es incompleta, has mantenido sensibilidad en algunas zonas, y tu condición física general es excelente gracias a la rehabilitación constante.

Vuelvo a asentir, forzándome a concentrarme. Esto es importante. Esto podría cambiarlo todo.

—¿Cuáles son los riesgos? —pregunto, obligándome a apartar la mirada de Dante, que en este momento está revisando el perímetro con esa intensidad que parece poner en todo lo que hace.

Sofia sonríe, apreciando mi pregunta técnica.

—Siempre hay riesgos en cualquier cirugía —admite—. Infección, rechazo del implante, complicaciones anestésicas... Pero el equipo del MIT ha

perfeccionado la técnica en los últimos tres años. Los resultados son prometedores: un 78% de los pacientes ha recuperado la movilidad casi al completo.

—¿Y el otro 22%? —insisto, porque así soy yo. Necesito conocer todas las posibilidades, todos los escenarios. Es lo que haces cuando la vida te ha enseñado que lo peor siempre es una posibilidad.

—No experimentaron mejoría significativa —responde con honestidad—. Pero tampoco empeoramiento. En el peor de los casos, seguirías como hasta ahora.

Como hasta ahora. En esta silla. Dependiente. A medias.

Mi mirada vuelve a desviarse hacia Dante. Ha terminado su ronda y ahora está de pie, inmóvil como una estatua, cerca de la puerta que da al jardín. Su postura es la de alguien siempre alerta, siempre preparado. Sus brazos cruzados sobre el pecho resaltan los músculos definidos bajo la camiseta negra. Los tatuajes que cubren sus antebrazos y manos cuentan historias que no alcanzo a descifrar desde aquí.

Pero son sus ojos los que me fascinan. Oscuros. Intensos. Y cuando me miran —porque me mira, a veces— hay algo en ellos que hace que mi corazón se acelere y mi piel se erice.

No es lástima. No es la mirada condescendiente que estoy acostumbrada a recibir. Es algo más... primitivo. Algo que me hace sentir, por primera vez en diez años, no como una inválida, sino como una mujer.

—Bianca —la voz de Sofia me devuelve a la realidad—. ¿Me estás escuchando?

—Perdona —murmuro, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Me he distraído un momento.

Sofia sigue la dirección de mi mirada y una sonrisa conocedora se extiende por sus labios.

—Ya veo qué te tiene tan distraída —comenta con picardía—. O más bien, quién.

—No sé de qué hablas —respondo demasiado rápido, demasiado a la defensiva.

—Por favor —Sofia pone los ojos en blanco—. Prácticamente le estás haciendo un agujero en la camiseta con la mirada. No te culpo, por cierto. Es bastante... impresionante.

Impresionante. Qué palabra tan insuficiente para describir a Dante. Es como llamar «húmedo» al océano.

—Es el nuevo guardia de Matteo —digo, intentando sonar casual—. Solo me preguntaba de dónde lo habrá sacado.

—Ajá —Sofia no parece convencida en absoluto—. Y yo solo me preguntaba cómo sería tu hermano sin ropa la primera vez que lo vi.

—¡Sofia! —exclamo, escandalizada pero también divertida—. Hay imágenes que una hermana no necesita en su cabeza, gracias.

Ambas nos reímos, y por un momento me siento normal. Como cualquier mujer de veintidós años hablando con su amiga sobre chicos guapos. No como Bianca Ricci, la heredera parcialmente paralizada de una de las familias mafiosas más poderosas de Boston.

—Volviendo al tema —dice Sofia, tomando mi mano—. ¿Qué piensas sobre la operación? Es una decisión importante, y completamente tuya. Nadie va a presionarte.

Miro a mi cuñada, agradecida por su sensibilidad. Por cómo siempre me trata como a un igual, como a un adulto capaz de tomar sus propias decisiones. No como la mayoría de la gente, que habla sobre mí como si no estuviera presente o no pudiera entenderles. Cuando eres dependiente te das cuenta rápido de que el mundo está lleno de gilipollas.

—Tengo miedo —admito finalmente—. No del procedimiento en sí, sino de la esperanza. De permitirme soñar con caminar de nuevo y luego... que no funcione.

Sofia aprieta mi mano, sus ojos llenos de comprensión.

—El miedo es natural —dice suavemente—. Pero piénsalo así: ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Que nada cambie —respondo, la verdad escapándose de mis labios antes de que pueda filtrarla—. Que siga exactamente como estoy ahora.

—¿Y es eso tan malo? —pregunta, sin soltar mi mano—. Tienes una vida plena, Bianca. Una familia que te adora, amigos que te quieren, un cerebro brillante. La operación podría darte más movilidad, sí, pero no es lo que te define.

Sus palabras me golpean con una claridad que no esperaba. Tiene razón. Durante años me he definido por lo que me falta, por lo que perdí aquella terrible tarde. He vivido como si estuviera incompleta, como si mi valor como persona estuviera atado a mi capacidad para caminar.

Y tal vez, solo tal vez, esa ha sido mi elección. Mi forma de castigarme por algo que nunca fue mi culpa.

Mi mirada vuelve a Dante, que en este preciso momento gira la cabeza y me mira directamente. No aparta la vista como haría cualquier otra persona. No finge que estaba mirando a otro lado. Simplemente mantiene el contacto visual, intenso, directo, sin disculpas.

Y en ese momento, algo cambia dentro de mí. Una semilla de algo que había olvidado: rebeldía. Determinación. Vida.

—Voy a hacerlo —digo, volviendo a mirar a Sofia—. Voy a operarme.

La sonrisa de Sofia ilumina todo su rostro.

—¿Estás segura?

—Completamente —respondo, y lo estoy—. Si no funciona… Ya he vivido diez años así. Puedo seguir haciéndolo si es necesario.

Pero mientras lo digo, me doy cuenta de que hay algo más detrás de mi decisión. Una verdad que estoy reconociendo ahora: durante todos estos años, no me he permitido mejorar. Como si la silla fuera un castigo que merecía. Como si el abandono de mi madre fuera la prueba de que no merecía ser amada, estar completa, ser feliz.

—Pero si funciona... —continúo, una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho—. Si funciona, quiero estar lista.

—¿Lista para qué? —pregunta Sofia, aunque por su sonrisa, creo que ya sabe la respuesta.

Mi mirada vuelve una vez más a Dante. A su postura vigilante. A sus manos tatuadas. A esos ojos que me miran como si pudieran ver a través de la silla, a través de mis defensas, directamente a la mujer que hay dentro.

—Para vivir —respondo simplemente—. Para todo lo que me he estado negando.

Y mientras lo digo, siento que es verdad. Que por primera vez en diez años, estoy lista para dejar de existir y empezar a vivir. Para arriesgarme. Para sentir. Para ser vista no como la pobre Bianca en su silla, sino como una mujer completa, con deseos, sueños y pasiones.

Una mujer que, quizás, podría despertar algo en un hombre como Dante. Un hombre que guarda sus propios secretos, que tiene su propia oscuridad. Un hombre cuyos ojos prometen peligro y algo más... algo que hace que mi pulso se acelere y mi piel se caliente de una manera que nunca antes había experimentado.

Sí, estoy lista. Para la operación. Para la esperanza. Para lo que venga después.

Y mientras tomo esta decisión, siento como si algo dentro de mí que ha estado dormido durante mucho tiempo finalmente despertara.

Me siento viva.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUÍ

¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE BIANCA?



¿Cómo puedo elegir entre la venganza que me ha mantenido vivo... y la mujer que me ha devuelto el alma?

DANTE: Llevo seis años cazando al monstruo que violó a mi hermana y la empujó al suicidio. La búsqueda me ha convertido en alguien que apenas reconozco: un agente del FBI dispuesto a cruzar cualquier línea por venganza. Infiltrarme en la organización Ricci es mi última jugada. Pero entonces la veo: Bianca Ricci. Vulnerable en su silla de ruedas, pero con una mirada que atraviesa todas mis defensas. Por primera vez en años, siento algo más que odio. Y eso me convierte en el peor tipo de traidor.

BIANCA: Después de diez años prisionera de mi propia silla, por fin tengo esperanza. Un nuevo tratamiento podría devolverme la capacidad de caminar, y estoy lista para arriesgarme. Para vivir. Para sentir. Y entonces llega él: Dante, el nuevo guardia de mi hermano. El único hombre que me mira como a una mujer, no como a una inválida. Sus ojos esconden secretos oscuros, y cada instinto me dice que es peligroso.

Cuando el pasado y el presente colisionen, deberán elegir entre la lealtad y un amor que ninguno buscaba. Entre la venganza y la redención.

«DANTE: Venganza Jurada» es el cuarto libro de la serie **ÉLITE CRIMINAL.** Una historia donde el precio de la redención podría ser más alto que el de la venganza.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark